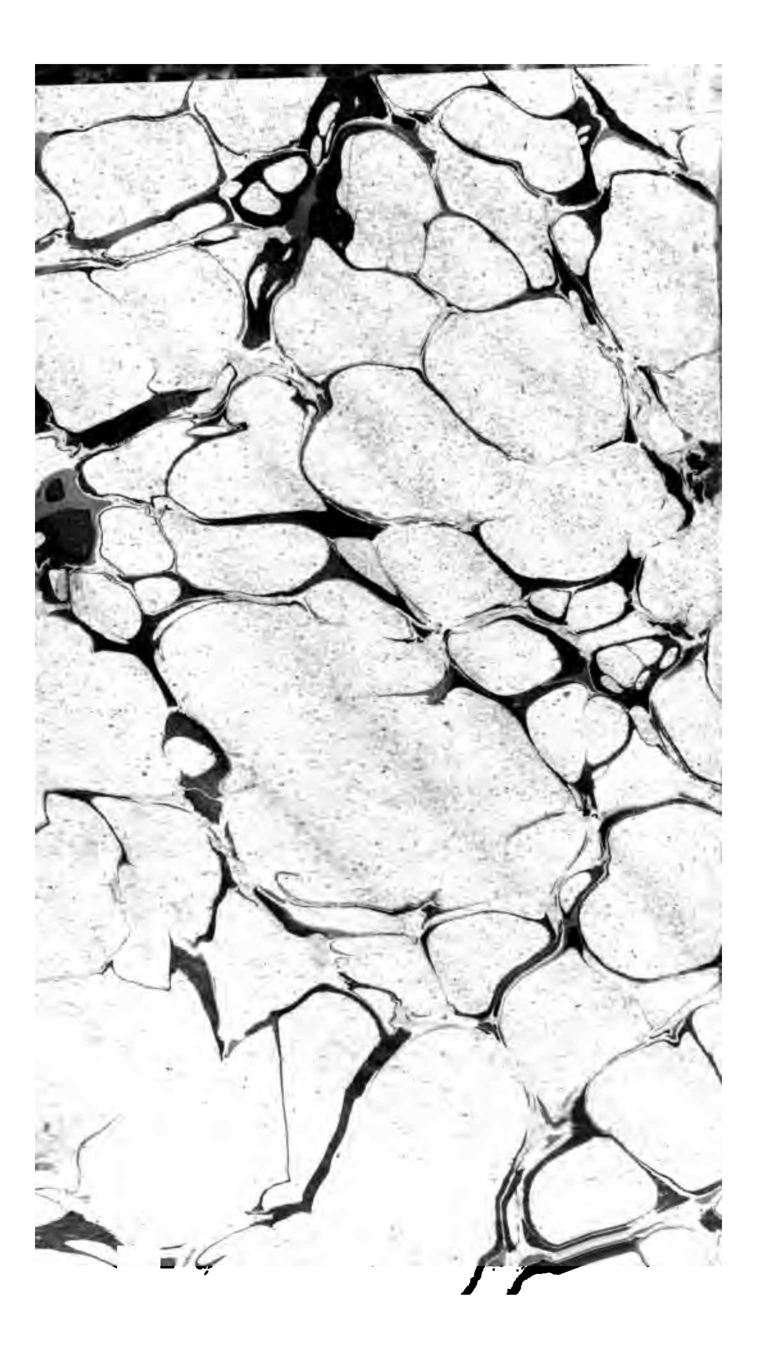
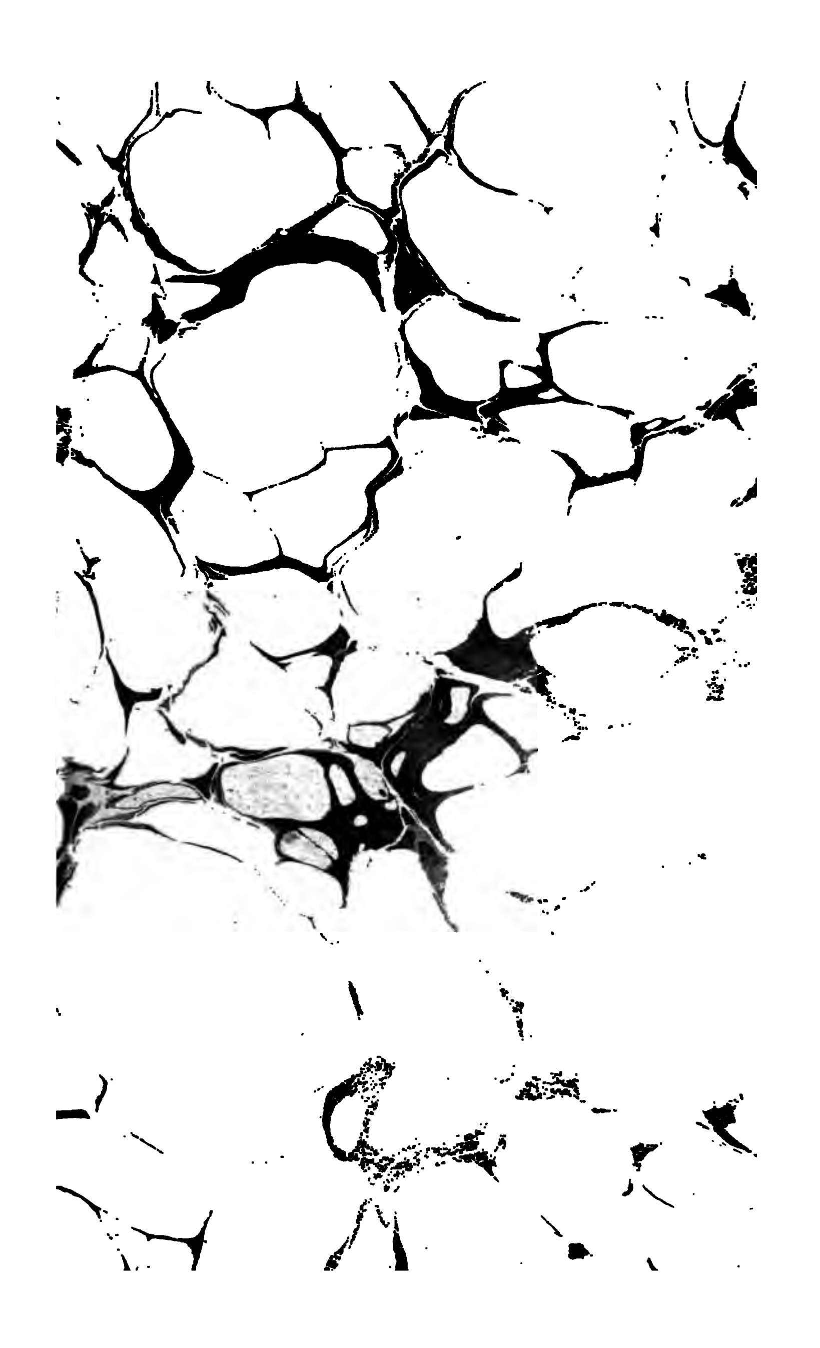

Stanford University Libraries
3 6105 118 133 656









COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XVIII

RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN TERCERO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900



CONTINUACION DEL LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO XXVII

Baja al Paranapane á visitar al gobernador; lleva consigo al P. Cataldino y otros Padres.

—

Cuando el gobernador debiera juntar las fuerzas de su provincia é implorar las auxiliares de sus vecinos para el castigo de los Mamalucos, atrevidos invasores de las tierras sujetas á la corona de Castilla y á su mismo rey de la corona de Portugal, entonces él se hizo autor de la invasion y la fomentó contra toda razon y justicia anteponiendo su privado interés al bien común y servicio de Dios y de Su Majestad.

Hizo en el Brasil gente y repartióla en tres tercios; el uno envió á la tierra de los Gualachos; el segundo á las reducciones, con pretesto de visita general, y advirtiendo á los indios, que si los Padres les dijesen cosa contraria á sus mandatos, ellos se lo fingirían, y así que los desmintiesen, dando ocasion á los recien convertidos para formar concepto bien diferente del que tenian de la entereza y veracidad de sus maestros; pero túvolos Dios de su mano y los alumbró sus entendimientos para penetrar la dañada intencion con que el gobernador obraba y que su pretension era entregar á los corsarios brasiles los indios que habian prestado la obediencia á Su Majestad.

El otro tercio llevó en su compañía á las reducciones de Loreto y San Ignacio, donde estaba el P. Antonio Ruiz, que lo agasajó con todas las demostraciones de amor y regalo que pudiera hacer al más insigne bienhechor suyo y de la Compañía.

Mandó á los indios festejasen su venida con el respeto debido á tan gran ministro de Su Majestad. Saliéronle al encuentro con



varias coplas de trompetas y chirimías y la capilla le cantó alegres motetes, y el retorno fué tratarlos de bárbaros sin hacerles gracia de un agradable semblante, antes con desprecio y escarnio de lo que hacían. Quiso entrar debajo de palio; pidiéronle al P. Antonio el del Santísimo. Excusóse cortesmente con que no era decente que aquella sagrada alhaja sirviese en profanos usos. Y aunque procuró granjearlo con públicas veneraciones debidas á un presidente y lo regaló con toda liberalidad, nada fué bastante para que se diese por bien servido.

Aquí hizo el Señor un milagro, no sé si por las oraciones del P. Antonio que en la fuga deste descontento, aversion, despego y sequedad, no sé con qué fin, si reconocido y pesaroso, ó compelido de su conciencia, y temeroso dé algún revés de la ira de Dios, confesó en acto público, ante Real escribano el pacto que había hecho con los vecinos de San Pablo, para que á medias en el pillaje invadiesen estos pueblos y llevasen sus indios cautivos para servir de esclavos á sus ingenios de azúcar. Por virtud dél, y

con otros delitos que se le probaron, la Real Audiencia de la Plata, celando el servicio de ambas Majestades, le dió su merecido castigo. Así juzgaba á ratos el rey Saul, lo mal que hacía en perseguir á David; mostrábase arrepentido y luego arrebatado del mal espíritu volvía á aborrecerle y armar asechanzas á su vida. No de otra suerte este gobernador conocía la apostólica vida que hacían aquellos Padres, los inmensos trabajos y peligros á que andaban expuestos por traer aquellas naciones gentiles al conocimiento de Cristo y obediencia del rey, y á pesar deste sentir se dejaba arrastrar del mal afecto que les tenía, sembrando discordia entre ellos y sus feligreses, procurando entibiarles el amor que les tenían; y en parte se le lograron sus diligencias, pues experimentaron en los indios tibieza en el cariño, menguantes en el respeto y no el recurso que solían hacer como á sus queridos Padres.

Pasaba aquel furor como á Saul el suyo; volvía á remorderle la conciencia, y destos lucidos intervalos se valía el Señor para vol-

ver por la inocencia y santidad de aquellos apostólicos ministros, pues en uno dellos hizo un informe auténtico á Su Majestad de su propio motivo y autorizado con la firma de su secretario, del tenor siguiente: Ni aun aquí se pudo penetrar el motivo que para ello tuvo. Si ya no fué dar á entender el alto concepto que tenía de los Padres para que no se atribuyese á mala voluntad, lo que permitía se obrase contra ellos y contra los indios de sus reducciones.

Sea lo que fuere, lo cierto es que pueden los obreros evangélicos blasonar: *Salutem ex inimicis nostris.* Callara el nombre si la Real Audiencia no lo hubiera publicado para el escarmiento en la sentencia que fulminó contra él, en que si obró la recta justicia, hubo mucha mezcla de piedad y misericordia.

D. Luis Céspedes Xeria, gobernador y capitán general destas provincias del Paraguay por el rey nuestro señor, certificó á Su Majestad y á los de su muy alto Consejo de las Indias, que viniendo yo por la vía de San Pablo entré en mi dicho gobierno en

estas primeras provincias dél, con las licencias que tengo de S. M. para ello, y visité la Ciudad Real y Villa Rica del Espíritu Santo, de donde envié visitadores á las partes donde el P. Antonio Ruiz, de la Compañía, asiste, y los demás Padres de dicha Compañía, sus súbditos, á servir á las dos Majestades, Divina y humana, con la palabra del santo Evangelio y atrayendo á la obediencia de Dios y del rey los indios infieles vecinos á estas dichas provincias donde me hallo, y me consta que para haberlo de hacer han pasado y pasan infinitos trabajos de hambres y necesidades y caminos muy largos y fragosos de sierras y espesuras, los cuales andan á pie, y que han tenido y tienen cada día, mayormente el Padre Antonio Ruiz, Superior de los demás Padres, grandes riesgos de la vida, en extender, como digo, la palabra de Dios Nuestro Señor y aumentar la Real Corona de S. M. y que tienen en las misiones las iglesias con gran limpieza y santidad con que atraen los bárbaros infieles á que conozcan á Dios Nuestro Señor. Y esto lo he sabido y sé de los

dichos mis visitadores y de los vecinos de la Ciudad Real y Villa Rica, que me certifican su gran santidad y puntualidad.

Y yo de presente me hallo en estas dos reducciones, donde están doctrinando los dichos Padres de la Compañía á los indios naturales dellas, la una llamada Nuestra Señora de Loreto del Pirapo y la otra de San Ignacio del Ypaumbuzú, y tienen las dichas reducciones hermosísimas iglesias, que he no las he visto mejores en las Indias que corrido del Perú y Chile, y sus indios é indias, muchachos y muchachas, con gran doctrina y cuenta y razon en las cosas tocantes á su oficio y del servicio de Nuestro Señor.

Y porque conste desta verdad, de oficio, sin habérseme pedido certificación dello, lo hago por ésta al rey nuestro señor y á los de su real Consejo, para que S. M. les dé el premio que merecen por tanta obra y que tanto atrae á los infieles destas tierras al servicio de Dios Nuestro Señor. Y espero en Su Divina Majestad y en el trabajo del Padre Antonio Ruiz y de sus súbditos, se ha

de extender más esto, y Dios y el rey han de sacar más fruto de su trabajo. Doy la presente certificacion firmada de mi nombre y mano, y refrendada de mi secretario de gobernacion, en esta reduccion de Nuestra Señora de Loreto de Pirapo, en 19 de Enero de 1629.—*D. Luis Céspedes Xeria.*

Vuelvo á decir que esta súbita mudanza del gobernador, de tan adverso en tan propicio, es en mis ojos no menos pregonera de la Providencia divina, que la del cacique Guiravera. Mucho más le deben los Padres por este auténtico testimonio de su inocencia y bondad, que si lo hubiera dado un gran devoto y apasionado suyo, pues sin duda son extraordinariamente grandes los méritos que se merecen en el mismo enemigo alabanza y admiracion.

Contentos pudieran vivir si conformaran las obras con las palabras y con la lengua y pluma el corazon; pero tal vez ya se ve que la saetilla del reloj señala fiel en lo exterior la hora y en lo interior anda mal gobernado el espíritu y desconcertadas las ruedas en sus movimientos.

Adoleció este gobernador del achaque del rey Saul. I Reg. 18: *Non rectis ergo oculis Saul aspiciebat David.* No sé por qué estaba mal con la Compañía, ni si era flaqueza de su vista andar de pendencia sus ojos con tanta luz de vida ejemplar y santidad heróica cuanta resplandece universalmente en los hijos del grande Ignacio y con singularidad en los insignes misioneros de la apostólica provincia del Paraguay.

Un grande embajador que lo fué algunos años del rey católico en Inglaterra, solía decir que quien supiese, como sabía él, lo que los Padres Jesuitas trabajaban ocultamente en aquel reino en servicio de la católica Iglesia y le oyese murmurar de la Compañía, no lo tendría por católico verdadero.

Lo mismo podría yo decir de sus apostólicos hijos que conocí y traté familiarmente en Paraguay, que á quien con sabiduría de lo inmenso que hacen y padecen en la conversion del gentilismo, oyese hablar con menos estima y veneracion de la madre y de los hijos, le haría cortesía en creer que lo es legítimo de la católica Iglesia.

Partió de las reducciones el gobernador, bien agasajado y servido; pero como el natural era voltario y llevaba el odio entrañado, no pudo disimularlo mucho tiempo. Apenas perdió de vista aquellos varones apostólicos y cuanto digno de benevolencia y alabanza había admirado en ellos, cuando dejándose gobernar, como Saul, del mal espíritu, jugó lanzas contra ellos, ó hizo de su maldiciente lengua espada para zalear con repetidos oprobios y mal forjadas calumnias su reputacion.

Llegó al camino del Salto, que se había abierto para que el Padre Provincial subiese á la visita y mandó cerrarlo del todo y que á nadie se permitiese el tránsito, aunque fuesen indios correos. Sin duda temió que por allí había de llegar presto el aviso de la invasion que su gente del Brasil había de hacer luego en las reducciones.

Cuando se abrió dicho paso eligió la piedad del P. Pedro de Espinosa una hermosa cruz, y en ella grabado para perpétua memoria este letrero: *R. P. Nicolaus Duran, Prov. Visendi Reductiones causa primus*

iter hoc felix faustumque fecit. Mandólo borrar y poner en su lugar este: «Por aquí pasó muerto de hambre el gobernador de Paraguay.» Y no era por falta de comida, sino hambre de indios para el beneficio de sus ingenios de azúcar.

Este era el estado de aquellas provincias cuando: *Motus magnus factus est in mari, ita navicula operiretur fluctibus*, de repente se enlutaron los cielos, sobrevino al medio día una cerrazon formidable, como de oscura noche, conjuráronse los elementos, bramaron los mares, el mismo infierno se hizo á una con todos para sorberse aquella navecilla que tan viento en popa se encaminaba á puerto de salvacion. Siguióse la total ruina de aquella florida cristiandad, destruccion de las reducciones, sacos é incendios de sus pueblos, profanacion de sus iglesias, cautiverios de indios cristianos, atrocidades horrendas, sacrilegios, cruelísimas muertes, que dudo yo pudiesen ser más lamentables las que padecía la cristiandad primitiva imperando los Nerones, los Dioclecianos y Decios y otros tiranos declara-

dos enemigos de Cristo y de su iglesia. Esta furiosa tempestad movieron, no solamente los huracanes del Norte, los Mamalucos portugueses, sino también desaforados vientos de la banda del Sur, castellanos gobernadores, prelados católicos y otros ministros, ó siniestramente informados, ó menos afectos, y por su parte los hechiceros, instigados de los demonios, y por justos juicios de Dios echaron la nave á pique, con los sucesos trágicos que lamentará el libro tercero siguiente.





LIBRO TERCERO

DE LA VIDA Y GLORIOSOS TRABAJOS

DEL

P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Trata de la fiera persecución de aquella nueva cristiandad y ruina de sus floridas reducciones.

CAPITULO PRIMERO

Origen de la cruel persecución que padeció la cristiandad del Guayrá, gobernándola el P. Antonio Ruiz de Montoya.

Grandes sin duda son los bienes que Dios y sus escogidos cogen de la tribulación, pues amándolos tanto Su Majestad y pudiendo tan fácilmente librarlos della, se las permite no menos celoso del bien de sus validos que de su mayor gloria. Antes bien, en mi opinión, no hay argumento mayor de la

heróica santidad del P. Antonio Ruiz que la prueba que hizo el Señor della, y del oro fino de su caridad, metiéndolo en este crisol. Algo de esto es lo que dijo el angel al Santo Tobías. 12: *Cum esses iustus necesse fuit, ut tentatio probaret te.* ¿Cómo se conociera para ejemplo del mundo y admiración del poder de la gracia de Dios la fineza del prodigioso valor, los quilates de la invencible paciencia del Santo Job y aquel rendimiento y gloriosa conformidad de su voluntad con la divina, si Su Majestad no hubiera dado licencia al demonio para que le abrasase las mieses, le robasen salteadores los ganados y el torbellino derribase la casa y le dejase en ella sepultados los hijos?

La herencia rica de nuestro P. Antonio, fué como la de su divino Señor: *Dabo tibi gentes hereditatem tuam.* Más le costó el hacer este opulento patrimonio que al príncipe Idumeo el suyo. Este sin fatiga suya lo heredó de sus padres; Antonio lo adquirió con infinitos trabajos y desvelos.

Más fueron los hijos que le arrebató esta furiosa tempestad que los que á Job la suya,

y con todo ostentó la misma paciencia y rendida sujeción al divino querer. Vió en lo temporal destruídos tantos templos, que tanto le habían costado de fabricar, saqueados los lugares que había poblado con tantos riesgos de su vida, abrasadas sus sementeras. Vió en lo espiritual millares de feligreses, arrebatados á miserable cautiverio, de catecúmenos degollados, sin recibir el santo bautismo, robadas con sacrílega osadía sus iglesias, destrozado de lobos carniceros el ganado de Cristo, á quien él servía de mayoral, y con todo, en daños tanto más sensibles que los de Job, y en pérdidas tan luctuosas, muchas veces se oyeron de su boca las palabras que todos los siglos admiraron en la de aquel prodigio de paciencia: *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuit, ita factum est, sit nomen Domini benedictum.*

Bien puedo yo decir del V. P. lo que San Juan Crisóstomo dijo del santo Job: *In virtutum studiis omnia quœ fecerunt sancti fecit etiam Job, quod autem sustinuit cum gratiarum actione hoz nullus sustinuit.* En

cuantas excelentes virtudes se señalaron aquellas regiones de varones ilustres en todo género de santidad, que militaron en las banderas de la santa Compañía de Jesús, en todas fué eminente este insigne varon; de todas se hallarán en su alma copias perfectísimas. ¡Qué viva fe, qué robusta esperanza, qué abrasada caridad, qué humildad tan profunda, qué extremada pobreza, qué prontitud de obediencia, qué recato en materia de castidad, qué rigurosa penitencia, qué oración tan fervorosa y qué recurso tan contínuo á Dios en todos sus trabajos y peligros, qué misericordia tan compasiva en el servicio de tantas naciones apestadas; qué sed tan insaciable de la gloria de Cristo y qué celo tan ardiente de la salvación de las almas!

En el ejercicio destas y de otras heróicas virtudes esmeróse Antonio tanto como el que más. *Quod autem sustinuit cum gratiarum actione, hoc nullus sustinuit.* Pero lo que este pacientísimo Job del Occidente padeció, agradecido y conforme al divino querer, así en rozar aquellos eriazos de la gentilidad,

tan llenos de malezas, de hechicerías, de supersticiones y bestiales vicios, como en plantar en ellos tan dilatada y fructuosa viña y verla en breve espacio de tiempo descepada y destruida de los fieros jabalíes Mamalucos, con espectáculos tan trágicos y luctuosos, ninguno de los obreros evangélicos de la Compañía, por lo menos de los que llegaron á mi noticia, lo padeció.

Vió el grande apostol de Japón San Francisco Xavier aquella nueva Iglesia fundada en sesenta reinos, que cuentan aquellas islas, esparcida y arraigada en todas ellas. Vió muchos de sus reyes y señores convertidos á la fe; vió edificadas en las ciudades principales hermosas iglesias y muchos colegios de la Compañía, hechos cristianos más de seiscientos mil japones gentiles. Asimismo vió las horrendas persecuciones que movieron los Taycosamas, los Nobunangas, los Iogunes y otros emperadores de Japón, deshechos los colegios, los templos asolados, los ministros evangélicos unos crucificados, otros abrasados vivos á fuego lento, otros degollados y despedazados con

sus cortantes catanas, otros cocidos en las ardientes aguas de los montes de Unxen. Vió heridos y muertos los Pastores, descarriadas las ovejas, y muchas destas arrebatadas al matadero de ciento en ciento y de mil en mil; pero todas estas tragedias las vió el gran Xavier desde el cielo, donde anegado en golfos de gloria no pudo tener cabimiento la pena.

El Venerable Antonio, viandante aún, y peregrino en la tierra, vió todas esas desdichas y crueldades ejecutadas en sus ojos, cuando cada reducción destruída, cada indio de sus hijos y feligreses cautivo y zaleado de aquellas fieras era una agudísima flecha á sus niñas y una espada de dos filos al corazón.

Salió el profeta Ionas de Ninive, y peregrinando por aquellos desiertos dábale mucha pesadumbre el sol. Preparóle Dios de milagro un toldo frondoso de verde yedra, á cuya sombra arrojó sus cansados miembros. Alegróse mucho con esta providencia que tuvo el Señor de su alivio y de su vida. Ion. 4. *Lœtatus est Ionas super hedera lœti-*

tia magna. Duró poco aquella gloria, porque mandó Dios á un gusanillo que taladrase y carcomiese el tronco, con que la yedra se secó.

Convirtiósele al Profeta su cítara en llanto; comenzó á lamentar triste su corta ventura, y dícele Dios: *Tu doles super hedera in qua non laborasti neque fecisti ut cresceret, quœ sub una nocte nata est & sub una nocte periit. Et ego non parcam Ninive Civitati magne?* Debiera Ionas hacer la cuenta de Dios por lo que á él le sucedía, pues si sentía tanto que se hubiese agostado una yedra que ni él la plantó ni cooperó con su trabajo á su cultivo y crecimiento, debiera colegir en buena consecuencia el sentimiento de Dios en la desolación de una ciudad tan populosa como Ninive, que había costado tanto de edificar, y donde si había muchos pecadores no faltaban millares de niños inocentes.

Desterróse Antonio de su patria la gran ciudad de Lima y fué enviado de la obediencia á los desiertos del Guayrá á predicar á los gentiles el santo Evangelio, expues-

to á los rigores del verano y á las inclemencias del invierno.

Plantó aquella nueva Iglesia, no como yedra estéril, sino como arbol fertilísimo de frutos para proveer las mesas del cielo. A cuya sombra, mejor que á la del arbol prodigioso del rey Nabuco, se acogieron por industria suya tantas fieras de provincias gentiles y se domesticaron y recibieron el yugo suave de la ley de Cristo. En cuyas ramas anidaron muchas aves, que habiendo sido de rapiña, se convirtieron en cándidas palomas, y de allí tomaron el vuelo para los alcázares celestiales.

¿Cuántos años trabajó Antonio de día y de noche en el cultivo desta planta? ¿Qué soles, qué frios, qué lluvias, qué fatigas, qué riegos de sangre y sudor? Y cuanto más gozoso con la vista de su lozanía y alegre verdor, y de tanto sazonado fruto como cada día iba cogiendo, entonces parece que se fulminó contra ella la rigurosa sentencia que contra la otra. Dan 4. *Succidite arborem, prescinditi ramos eius, excutite folia eius & dispergite fructus eius.* Jugáronse á dos manos,

de cristianos y gentiles mancomunados, los aceros de la impiedad contra su tronco, permitiéndolo Dios por sus ocultos juicios, dieron con la planta en tierra y con sus ramas en el fuego, cargaron con la fruta y no dejaron verde ni seco, en que no se cebase la llama de su indignación.

Harto mejor pudo nuestro Antonio justificar su vivo sentimiento que Ionas el suyo á vista de una yedra marchita. Compitiera el del apostólico Padre con el que tuviera su Señor de ver asolada á Nínive.

No vió aquel la ruina de una corte, pero vió destruídas grandes poblaciones que todas juntas hicieran una populosísima ciudad. No fué ya el cuchillo de su martirio solamente de madera, como le dijo el Venerable martir Roque González.

De palo fué por lo que duró el acabarle la vida con una lenta muerte; de acero fué por lo que penetró al corazon, y no ya hirió al alma por el cuerpo, sino al cuerpo por el alma que es el martirio mayor.

No dejará de causar admiracion á quien leyere atento esta historia, considerar por

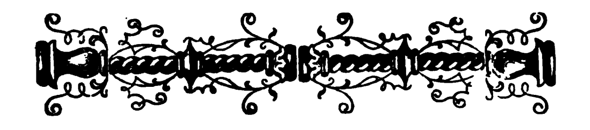
una parte la pujanza con que iba en aumentos esta nueva cristiandad, cultivada con el cuidado y celo santo del P. Antonio, y de sus compañeros, la suavidad y eficacia con que traían á camino de su salvación y al conocimiento y amor de Jesucristo tantas naciones bárbaras, y si por otra parte advirtiere que cuando vivían ciegos en las tinieblas del gentilismo, comiéndose unos á otros como rabiosas y hambrientas fieras no hubo quien los inquietase en la licenciosa libertad con que adoraban los ídolos y prestaban vasallaje á los demonios, ni les tocase arma, pudiéndolo hacer con más seguridad, por andar entonces más esparcidos y desunidas para la resistencia sus fuerzas, y que en habiendo sacudido aquel yugo y salido de aquella diabólica servidumbre, y héchose hijos de Dios, el infierno y el mundo conjure contra ellos, y que los mismos católicos cristianos que como á hermanos ya suyos en la misma religion tenían más obligacion de ampararlos, se arman para dar en ellos como en reales de enemigos; y porque los ministros evangélicos que los engendraron en Cristo

hacen con ellos oficios de Padres, sean perseguidos y baldonados, como si fueran padrinos de turcos ó fautores de herejes, digo que el prudente que pesare lo dicho con balanzas justas, tendrá obligación de rendir su corto juicio á los altísimos consejos divinos y exclamar con el apóstol: *¡Quam incomprehensibilia sunt iudicia erus & investigabiles viœ eius!*

Estando el gobernador en la reducción de Loreto para salirse afuera y dar á entender que no era cómplice en tan infame empresa hizo publicar que en la costa del Brasil se habían alistado nuevecientos Mamalucos con tres mil Tupíes para destruir aquellas reducciones; pero ya sabía él que estaba cerca la tempestad, y que pocos podrían ponerse en salvo ni hacer resistencia á ejérctio tan grande. Aunque á muchos parecía imposible que un ministro de rey tan católico y tan pío, que venía á defender la tierra, se hubiese confederado con el Mamaluco y entrase á la parte en los despojos del saco de la Hacienda real, sobre la infidelidad y alevosía descomunal hecha á los de su misma religión.

Todas estas cosas traían al P. Antonio en un contínuo desvelo, que parece le decía ya, ó profeta ó pronostico su corazón lo que había de suceder. Lo que le obligó á partir luego á la frontera, que como más cercana al Brasil estaba más arriesgada á la primera furia de la invasión de los enemigos.





CAPITULO II

Acometen los Mamalucos del Brasil la reducción de San Antonio; ejecutan en los indios atroces hostilidades.

——

Sin duda era mortal el odio que el demonio tenía al P. Antonio, y ya que no se le permitía desfogar en su persona su saña, quiso vengarse dél, comenzando por la reducción que se honraba con el nombre de su santo.

Había procurado los días antes este astutísimo enemigo del linaje humano banderizar los indios de aquella reducción y despoblarla de gente, para que los Mamalucos en la primera interpresa hallasen menos resis·

tencia y cebados con la ganancia á poca costa, se animasen á proseguir en las demás.

Para aterrar los vecinos se aparecía en el pueblo en figura de un etíope formidable, y un día, acometiendo á una india, quiso por fuerza sacarla al campo con ademán de ofenderla.

A las voces que la triste dió, acudió la gente y desapareció el demonio.

Temieron los indios no fuese alguna secreta conjuración de traidores contra su amoroso Padre; corrieron á su casa á defenderlo, y hallándolo quieto y sin peligro, volvieron á las suyas, pero por este y otros varios caminos no pudo desunir los miembros de su cabeza, ni apartar las ovejas del amado Pastor, valióse de las armas de los Mamalucos.

Para dar algún buen color á su invasión injusta, diéronle este:

«Supo el capitán Simón Alvarez, que venía subordinado al capitán mayor Antonio Raposo, que un cacique principal, llamado Tataurá, que pocos años antes de la predica-

ción del santo Evangelio en aquellas provincias había salteado su casa y tierras, y quitádole algunos indios, se habia acogido con todos sus vasallos á esta reducción.

Envió un recado al P. Pedro de Mola requiriéndole le entregase aquel cacique, que siendo ya prisionero y esclavo suyo, se le había huído de su casa y servicio.

Replicó el Padre que el cacique era libre por naturaleza, y ya cristiano é hijo de Dios, por la gracia del santo bautismo, y que no podía obedecerle con buena conciencia, que le mandase otras cosas de su gusto, y vería lo que deseaba servirle.

No deseaba otro el enemigo para justificar la guerra; previno el asalto, y el Padre, temiendo el suceso, bautizó la gente que aun no era cristiana, y los infantes, que son los que más peligran cuando hacen presa en las madres para llevarlas cautivas.

Muchos fueron los que recibieron este sacramento, como lo testifica el mismo Padre por estas palabras:

Ocupé seis ó siete horas sin gastar más tiempo que el necesario para la forma del

bautismo. Quedé molido de este ejercicio. Este fué el fruto que se cogió de aquella misión, de la cual escapó poca gente. Aconsejéles que huyesen y se retirasen á la Encarnación; pero engañólos el enemigo con el buen tratamiento que hizo á algunos, que voluntariamente se pusieron en sus manos y pidieron cuartel; en esto estuvo su total perdición.

El día siguiente al amanecer, acometieron como leones desatados el sobredicho capitán y sus Tupíes, todos muy bien armados y prevenidos. Y en el primer asalto lo llevaron todo á sangre y á fuego hiriendo, matando y robando, sin perdonar á los que se acogían al sagrado de la Iglesia, profanándola sacrílegamente, desacatando una imágen de la Santísima Virgen, y alzando con las sagradas alhajas.

Hicieron muchos prisioneros, y cargáronlos de cadenas y grillos. Discurria en este tiempo por una y otra parte del pueblo el afligido Pastor, viendo con los ojos llorosos el estrago de sus ovejas y á los lobos insolentes y encarnizados en su prisión ó matanza.

Los atravesados de flechas ó heridos de balazos, le pedían á voces confesión y el bautismo algunos que no lo habían recibido. Con que con un calabazo de agua en las manos iba bautizando á los que corrían mayor peligro.

Hacían mofa de su piedad los bárbaros agresores, y uno dellos le tuvo ya encarada la escopeta, y le hubiera tirado si otro no le hubiera detenido el brazo, si no más cristiano, más compasivo.

No obstante sus fieros y amenazas, con santa libertad les reprendía sus desafueros y crueldades, aunque sin fruto, porque esta gente es la más desalmada que hay en el mundo, y en el tiempo en que los holandeses dominaron algunas plazas del Brasil, con su trato se contagiaron de sus errores y heregías, y se conoció que en este ejército iban algunos heridos desta pestilencia, pues uno dellos, amenazándole el Padre con la ira de Dios y con su condenación eterna, con boca blasfema le respondió que á pesar de Dios se había de salvar, aunque no hiciese buenas obras, á título que era cristia-

no bautizado, y firmemente creía en Jesucristo. Recogieron los prisioneros, que solos los casados llegaron á dos mil almas, y dieron triunfantes á su real la vuelta.

Cuando el buen Pastor se vió sin las ovejas que en aquella desconsolada soledad eran todo su consuelo y le hacían tan dulce compañia, cuando vió unas muertas y hechas pedazos por las calles, otras arrebatadas de los voraces lobos á sus vivares, para hacer en ellas sangrienta carnecería, destruido su pueblo, abrasada y robada con las demás su casa de religión, profanado el sacrosanto templo, mucho auxilio de Dios hubo menester para no rendir el alma á este sentimiento; ninguna flecha se despuntó en los pechos de sus hijos que no se clavase en su corazón, ninguna bala entró en sus cuerpos que no le atravesase el alma, ningún golpe descargó sobre sus cervices que no le hiriese de agudo en las niñas de sus ojos. Sacó fuerzas de flaqueza, careóse con el cielo, veneró la divina Providencia, imploró su favor y fué recogiendo á los pocos que venturosos habían escapado de las garras de

aquellas fieras, y con ellos se recogió al pueblo de San Miguel, que estaba más cerca, donde asistían curas, los Padres Cristóbal de Mendoza y Justo Mansilla.

En el camino encontró con una tropa de infieles de la misma nación, los cuales, sabedores del saco, matanza y cautiverio, de sus paisanos, inducidos del demonio, quisieron matar al Padre, persuadidos que él tenía toda la culpa, y que traidor y espía doble los había juntado con dolo en aquel puesto para entregarlos al Mamaluco. Este fué el mayor tropiezo que el infernal adversario puso á los gentiles para que se retirasen de abrazar la fe y congregarse en las reducciones, hacer sospechosos á los Padres y para conciliarles odio mortal usó desta diabólica traza, que algunos de sus enemigos vestían como los Padres para hacer más creíble la traición destos cuando aquellos venían á cautivarlos.

Con esta falsa persuasión, en viendo algún Padre, huían los infieles teniendo por lobo verdadero á su Pastor. Sucedió esta ruina de la reducción de San Antonio al

mismo tiempo que el P. Antonio Ruiz estaba asistiendo y agasajando en la de Loreto al alevoso gobernador, enemigo capital de aquellos indios.

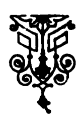
Antes de pasar á la invasión, que inmediatamente después de la pasada hicieron en la de San Miguel, pondré un capítulo de carta que escribió el grande operario y misionero insigne P. Silverio Pastor, que estaba en el Nuatingui, en la reducción de la Encarnación, en que declara la riza que en ganado y Pastor hizo aquella manada de tigres.

Algunos, dice, escaparon huyendo y acudieron á la Encarnación, donde yo estaba, supe cómo destruído y saqueado su pueblo, se venía el P. Pedro de Mola.

Salí á recibirlo con alguna comida, juzgando su necesidad sería grande, como realmente lo era.

Encontrélo una tarde, que venía descalzo por habérsele rompido los zapatos, tan cansado y asustado de la pasada refriega, que apenas podía articular palabra.

Paramos en un monte aquella noche, y con el refresco que yo llevaba reparó sus fuerzas, para seguirme á mi reducción.





CAPÍTULO III

Dan los enemigos sobre la reducción de San Miguel y hacen el estrago que en la de San Antonio.

—

Aunque fueron grandes los deseos del P. Antonio Ruiz y las diligencias que hizo para llegar á las reducciones que corrían más peligro de ser saqueadas de los Mamalucos, mayor fué la priesa que estos se dieron en invadirlas; y así, apenas acabaron con la de San Antonio, cuando como rayos pasaron á la de San Miguel, antes que la nueva de sus vecinos los obligase á esparcirse

huyendo por aquellos bosques é hiciese más difícil su prisión.

Aceleraron este viaje, así porque ya era tiempo de volver al Brasil, como porque temían que si llegaba el P. Antonio Ruiz habia de descomponerles su caza y con su eficacia y grande autoridad poner freno á su desbocada impiedad y codicia. Si bien toda ella no fuera bastante ni para moderar esta ni para detener los indios que ya el demonio había comenzado á persuadirles que el haberlos juntado los Padres era para entregarlos á sus enemigos, con quienes de secreto se entendían y entraban con ellos á la parte en el despojo, para llevar esclavos á los colegios del Brasil.

Llegó la nueva á San Miguel del destrozo que habían hecho en la reducción de San Antonio, crueldades, violencias, cautiverios y muertes; y teniendo por cierto que presto los tendrían sobre sí, confirieron el remedio.

Ninguno hallaron más socorrido que alzar con todo el ato y retirar la gente á la Encarnación. Ofrecíanse en la ejecución difi-

cultades insuperables, así por ser largo y escabroso el camino, cuanto por la falta del bastimento necesario con que lo había de ser el perecer de hambre. A más de que á muchos caciques se les hacía muy cuesta arriba el dejar sus casas.

Pero estando en estas dudas, sin acabar de resolverse, tuvieron aviso que otro escuadrón volante del capitán Vicudo, envidioso de la presa grande que había hecho en San Antonio la gente de Simón Alvarado, marchaba con furia y esperanza de hacer en aquel pueblo semejante pillaje. Con que sin más consulta, trataron de huir á ruín el postrero á guarecerse en los bosques. Acompañaba su gente el fervoroso Padre Justo Mansilla, animándola á la fuga. Era espectáculo digno de mucha compasión ver aquí tantos hijos que llevaban sobre sus hombros á sus ancianos é impedidos padres, que es lo que tanto celebran los antiguos coronistas y poetas hizo Eneas con Anchises en el incendio de Troya; las pobres madres con dos hijos enlazados en ambos brazos, y otro asido al cuello en las espal-

das, y lo que más le atravesaba al Padre el corazón era ver los enfermos y convalecientes que rendidos se le quedaban en el camino sin poderlo remediar.

El caritativo P. Silverio Pastor, á quien le vino nacido el sobrenombre, pues tanto cuidado tuvo de apacentar, no solamente sus ovejas, sino también las de sus hermanos, les envió al camino desde la Encarnación ciento y cincuenta indios con un buen convoy con que rehicieron las fuerzas para proseguir á pie en su derrota.

No distaban ya más que una jornada del pueblo, cuando les dieron un rebato falso, diciendo que les seguía el alcance cercano el enemigo; pero no era sino que el P. Pedro de Mola les salía al encuentro con otra ración para los pobres peregrinos. Cuando se vieron los dos apostólicos varones, que fueron los primeros derrotados, no pudieron contener las lágrimas á vista de la calamidad de sus hijos.

Llegaron al pueblo, y habiéndoles dado bien cerca cómodo cuartel para socorrerlos con más comodidad, volvió el P. Justo Man-

silla á su reducción de San Miguel, saqueada, para recoger la gente que se había retirado á los montes, y dejándola en ellos guarecida, sin más escolta que la de dos muchachos, se metió á guardar el pueblo, y lo poco que en él habían dejado los piratas por no poderlo llevar.

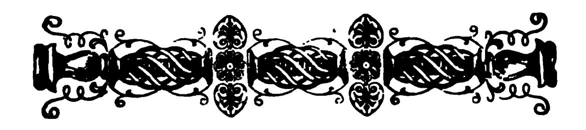
Intentaron los indios infieles valerse de la ocasión y matarlo á título de traidor y de que él había vendido los feligreses para cautivos de los españoles.

Vino el capitán Vicudo, puso cerco al dicho pueblo de San Miguel, esperando que en él hallaria ó en qué ejecutar su crueldad si se le pusiese en resistencia, ó con qué saciar la hambre de su codicia. Y cuando halló la colmena sin panales y se halló burlado, echaba de coraje espumajos por la boca.

Envió cuadrillas de soldados por los montes de toda la comarca á caza de los fugitivos, y prendieron cuantos toparon sin hacer distinción entre gentiles y cristianos, con que el Padre Mansilla se hubo de volver á la Encarnación. Supo el enemigo que en la re-

ducción de Jesús María había ya juntas gran número de familias, y juzgando que allí tenía la presa más segura fué con su campo á saquearla.





CAPÍTULO IV

Asalta y saquea el Mamaluco la reducción de Jesús María.

Bien dijo el que dijo: *Nihil est tam sanctum quod non violarit audacia*, y más cuando la osadía nace de codicia, que de atrevida pasa á desvergonzada y temeraria, y cuando se confedera con el poder y desgarro militar se hace insufrible. Todo concurrió en estas tropas Portuguesas Mamalucas. Y dicho se estaba que los que perdieron el respeto á Dios y á su santísima ley, no lo habían de tener á su nombre ni á los santísimos de Jesús y de María con que honra-

ron aquellos piadosos Padres esta nueva reducción. Con la solicitud y celo ardiente del Venerable Padre Simón Maceta, había crecido mucho en ella el número de cristianos, y cada día venían familias de gentiles á recibir la fe.

Eran ya los nuevos pobladores más de cinco mil, sin los que ya estaban en la reducción, nacidos en aquella tierra. Y cuando el siervo de Dios, muy gozoso con la vista de tan copiosas y sazonadas mieses, aguardaba por horas al Padre Antonio Ruiz con compañeros que le ayudasen en la siega y en la trilla, de repente sobrevino una horrible tempestad que todo lo apedreó sobre la hoz.

Avisáronle que venía un poderoso ejército de aquellos desalmados salteadores y por adalid Manuel Mouro, hombre fiero, y más moro que cristiano. Como el Padre no sabía los dañados intentos desta gente de guerra, ni habían llegado aún á su noticia los estragos que había hecho en las dos reducciones, convocó los alcaldes y caciques para que saliesen á recibirlos de paz, pero ellos

venían con la alevosía con que Judas en busca de Cristo, para prenderlo y entregarlo á sus enemigos.

Así como descubrieron á los descuidados caciques, arremetieron á ellos como perros rabiosos con todo género de maltratamiento que les pudiera hacer un escuadrón de turcos ó alarbes de Berbería. Desnudáronlos de sus vestidos y echáronles grillos y esposas en manos y piés y al cuello argollas que llevaban prevenidas. Ignorante del agasajo que habían hecho á sus caciques embajadores, aunque siempre temeroso de lo que podrían obrar soldados desgarrados, viendo que ya llegaban al pueblo se revistió de sobrepelliz y estola, prometiéndose que ya que á su persona no, respetarían siquiera las insignias sacerdotales, y con una cruz en las manos les salió al camino; rogóles con un semblante de angel, que lo era y lo parecía, por las entrañas de Dios y por la sangre de Cristo, con que todos habían sido redimidos, no agraviasen á aquellos pobres catecúmenos que movidos de Dios trataban de convertirse á su fe y recibir el santo bau-

tismo. A esta súplica tan cortés y mansedumbre tan propia de un verdadero discípulo de Cristo, respondieron aquellos hijos de Belial con muchas descortesías y baldones, desventurado, miserable, pobretón, fugitivo, apóstata de su orden, que para vivir á sus anchas con más libertad y sin apremio de clausura, había buscado aquel modo de vivir con que llevaba engañados á unos indios rudos, y siendo un triste fraile quería dominarlos como absoluto señor.

Aquí el santo Padre, con el mismo semblante, bien que con la libertad que le daba su dignidad de sacerdote y ministro de Dios, tomó la mano y dióles razón de los diferentes motivos, todos de la mayor gloria de su Señor Jesucristo, exhaltación de su fe y salvación de las almas, que lo habían obligado á desterrarse de Europa y exponerse por mar y tierra á tantos trabajos y peligros de la vida. Que con las limosnas que le daba la liberalidad piadosa del Católico rey para fundar aquellas reducciones, tan de su real servicio, como del Divino, pudiera vestir de refino de Segovia, y que si iba

pobre, roto y destrozado era para tener con qué vestir la desnudez y remediar la hambre de aquella miserable gente.

Asistido de la razón y del celo para que entendiesen lo poco que temía sus mosquetes y arcos armados, ni sus espadas desnudas, comenzó á hablarles más alto; que la inocencia siempre fué valiente en los mayores peligros. Amenazóles con la ira de Dios, que presto verían sobre sí si no desistiesen de tan despiadados intentos. Que mirasen lo que hacían, porque los citaba para el Tribunal de Dios, donde darían estrechísima cuenta con pago de sus injusticias y desafueros.

Aquí uno dellos más sobervio y desvergonzado retornó con una lluvia de nuevos oprobios y teniendo por desacato lo que era celo, como el otro sayón la respuesta de Cristo delante del sumo sacerdote, no ya le descargó bofetada, sino un fiero golpe de terciado sobre la cerviz, con que creyeron que le había derribado de sus hombros la venerable cabeza; el apostólico varón la ofreció intrépido y con el gusto con que el Bautista y Pablo y

otros santos mártires las suyas en defensa de la misma fe y doctrina evangélica.

Pero (¡caso raro!) embotáronse en el cuello los acerados filos, como si este fuera de bronce ó el alfange de algodón, no sin admiración de los circunstantes. Aunque estaban tan obstinados de su infame avaricia que á vista de la presa que ya tenían por suya, no la enfrenó la de tan patente milagro. Llegó á esta sazón al capitán un hijo de cacique principal, llamado Zuruba, querellándose del ultraje y agravios que le hacían sus soldados; y la justicia que el Mouro le hizo fué tirarle un arcabuzazo de que cayó muerto á los piés del mismo Padre. Fué este volando por agua y bautizó al herido, que era catecúmeno, con que dichoso voló al cielo.

Entre tanto que el Padre atendía á este bautismo y al de otros muchos catecúmenos que lo pedían á voces, los bárbaros Mamalucos todo lo llevaban á sangre y á fuego, matando é hiriendo á diestro y siniestro, sin distinción de sexo ó calidad, cautivando los vecinos, saqueando sus casas, robando la

iglesia y al Padre hasta el sombrero, breviario y diurno.

Aunque el P. Antonio Ruiz no se halló en esta refriega, hizo della jurídica información y la refiere por estas palabras en su *Conquista*:

«Entraron en el aposento del P. Simón Maceta, esperando hallar en él un gran tesoro, y de verdad lo hallaron, sino que no lo conocieron en la pobreza de Cristo, *ut illius inopia vos divites essetis.* Vieron dos camisas hechas de remiendos, una sotana de lienzo basto de algodón muy vieja. No era eso lo que ellos buscaban; pero en lugar de edificarse de ver tanto desprecio del mundo y de sí mismos, tanto descuido de sus comodidades en aquellos apostólicos varones, haciendo banderolas de sotana y camisas, las mostraban á los indios y les decían:

—Mirad los pobretones que tenéis en vuestras tierras, que por no tener qué comer y no morir de hambre, ó no trabajar en las suyas, vienen á engañaros con estos embustes é hipocresías. Los que para sí no alcan-

zan más, ¿cómo tendrán para daros á vosotros? Nosotros sí, que vamos bien vestidos y tenemos qué daros y con qué cubrir vuestra vergonzosa desnudez y matar vuestra hambre. Por eso venimos á desterrarlos de toda esta región, que esta tierra es nuestra y no del rey de Castilla.

Llegó un indio como á sagrado, á favorecerse del P. Maceta, huyendo de uno destos homicidas que lo seguia para matarlo, y estando abrazado del Padre lo mató de un mosquetazo sin lesión del ministro de Dios, con que dió á entender Su Majestad que era santo á prueba de afilado estoque, pues no pudo cortarle la cerviz, y á prueba de mosquete pues no le penetraron las balas, que fué lo que el otro soldado español, en caso semejante, dijo del santo Carlos Borromeo. No se fué alabando el agresor de su crueldad. Afeósela el Padre con sentidas razones, amenazólo con el castigo del cielo, hizo burla de las amenazas, y dando á entender que estaba tocado, como el otro de arriba, del contagio de la heregía, respondió: que á pesar de Dios se habia de salvar, pues basta-

ba creer. No hizo poco si se salvó, porque después, en cumplimiento de lo que el Padre le habia profetizado, lo mataron de un carabinazo, sin confesión. Diéronle sepultura con duda si la merecía, y reconociéndola después no hallaron en ella el cadáver, con que á muchos dió que pensar era uno de los que en cuerpo y alma arden en el infierno. El suplicio deste blasfemo desdichado fué muy público y notorio en Paraguay y Brasil y á muchos sirvió de escarmiento.

Otros muchos desacatos hicieron á Dios aquel día en su sagrado templo, ultrajando los sacros ornamentos, derribando la pila del agua bendita, robando los vasos de los santos óleos, comiendo carne en tiempo de Cuaresma, no faltándoles otros manjares en abundancia; con estas fiestas y profanos banquetes, celebraron su victoria.

Tuvieron noticia cómo la noche antecedente habia venido gente de la reducción de Santo Tomé, donde residía el P. Francisco Diaz Taño, y dado aviso cómo habian llegado á ella muchos Guañañas, á quienes temen los Tupíes y Mamalucos por la destre-

za y valentía con que pelean, y pesadas burlas que les han hecho, y recelaban que si fuesen sabedores de sus robos habian de salirles al camino y quitarles la presa, diéronse prisa toda aquella noche en despachar tropas de cautivos.

Cuando se supo en la reducción de Santo Tomé las atrocidades que habían ejecutado en el pueblo de Jesús María y llegó la misma nueva al Tayaoba, los indios destas dos reducciones hicieron leva de un buen ejército á cargo de caciques valerosos, y con ellos los PP. Francisco Diaz y Pedro Espinosa. Marcharon los Tayaobas con el silencio y tinieblas de la noche por sierras tan ásperas y montuosas, tan llenas de hondables arroyos, que para no descaecer y volver atrás fué bien necesario el brío con que iban al socorro de sus hermanos.

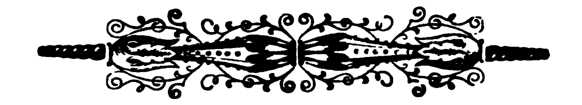
Llegaron al amanecer á la reducción saqueada del P. Simón Maceta halláronlo hecho un mar de lágrimas, aunque muy conforme con la divina voluntad. Mientras llegaba el P. Pedro de Espinosa con el ejército de Santo Tomé, que estaba más distante,

visitaron las chozas por si acaso habia quedado en ellas algún herido ó enfermo. Hallaron muchos hechos pedazos con los alfanges y entre ellos algunas indias doncellitas de doce á catorce años, pasadas á cuchillo y puestas desnudas con execrable indecencia á las puertas de sus casas, y por relación de algunos indios que habiendo huído del enemigo volvieron al pueblo, se supo las habian degollado por la resistencia que valerosas hicieron en defensa de su castidad, porque el honestísimo Padre las tenía muy enseñadas y persuadidas que era la torpeza grave ofensa de Dios, y menos mal perder la vida que cometer tan obominable pecado.

Aunque caminaban aprisa los indios de guerra, no pudieron llegar á tiempo porque la oscuridad era grande, los caminos fragosos, los arroyos con arrecifes resbaladizos. Pasando por uno el P. Pedro de Espinosa se le fueron ambos pies y cayó de cerebro con tal violencia que estuvo sin sentido más de tres horas, con que hubieron de volver algunos con él á la reducción á ponerlo en cura.

Todo fué disposición divina, pues si se hubieran juntado todas nuestras fuerzas hubieran acometido cuerpo á cuerpo al ejército enemigo y fuera la matanza grande de ambas partes. Sin tanta efusión de sangre obraron los nuestros mucho, armándole al enemigo en el camino varias emboscadas, el cual, como no sabía el poder de los que le acometian, más cuidaba de su defensa y de ponerse en salvo, que de conservar la presa. Siempre entendió que tenía sobre sí dos naciones tan belicosas como los Tayaobas y Guañañas, con que muchos de los indios cautivos se fueron deslizando y se acogieron á los nuestros.

Otras cosas memorables sucedieron en esta invasión, que se dejan para el historiador de las hazañas del V. P. Simón Maceta, en cuya religiosísima vida, apostólica predicación y ejemplos admirables de todas las virtudes hallarán harta materia donde emplear sus plumas los coronistas de su sagrada religión.



CAPITULO V

Vuelve el P. Antonio Ruiz de visitar al gobernador; halla tres reducciones destruidas; trata del remedio y de atajar el daño de unos ídolos.

Como en usencia del P. Antonio quedó por Superior de las reducciones el P. Simón Maceta, pronosticando que muchos de los miserables cautivos, con el mal tratamiento que aquellos impíos tiranos les harían en el camino, habían de morir sin Sacramentos, dió en un arbitrio muy digno de su apostólica caridad, y fué ir en seguimiento suyo, aunque como buen pastor muriese en la demanda;

pero por no obrar sin consejo consultó á los demás Padres, y á todos les pareció inspiración del Espíritu Santo. Y para que tuviese algún consuelo en tan largo y trabajoso viaje, le dieron por acompañado al P. Justo Mansilla, que también era interesado en el socorro de sus hijos cautivos.

Como volaban con las alas del divino y paterno amor, á pocas jornadas dieron alcance al ejército. Lo mucho que padecieron y obraron en beneficio de las almas y cuerpos de aquellos pobres indios, diranlo los que escribieren sus vidas, y tendrán mucho y bueno qué decir.

Algunos días después de su partida llegó el P. Antonio Ruiz; halló las tres reducciones despobladas y destruidas; *Et campos ubi Troia fuit*, con el dolor que se deja entender de su gran caridad y compasivo corazón. Congregó los Padres misioneros más cercanos en la reducción de San Pablo. Concurrieron á esta congregación apostólica el P. Antonio Ruiz, P. Francisco Díaz Taño, P. Josef Cataldino, P. Cristóbal de Mendoza, P. Juan Suárez y el P. Josef Domenec,



varones todos de singular prudencia y solidísima virtud, y con asistencia sin duda del mismo Espíritu Santo, juzgaron lo primero por conveniente con mejor consejo, que los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla, diesen cuanto antès la vuelta, pues había de ser de poco fruto su trabajo con aquella gente sin ley y sin Dios, que no queriendo llevar tan abonados testigos de sus tiranías y maldades, les quitarían la vida.

Nombraron al P. Francisco Díaz para que fuese á revocarlos, y Nuestro Señor, cuyos consejos son admirables, lo llevó para otro fin superior de mucha gloria suya. Encontró en el camino unos indios que habían escapado del cautiverio; éstos le dijeron no era posible alcanzar á los Padres, porque ya estarían muy cerca del Brasil. Envió con ellos esta nueva al P. Antonio, y aguardando su última resolución, se detuvo en aquel paraje para el fin que Dios pretendía.

Descubrió los enredos y marañas del demonio que se hacía adorar por Dios engañando á infinitos indios por medio de sus ministros hechiceros. Los ídolos que vene-



raban eran la calavera y huesos de otros magos que entre ellos ganaron más opinión. Estos eran el oráculo de aquella gente ciega, por ellos respondía el demonio y les descubría cosas ocultas y de lugares distantes, con que iba cundiendo oculto el fuego de la idolatría, con riesgo grande de volver en pavesas toda aquella cristiandad y dar la muerte á sus ministros, pues aunque el enemigo infernal sabía el amor que los indios habían cobrado á los Padres, no perdía las esperanzas de de-componerlos con ellos, dándoles á entender que aunque también eran dioses, pero de menguado poder respecto del suyo.

Los Padres eran deidades pequeñas, ellos dioses grandes, criadores del cielo y de la tierra, de los elementos y mixtos, á quienes aquellos vivían sujetos, y que cuanto hacían era con su orden y mandato. Servíanles á estos otros hechiceros de capellanes; tenían sus templos capacísimos con curiosas tapicerías de esteras labradas en los cerros más altos de aquellas provincias, á uno y otro lado sus bancos, donde se sentaban los que

acudían á consultar los cadáveres y ofrecerles sacrificios; éstos eran bálsamos para perfumes, plumería de diferentes colores para el ornato y aliño, y todo lo mejor de sus haberes.

Colgaban sus lámparas ante los huesos, por quienes daba sus respuestas el demonio. Pagábanle diezmos y primicias de sus sementeras, que servían para alimento á los hechiceros ministros de los templos.

Su mayor cuidado era que todo esto no llegase á noticia de los Padres, tuviéronlo mucho tiempo secreto, hasta que viéndose ya con mucho crédito y veneración, juzgaron que ya podía reventar en públicas demostraciones diciendo blasfemias de los Padres, exhortando á los indios que los tuviesen por capitales enemigos, que ni los visitasen ni acudiesen á sus iglesias, ni oyesen su doctrina, ni bautizasen sus hijos, ni adorasen las cruces, amenazando de parte de sus dioses á los que lo contrario hiciesen, con guerras, con pestes y enfermedades.

Y viendo agora saqueadas y destruidas las tres reducciones, y llevados los indios



que se habían hecho cristianos á miserable cautiverio, era mayor su orgullo, blasonaban de verídicos profetas, ponían á la gente más temor y pervertían á muchos.

Los Padres que asistían en la Encarnación ya repararon en algunos indicios y efectos desta secreta conjuración é idolatría. Advirtieron en que así los cristianos ya bautizados como los catecúmenos se habían entibiado mucho en su primitivo fervor, que no acudían ni á la iglesia ni á la doctrina con tanta puntualidad, ni mostraban á sus maestros aquel cariño que antes solían, y no sabiendo de cierto la causa, atribuíanlo al miedo que habían cobrado á los Mamalucos. Y habiendo llegado la nueva del estrago que aquellos habían hecho en la reducción de Jesús María, en esta de la Encarnación amanecieron un día derribadas las cruces. Y aunque por entonces no se pudo averiguar el sacrílego autor deste delito, súpose después que lo habían cometido los hechiceros. Y los que antes vivían con cuidado de que los Padres acudiesen á sacramentar los enfermos de sus familias, ya ma-

liciosamente se los dejaban morir sin Sacramentos.

Murió en este tiempo un cacique grande y mayor hechicero, y antes supieron los Padres su muerte que su enfermedad. Vinieron muchos de su cuadrilla rogando al Padre lo enterrasen en la iglesia, estando bien desengañados que al que no era cristiano se le negaba en ella la sepultura. No lo pudieron conseguir, aunque interpusieron muchos intercesores.

Cargaron de secreto con el difunto, y llevåronlo á una iglesia antigua cuatro leguas distante, fabricada por los mismos Padres muy á los principios; en ella lo enterraron y algunos de sus devotos visitaban con frecuencia su sepulcro, á quienes el demonio hablaba en nombre del difunto. Y juzgando el consuelo y remedio de sus males que podían hallar en este oráculo, le fabricaron otro templo cerca del lugar, á donde pudiesen hacer más frecuentemente y á menos costa sus romerías.

El demonio les decía allí lo que deseaban oir, hablándoles siempre al sabor de su pa-

ladar, asestando toda su artillería contra los Padres y contra los que oían su doctrina celestial. Todo esto descubrió el Padre Francisco Díaz Taño en la jornada que hizo en busca de los PP. Simón Maceta y Justo Mansilla.





CAPITULO VI

Descúbrense los ídolos en que daban Audiencia los demonios. Acude el P. Antonio al remedio de los males que recibía la nueva cristiandad.

—

Estilo es de Dios propio, de su sabiduría y omnipotencia, hacer obras grandes y conseguir fines altísimos de mayor gloria suya y utilidad nuestra con medios que la prudencia humana no tuviera por proporcionados para la grandeza de los efectos.

¿Quién creyera que en el gusto que la princesa de Egipto hallaba en bañarse en las frescas aguas del río Nilo estuvo librada la vida de aquel que habia de librar á su pue-

blo de la dura servidumbre de Faraón? ¿Quién imaginara que cuando Saul campeaba en busca de unos domésticos brutos habia de topar con la corona de Israel? ¿Y á quién le pudo pasar por la imaginación que de la chanza de un indio grosero, se habia de valer Dios para conservar esta nueva cristiandad y defender á sus ministros las vidas?

Casual fué al juicio humano el encuentro que el P. Francisco Diaz tuvo con los indios fugitivos de la prisión de los Mamalucos, cuando iba en busca de los Padres Maceta y Mansilla; pero dispúsolo la divina Providencia para el remedio de grandes males que amenazaban á aquellas reducciones y para descubrir una secreta conjuración que los hechiceros y muchos indios ya por ellos pervertidos urdían contra ellas. Lo cual sucedió de la manera que aquí diré.

Caminaban para la Encarnación unos mozos de las reducciones de Loreto y San Ignacio pastoreando unas vacas para el sustento de los Padres y de sus feligreses al tiempo que de la misma Encarnación había

salido otro indio en compañía de su mujer, y encontrando á los que traían el ganado, uno dellos, sin malicia y con licencia de caminante, dijo una chanza que á la mujer le causó mucha risa, pero convirtiósele presto en llanto, porque el marido, por ventura de impertinente ó sobrado celoso, que todo es uno, apeló á un palo que llevaba en la mano y le vareó con él las espaldas. Continuando con el mismo castigo los dias siguientes, no faltó quien movido de compasión diese aviso al P. Francisco Diaz del rigor con que la trataba.

Envióle á llamar el Padre para reprenderle amorosamente aquel exceso, y gobernando su lengua el Espíritu Santo, le dijo:

—¿Es posible, hijo, que primero ha de saber todo el pueblo que los Padres, lo que en él se hace digno de remedio? ¿Qué motivo has podido tener para callármelo, que yo, sin duda, lo hubiera remediado?

Bien se vé á donde tiraba el Padre, que era á que le dijese el fundamento que tenía para sospechar mal de su mujer y darle tan mala vida y la ración en palos; pero el Se-

ñor más pretendía con aquellas mismas palabras. Porque el feligrés entendió que lo reñía el Padre por haberle ocultado lo que hablaban los demonios por los huesos de los hechiceros difuntos, y por la que los vivos tramaban contra la Iglesia y contra la vida de los mismos padres.

Disculpándose ingénuamente el indio, le dijo:

—Padre, yo te confesaré la verdad, que hasta agora no he osado por miedo de los hechiceros sacerdotes y capellanes que en sus templos adoran los huesos y ofrecen sacrificios al demonio.

Reparóse el Padre, y dándole á entender que de todo era sabedor, entendiendo de lo sucedido con su mujer, le instó que se lo contase todo, que quería saberlo de testigo tan fidedigno porque siempre lo había tenido por hombre fiel y de verdad.

Con esta modesta lisonja el indio le contó todo lo que en el capítulo antecedente se dijo. Y que esta era la única causa de morir tantos infantes y adultos sin bautismo, de no acudir el pueblo con el fervor que so-

lía á la iglesia y doctrina, y de haber echado por tierra hechas pedazos las cruces, porque así lo ordenaban los demonios y que se podian temer dellos daños mayores.

Preguntóle si él habia ido alguna vez á dichos templos ó si habia oído lo que en los huesos hablaban aquellos.

Dijo que no; pero que un infiel huérfano que por orden de los Padres criaban en casa se lo habia contado todo sencillamente, y que él haria verdadera relación de lo que habia visto y oído, y quienes eran los sacerdotes de aquellos ídolos ó cuerpos muertos.

Encargóle al Padre el secreto, porque si se supiese que él lo habia manifestado, luego le quitarian la vida.

Llamó luego al huérfano gentil, de quien supo por menor todo cuanto hacian en sus mezquitas los hechiceros, y cómo por medio destos trataba el demonio de matarlos á traición y después derribar las iglesias y quedar señor absoluto del campo.

Con estas noticias quiso el P. Francisco Díaz saber más de raíz lo que el primero,

casado, le habia descubierto; dispuso que éste y otro que se criaba con los Padres en casa, ambos fieles, llevasen al huérfano gentil por guión y espía para que les enseñase los templos de los hechiceros, y que como quien iba á caza de pajarillos, descubriesen el lugar donde eran los ídolos adorados. Fueron con mucha disimulación, y hallaron ser verdad todo lo que el gentil á su huésped y al Padre habia referido.

Dió luego aviso al P. Antonio Ruiz, muy experto en frustrar estos ardides y deshacer estos enredos de los demonios, el cual aún estaba en la reducción de San Pablo. Partió luego en compañía de los Padres Mendoza, Cataldino y Domenec. Trataron eficazmente del remedio y juzgaron que el único era haber á las manos los cadáveres ó huesos endemoniados y quemarlos públicamente para desengaño de los indios.

Para asegurar el lance y pescar el bulto á los tres que decian las espías, estaba cada uno en su ermita en diferentes lugares.

Al mozo que los descubrió primero, en compañía del muchacho y de otros dos in-

dios cristianos, envió el P. Antonio Ruiz delante á reconocer con toda prudencia y disimulo si acaso estaban aún las iglesias en pie.

Estos hallaron en la cumbre del Nuatingui una con su ídolo, y averiguaron que los otros dos que estaban en el Ibitiruzú, dejando las mezquitas vacías, los habian trasladado más adentro, porque los demonios avisaron á sus ermitaños y sacristanes de la inquisición que los Padres hacian y del peligro que corrían aquellos huesos, y para sacarlos dél, les habian fabricado nuevos templos, en puestos á su parecer más seguros.

Los demonios, que ya conjeturaban la destrucción de sus ídolos, amenazaban furiosos que si llegase el caso y los condenasen al fuego, con sus mismas llamas habian de abrasar al pueblo, y que harian crecer el río con tan desaforadas avenidas, que derribase todas las casas y ahogase á los indios sin dejar de su casta piante ni mamante.

Volvieron las espías, refirieron lo que habian visto, y el P. Antonio, guiado por es-

píritu del cielo, trató de coger los cuerpos antes que los hechiceros los ocultasen y para que se hiciese *fortiter & suaviter*, con toda cordura y eficacia sin ocasionar á los indios algún popular alboroto, juzgó el Padre ser conveniente disponer un general convite matando las vacas necesarias para comida y cena, y que éste se celebrase con los públicos y honestos regocijos que á su modo los indios usan.

Habiendo gastado el día y parte primera de la noche en el banquete y entretenimiento, despachó toda la gente á descansar en sus casas. Y los Padres, que siempre velaban sobre sus ovejas, cuando los demás dormian pusieron faldas en cinta aunque no antorchas en las manos, porque no convenia que fuesen vistos ni sentidos.

Ayudados de las tinieblas de la noche, partieron de dos en dos en busca de los ídolos. El P. Antonio Ruiz y el P. Cristóbal de Mendoza, á los dos que estaban en el Ibitiruzú. Los Padres Francisco Diaz y Josef Domenec al que en el alto del cerro Nuatingui, quedando solo en el pueblo para

guardar la casa el P. Josef Cataldino y todos con manifiesto peligro de la vida si se descubria la facción.

Era ya la media noche cuando marcharon por rumbos diferentes, y aunque con todo recato y silencio, fueron sentidos de un viejo que les servía de portero. Este, sospechando que hacian fuga los Padres porque los indios se habian entibiado en la fe y no acudian al catecismo ni llevaban á bautizar sus hijos, como acostumbraban, dió aviso al capitán del pueblo y á otros caciques que vinieron luego á casa con mucha turbación y sentimiento de lo que el viejo les había dicho. Y hallando en oración al P. Cataldino, le preguntaron por los compañeros.

Respondióles que ya sabían su estilo, que de noche, si no es para oir confesiones no los inquietaba, que los dejasen reposar que el dia siguiente los verian.

No quedaron satisfechos, pero no se persuadieron hubiesen ido en busca de los ídolos. Con todo, enviaron gente en su seguimiento por el camino que va á la reducción de San Francisco Xavier, que por allí

los vió ir el viejo portero, pero como lo dejaron luego y se emboscaron en el monte para subir á la cima del Nuatingui, perdieron el rastro los que seguian á los Padres Diaz y Domenec, que treparon como ligeros corzos el cerro arriba, cubiertos con la oscuridad de la noche, que era muy lóbrega, sin senda ni camino, dando grandes caídas y haciendo pedazos cuerpos y vestidos en los jarales y malezas. Huían de las chácaras que estaban por la falda del cerro para que no les sintiesen.

Usó con ellos el Señor de una singularísima providencia, librándolos de muchos peligros. Cerca de las chozas de sus sementeras, suelen los indios armar cepos grandes para coger tigres, venados y jabalíes, y son unas grandes vigas levantadas en alto, que cayendo dan en una como arca, formada de palos, y sirve de camino por donde han de pasar las fieras, y en llegando á pisar cierta vara, la viga cae con tan grande fuerza que deja hecha una tortilla á la fiera que coge.

Por este camino entró el muchacho que

los guiaba, y cuando reconoció el peligro, gritó de repente:

—Padre, Padre, que estoy en el Mundé; que así llaman á la trampa sobredicha.

Acudieron los Padres á Nuestro Señor, hicieron cejar al muchacho, y fué milagro que no se desarmó el cepo, pues sin duda lo hubiera hecho pedazos el madero.

Cayendo y levantando caminaron toda la noche por el monte arriba, y al reir del alba rayó para ellos el sol, porque muy gozosos se hallaron á las puertas de la mezquita. En parte se les aguó el contento, porque las hallaron cerradas, porque los sacerdotes y ermitaños habían bajado al lugar á la fama del convite. Todo lo dispuso el cielo.

Habia en el contorno muchos ranchos y caserías donde se albergaban los romeros que venian de todas partes á visitar y hacer sus novenas en aquella madriguera de los demonios. Con el ayuda de Dios echaron las puertas en tierra, hallaron aquella zahurda tan oscura que les causó horror.

Salió el sol y descubriendo el techo se alumbró toda la cueva.

Vieron una como sala grande ó cuerpo de ermita con su presbiterio que dividía un medianil, cubierta la frente con una curiosa estera, tejida con varios matices. A los dos lados habia dos puertecillas por donde se entraba á lo interior de la capilla mayor, lugar reservado como en el templo de Jerusalén el Santa Santorum para solos los sacerdotes hechiceros que entraban á consultar el oráculo.

En el cuerpo ó átrio exterior habia muchos bancos para asentarse los peregrinos. Las jocalias que ofrecian, que eran arcos y flechas y otras presentallas con diferentes invenciones de plumas, estaban pendientes del techo y paredes. En el retrete interior habia dos estantes y de ellos colgada una hamaca larga, en que estaba la hosamenta del hechicero difunto, coronada de guirnaldas de varias flores que renovaban cada dia y cubierta de plumas de colores diferentes.

Entró el P. Francisco Diaz en este lóbrego calabozo, más que templo, y palpando lo que en la hamaca habia, dió luego con el cuerpo muerto que en el tacto le pareció

vivo. Dióle un puntillazo y los huesos hicieron ruido. Abrieron en el techo otra gran claraboya y vieron distintamente todo el camarin del príncipe de las Tinieblas, con grande lástima de la ceguera de aquellos desventurados gentiles.

Alegráronse con la presa, desataron la hamaca, echaron los huesos en tierra, pisáronlos, ultrajáronlos, y así los Padres como los que venían en su compañía los escupieron y hollaron é hicieron mil vilipendios del demonio en ellos, humillando su sobervia en el mismo lugar donde él habia puesto el sólio de su exaltación.

Estaban estas diabólicas reliquias en seis hamacas menores en forma de fundas y entre una y otra una sobrecama de algodón bien labrada. y en la última una curiosa manta de plumería de vistosos colores, dentro de la cual estaban los huesos abominables del hechicero; tenía sobre la calavera un capacete y toda la farda representaba un cuerpo humano recostado en aquel, más lecho que sepulcro, de donde hablaba el demonio articulando voces que todos oían,

con que iban persuadidos que estaba vivo.

Quedaron asombrados los indios Camperos y acabaron de perder el miedo si alguno habían tenido á los demonios y á sus ministros los hechiceros. Y en las cestas que para esto llevaban, metieron las hamacas y atavíos, y en una aparte los infames huesos.

Pegaron fuego al templo y subieron tan altas las llamas, que el P. Antonio y su compañero pudieron verlas bien de lejos, y se consolaron mucho, juzgando lo que podía ser.

Los cabríos, vigas y tirantes del edificio eran unas cañas muy fuertes que lleva la tierra, gruesas como el muslo, que con el fuego daban estallidos como piezas de batir, y aunque duró buen rato la salva y luminaria, ni se oyó la una en el pueblo ni pudieron ver sus vecinos la otra, porque Dios la ocultó, interponiendo una espesa neblina, que la robó á la vista de aquella banda donde caía la reducción.

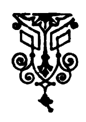
Y es verosímil que si los sacerdotes y ministros hubieran tenido noticia, peligrara la vida de los Padres antes de volver al pue-

blo. Llegaron á su casa, hallaron cuidadoso del suceso al P. Cataldino, que sabiendo lo que habían obrado y los despojos que traían de su victoria, se holgó mucho, y dió infinitas gracias á Nuestro Señor.

Habian concurrido todos los indios á la iglesia con deseo de saber la causa que habian tenido para ausentarse los Padres. Salieron los tres, y el P. Cataldino les dijo:

—Véis aquí á los Padres, que no se han ido como pensábades vosotros; con esto despidió toda la gente.

Del P. Antonio Ruiz ni de su compañero no tuvieron en todo aquel dia noticia, pero á media noche recibieron un billete en que daban aviso de los otros dos ídolos y del riesgo en que se vieron de morir á manos de los hechiceros.





CAPÍTULO VII

Prosigue el descubrimiento de los otros dos ídolos por el P. Antonio y su compañero.

—

Más dificultades hubieron de vencer en su empresa los Padres Antonio Ruiz y su compañero, porque los hechiceros, temerosos de algún asalto, habian retirado y escondido los ídolos en otros templos. Todo el suceso cuenta el mismo P. Antonio en su *Conquista*, y dice así:

«Al P. Cristobal de Mendoza y á mí se nos dilató algo más el gozo de nuestra buena ventura.

Caminamos toda la noche montando sierras y cruzando valles y aun vadeando lagunas, con la priesa que nos daba y bríos que infundía el deseo de llegar á ver la cara al enemigo y encontrar con aquellos demonios.

Serían ya las ocho de la mañana cuando el guión que llevábamos nos metió en el templo. Diónos su vista un alegrón, juzgando que ya no podía escapar de nuestras manos, pero duró poco, porque no hallamos sino algunos despojos de las ofrendas que los gentiles les hacían.

Casi perdimos las esperanzas de ser dichosos con el hallazgo, porque la guía sabía muy bien el lugar, pero no adónde habian transportado el cadáver, y era cierto que habian hecho aquella noche la translación, como nos lo dijo luego el rastro que resolvimos seguir.

Entre muchos caminos que se nos ofrecieron á la vista, echamos por el más trillado. Topamos por él un muchacho gentil. Examinámoslo, y aunque al principio se cerró de campiña y negó pertinazmente, no

faltó quien nos dijo era el sacristán ó monacillo del templo. Atámoslo para asegurarnos dél, y ya con amenazas, ya con promesas, procuramos sacarle la verdad. No lo conseguimos, pero dijo que él nos guiaría, y lo hizo por unos riscos que daban en una grande profundidad; pasámoslos con grande peligro, asiéndonos de las mismas breñas.

Vencido este reventón, topamos una choza medio fabricada. Persuadímonos se labraba para morada del demonio, y que para más asegurarlo, habian pasado sus portadores adelante con él. Quiso Dios, autor de nuestra buena suerte, que topamos un indio el cual nos sacó de duda y nos hizo la siguiente relación:

—A media noche, dijo, el cadáver que en aquel templo que hallásteis vacío, era adorado, dió voces de lo interior de su sepulcro, pidiendo á sus ministros le favoreciesen y sacasen de aquel puesto. «Llevadme, decía, porque vienen aquellos malos hombres, mis enemigos, á prenderme para quemarme, y si tal intentaren, haré que llueva sobre ellos

fuego del cielo y los consuma, que crezcan los rios y que los ahoguen. Convocaré los Mamalucos del Brasil para que venguen el agravio que me hiciere su desacato. Presto, presto, amigos, que vienen ya cerca los Padres.»

Con el aviso destas voces, los que le guardaban, no solamente cuidaron de sacar éste, sino también otro cuerpo muerto, que estaba de alli bien distante; parecióles que los dos demonios juntos se defenderían mejor de los dos Padres que venían á hacerles guerra, y fué providencia divina, para que los cogiésemos á los dos.

Supimos después que este indio era uno de los que iban acompañando los cuerpos, pero viendo lo que el demonio nos temía y que iba huyendo de nosotros, concluyó con su buen discurso que nuestro poder era mayor que el suyo, y así antepuso á la suya nuestra amistad.

Eran ya las dos de la tarde, y aunque no habiamos descansado un punto, alentados de nuevo con esta relación, proseguimos en el alcance, y quiso Dios que á las cinco lo dimos.

Luego que nos vieron echaron á huir. Quedó con ellos una su sacerdotisa, que compadeciéndose del trabajo de sus dioses en aquella fuga, los habia seguido para regalarlos por su mano, y llevaba unos vasos grandes en que ponía brasas para templarles la humedad y frio de aquellos montes. Solos dos indios tuvieron ánimo para esperarnos y aun quitarnos la vida; flecharon sus arcos pero no se atrevieron á tirarnos; llegamos á ellos y los prendimos y maniatamos.

Dimos gracias á Dios por el buen suceso. Abrimos las redes y vimos unos hediondos huesos, aunque bien adornados con vistosa plumería.

El un cuerpo era de un hechicero de mucho nombre y muy antiguo. El otro era también de hechicero más moderno, que alcanzamos vivo en nuestra primera entrada en aquella provincia. Juzgámoslo en el aspecto de ciento y veinte años y nos aseguraron que los tenía.

Muchas veces lo habíamos convidado con el bautismo, pero nunca lo aceptó hasta que en lo último de su vida lo bautizó á petición



suya el P. Simón Maceta. Enterráronlo en una pequeña iglesia, que después dejamos por otra más capáz. Y afirman muchos que desde la sepultura se oían voces que daba diciendo:

—Sacadme de aquí, que me ahogo, sacadme luego.

Así lo hicieron los gentiles y lo pusieron en su templo, donde, como queda dicho, hablaba por él el demonio.»

Hasta aquí el P. Antonio Ruiz.

Corrió luego por toda la comarca que estaba poblada de infieles que adoraban estos cuerpos asquerosos, cómo los Padres los habian cogido para quemarlos.

Luego se convocaron en son de motín con sus armas para cobrar los despojos y quitar á los buenos ladrones la vida.

No lo ejecutaron aquel dia por no saber aun la gente que los Padres llevaban de guarnición, porque juzgaron no se hubieran atrevido á no llevar las espaldas muy seguras, y claro está que las llevaban asistiéndoles Dios.

Juntáronse muchas tropas para dar el dia

siguiente sobre los Padres, quitarles la presa y la vida á cuantos la llevaban.

El P. Antonio Ruiz, ó supo ó tuvo por cierta esta conjuración, y con un indio dió aviso aquella noche al pueblo.

Este, antes que á los Padres, se fué á darlo al capitán Pin Dobiyu que poco antes se habia bautizado y casado con una india cristiana antigua de la reducción de Loreto, que amaba y respetaba mucho á los Padres, la cual, oyendo el peligro en que quedaban los dos, comenzó á llorar.

Movido de sus lágrimas resolvió de ir á socorrerlos. Fué á la casa de los Padres, con el billete y correo; hallólos en oración, encomendando á Dios el buen suceso de sus compañeros, aunque ignorantes de su peligro.

Divulgóse por el pueblo el riesgo de los Padres, y juntáronse con Pin Dobiyu para el socorro otros caciques con cuatrocientos flecheros.

Marcharon todos con el P. Francisco Diaz, y para llegar antes tomaron un atajo trabajoso por los arroyos y pantanos. Vieron en

la falda de un monte muchos fuegos, creyeron ser de los reales enemigos que se habian convocado contra los Padres.

Adelantóse Pin Dobiyu con su acostumbrado valor y reconociendo al enemigo, halló que era un escuadrón de hasta doscientos gentiles que sin duda esperaban nuevas tropas para engrosarse y acometer, y temiendo no se le retirasen y de paso le degollasen los Padres, marchó con su gente á toda prisa por la espesura del monte, y se vió bien que Dios era su guía, porque luego oyó unas voces que eran de los muchachos que el P. Antonio habia llevado y estaban de centinela para avisar de la llegada del enemigo, á quien aguardaban en oración, puestos en las manos de Dios para dar la vida por su amor.

Aquellos, en descubriendo al P. Francisco Diaz, dijeron:

—El Padre viene, el Padre viene.

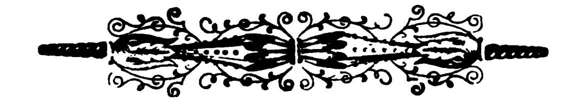
Alegráronse mucho con esta buena nueva, salieron á recibirlo, y cuando vieron el lucido escuadrón que Pin Dobiyu capitaneaba en su favor, dieron al Señor infinitas gra-

cias. Y la mayor acción dellas fué ofrecer en aquel lugar los tres el santo sacrificio de la misa.

En la suya hizo el P. Antonio una breve plática, descubriendo á los indios las astucias y engaños de Satanás y la maldad de los malditos hechiceros, que les hacían adorar los hediondos huesos de aquellos malos hombres, cuyas almas ardían en los infiernos, y que á su tiempo habian de ser abrasados vivos con ellas por una eternidad. Hizo ostensión de dichos abominables huesos, y díjoles que advirtiesen los dioses que adoraba aquella gente ciega y miserable, y muchos dellos quedaron avergonzados de haber caido en tan torpe error.







CAPITULO VIII

Trae el P. Antonio los ídolos al pueblo y los hace quemar en pública plazu.

Los PP. Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza, que habian salido de noche del pueblo solos, volvieron de dia con muy lucido acompañamiento, y los que partieron tristes con la contingencia del suceso entraron triunfantes y alegres por haberlo tenido tan feliz como lo pudieron desear.

Díje que volvieron de dia, porque aunque su entrada fué un sábado en la de la noche, pudieron suplir la ausencia del sol làs ho-

gueras y luminarias que hicieron de fiesta á porfía todos los vecinos. Y los Padres más contentos que una Pascua, por haberse logrado su traza, su trabajo y desvelo y el peligro á que por la honra de Dios expusieron sus vidas.

Era víspera de la Santísima Trinidad; y por ser ya tarde, reservaron la ejecución de la sentencia de fuego dada contra los pérfidos huesos para el siguiente dia. Mandó el P. Antonio que en la plaza se erigiese un cadalso, con la suficiente elevación para que de todas partes pudiera ser visto, sin embarazarse unos á otros. Antes de misa, como es de costumbre, tocaron al catecismo. Concurrió toda la reducción, y un número grande de infieles advenedizos, que huyendo de los Mamalucos se acogieron al sagrado deste pueblo. Llenóse la iglesia, plaza y encrucijadas, todos con deseo y curiosidad de ver en qué paraba la sentencia fulminada contra aquellas deidades de hueso, pareciéndoles que si eran tan poderosas como se fingían, no se dejarían quemar de cuatro desarmados sacerdotes.

Estando con esta espectativa y suspensión el apiñado auditorio, salió el P. Josef Cataldino con su sobrepelliz y estola á enseñar la doctrina; declaró el altísimo misterio de la beatísima Trinidad que se celebraba aquel dia. Llevaba dos acólitos, el uno con el acetre del agua bendita y el otro con un tomo grande del P. Reginaldo, de muy curiosa encuadernación, para que con estas apariencias de aliño y majestad que á los indios mueven mucho, hiciesen más concepto del pecado de la idolatría que muchos dellos habian cometido.

Cuando vieron el libro grande y hermoso, que jamás habian visto, quedaron absortos. Comenzó el Padre á declarar con mucha gracia las infinitas é incomprensibles perfecciones del verdadero Dios, uno en esencia y trino en las personas, su bondad, su omnipotencia, su inmensidad, su sabiduría y hermosura, el que habia criado el cielo y la tierra de nada, y podía con la misma facilidad destruirlo y aniquilarlo todo.

Que las demás criaturas racionales é irracionales todas eran obra de su divina mano,

todas lo reconocían dueño soberano y absoluto, todas pendientes de su libre voluntad en su ser y conservación, que las más hermosas, como el sol, luna y estrellas, no eran más que unas menguadas participaciones de su belleza divina.

Poco á poco fué acercando su discurso á la locura y ceguedad de los que idolatraban en esas criaturas, dándoles el culto debido á solo el criador y al desatino descomunal de los que tenían por dioses, á los huesos abominables de aquellos malditos hechiceros mortales, amasados de un poco de polvo, y que fueron hombres viciosos y perjudiciales, que con sus embustes y pacto que tenian con los demonios engañaban á los ignorantes.

—¿Cómo pueden ser dioses—decia—aquellos á quienes, como á todos los demás, abrasa el sol, quema el fuego, atormenta el frio, consume la hambre y la enfermedad, postra una calentura, y no tienen poder para eximirse del tributo común que todos pagamos á la muerte, y esta convierte en gusanos, en ceniza y podredumbre, como lo po-

dian ver en aquellos huesos secos y podridos que tenían por ídolos, con grave ofensa y agravio del verdadero Dios?

Afeóles mucho la impiedad con que habian á costa suya edificado templos á aquellos malos hombres, cuyas almas ardían ya, y cuyos huesos habian de arder para siempre en los infiernos. Y que por este pecado de la idolatría, que es muy enorme, tenían muy indignado al único y universal Criador, y que se persuadiesen ser castigo suyo las inhumanidades que los Brasiles habían ejecutado en las tres reducciones, y que podían temer otras mayores, si no se retiraban y arrepentían.

Abriendo luego el libro, les dijo que en él estaba impreso todo lo que les habia predicado, y las maldiciones que llueve Dios á los que adoran á semejantes brutos hechiceros..

Oyendo esto todos los circunstantes, dobladas las rodillas, los ojos clavados en el suelo, puestas las manos, á voces confesaron sus culpas, diciendo les pesaba mucho de haber sido tan fáciles en creer aquellos em-



bustes del demonio y adorado aquellos asquerosos huesos.

Hicieron el acto de contrición con tal fervor y sentimiento que se enternecieron los ministros de Dios y les aseguraron de parte de Su Majestad el perdón si de veras se arrepentían, y echándoles el agua bendita, quedaron muy consolados. Siguióse luego la misa y sermón que predicó el P. Antonio Ruiz, orador máximo en la lengua Guaraní, que hablaba con tanta propiedad y expedición como si hubiera nacido y criádose en ella.

El asunto fué del respeto y lealtad que se debe á un solo Dios todopoderoso y verdadero y de los engaños del sobervio Lucifer, que siempre aspira en todo lo que puede á ser semejante al Altísimo y pretende vituperarle su culto y gloria, á quien Su Majestad en castigo de su altivez desterró del cielo, y él, envidioso, no puede sufrir que los hombres ocupen las sillas que él y sus ángeles perdieron.

Añadió que no se espantaba de que hombres legos y sin letras hubiesen creído á este

enemigo cuando les hablaba desde los huesos, que toda la culpa tenían los perversísimos hechiceros, dándoles á entender por arte diabólica, que aquellos, después de la muerte, estaban vivos y tenían divino poder, que presto verían su engaño y desengaño acabado el oficio.

Que por lo que deseaba su verdadero bien les suplicaba no creyesen en adelante semejantes embustes, y que en señal de arrepentimiento le ayudasen todos á quemar aquellos huesos que habían sido instrumentos de su perdición, trayendo cada uno un leño de su casa para encender la hoguera.

Aunque oían con grande gusto el sermón, todo lo que dijo después destas razones se les hizo largo por el fervoroso deseo que encendió en sus corazones de obedecerle en lo de la leña. Por donde apenas acabó la misa, cuando todos volaron á sus casas y cada uno acudió á la plaza con el mejor tizón de su hogar, con que se formó luego una grande pira, pegósele fuego y comenzaron á subir al cielo las llamas, para anticipar en aquellos cadáveres condenados lo que

en ellos vivos han de hacer las del infierno, aunque estas los consumieron y aquellas quemándolos por una eternidad, nunca los acabarán de consumir.

Mandólos llevar el P. Antonio en unos cestos con todos sus vestidos y curiosos atavíos y puestos sobre el tablado el P. Francisco Diaz Taño los fué mostrando al numeroso pueblo, nombrando á cada uno por su propio nombre.

Fué grande el espanto cuando vieron aquellas canillas feas, denegridas y abominables y mucho mayor con la vista de la horrible calavera del más afamado hechicero llamado Uruboti, que quiere decir cuervo blanco, en cuyo hueco había anidado un ratoncillo, y fué grande el ruido y murmullo del pueblo, diciendo á voces que si fueran dioses, como se mentían, no hubieran dado albergue á tan sucio animalejo.

Esto fué lo que más desacreditó á los hechiceros y demonios y más desengañó á los gentiles.

Mandó el P. Antonio arrojarlo en medio de las llamas, que en breves instantes todo lo

convirtieron en ceniza. Y como no vieron los castigos con que el demonio habia amenazado, quedaron muy gozosos y confirmados en la fe, los cristianos para defenderla y los infieles para recibirla.

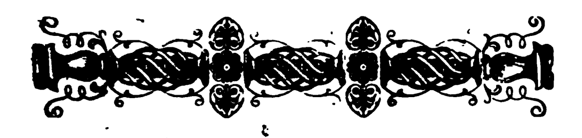
Lo que de aquí se siguió que los que tenían escondido el cadáver de Ceré Ceré, hechicero no menos famoso, aunque más moderno, como no estaba aún desencuadernado, echándole una soga á la garganta, lo arrastraron por todo el pueblo y lo arrojaron en la hoguera con los demás.

Recogieron las cenizas de todos y las echaron en un pozo profundo para que estén más cerca del infierno, donde han de venir á parar.

Con este ejemplar castigo triunfó la católica fe de la pérfida idolatría, y se quitó este tropiezo á la nueva cristiandad.

———





CAPITULO IX

Astucia santa con que el P. Antonio Ruiz convirtió al hechicero Zaguazari.

Una envidia hay santa que llamamos emulación, á la cual exhorta el apóstol á los de Corinto. 1. Cor. 12. *Aemulamini autem charismata meliora.* Ira hay loable, que nace del celo de la honra de Dios, y siente el verle despreciado y ofendido.

Así se enojó el Cordero de Dios contra los profanadores de la casa de su padre. No de otra suerte hay una astucia que más es divina prudencia, y desta se gloría el mismo apostol San Pablo 2. Cor. 12. *Cum essem astutus dolo vos cœpi.* Desta astucia, no in-

digna de héroes apostólicos se valió el Padre Antonio Ruiz para una empresa de grande gloria de Dios y bien de aquella novicia cristiandad.

Aunque él y sus compañeros encendidos en celo de la honra de Cristo y exhaltación de su fe se desvelaban en buscar arbitrios con que extirpar del todo la idolatría, nunca faltaban raíces que arrancar por los nuevos planteles que hacia el demonio en los corazones de varios hechiceros, de que son fecundísimas todas las regiones del gentilismo de Oriente y Poniente, por la facilidad con que toman en aquel ignorante y vicioso gentío.

.Entre estos se opuso á la predicación de nuestro P. Antonio Ruiz, y de sus compañeros uno caviloso y astuto llamado Zaguazari, que en su lengua significa el hermoso; y no por cierto porque lo era, sino un feísimo mónstruo de la naturaleza.

Su estatura pequeña y sin la gracia y donaire de la proporción. Torcidas las manos y pies, los ojos parece que se le saltaban de sus nichos, la cabeza chata, grande y sin

cuello, cosida con los mismos hombros, las piernas sin pantorrillas, todas iguales como dos cañas; la parte superior sin gonces, de suerte que como un estafermo vivo se habia de mover todo para cualquier acción. A este llamaron por antonomasía hermoso, sin duda como los latinos al orbe *Mundum* por tan inmundo; á la guerra *Bellum*, porque nada tiene de bella; al mar *Pontum*, porque no sufre puente, y al denso bosque *Lucum*, porque no luce.

No pocas veces á aquellos con quienes la naturaleza se muestra esquiva en la gentileza del cuerpo, se les ostenta más liberal en prendas del alma. Así lo hizo con este indio, que lo dotó de vivo y perspizaz ingenio y de una retórica y elocuencia natural, con que tenía en las conversaciones suspensos y gratos los oyentes.

Como le faltaban fuerzas para otros mecánicos ejercicios, labraba de lengua y de pico que era extremado, como entre los gentiles el de Esopo. Fingía fabulosas historias y disfrazaba una mentira con tan vivos colores, que la vendia y hacia pasar por ver-



dad entre los más avisados. Este era su mayor talento, y con estos y con el trato con el demonio, vino á adquirir grande fama de sabio y de hechicero. Y llegó á tanto su loco desvanecimiento, que se fingia superintendente de los cielos, que daba á su tiempo las lluvias, que á su disposición estaban los años fértiles y abundantes cosechas. De aquí procedió á persuadir que era árbitro absoluto de la vida y de la muerte, y soberano señor de todo lo criado.

Vivia retirado en una fragosa sierra, y á visitarle en ella se despoblaban los lugares de los infieles y aun algunos cristianos de los que sirven á los españoles iban á verlo y le llevaban varios presentes.

Tuvo el P. Antonio noticia deste ministro de Satanás, y que trataba de edificarse un templo para sepulcro suyo, donde perpétuamente fuesen adorados sus huesos como los de otros hechiceros insignes. Procuró con todo artificio ganarle la voluntad. Envióle varios recados rogándole viniese á verlo en su pueblo, que deseaba mucho verlo y comunicarlo por lo que le habian dicho de sus

grandes prendas, que sobre su palabra podia venir con toda seguridad, y que le prometia todo buen agasajo y correspondencia. Ya vino á desearlo, pero temió, si saliese á luz, desvanecimiento el pavón en el público alarde de la rueda de su hermosura, ó por mejor decir, no le trocasen, si viesen su feísimo rostro y mal forjado cuerpo, el título de angel hermoso en el de horible demonio. Pues para no perder el primer apellido se habia condenado á vivir en un retiro tenebroso, donde era visitado sin ser visto. Desde él daba sus audiencias y despachos.

Continuó el P. Antonio su batería, y con ella alcanzó dél que viniese á verle. Recibiólo con semblante alegre, trató con él familiarmente, como un amigo con otro, túvolo en su compañía y regalólo con el cuidado con que pudiera á otro de la de Jesús. Suplicóle por despedida no se extrañase ni dedejase de venir frecuentemente al pueblo, que tuviese aquella casa por suya, que por su cuenta correría su asistencia y regalo, y que todos los vecinos le deseaban toda felicidad. Esta fué la astucia, y no la mayor.



Con esto se despidió, no sin algún cariño de tanto agasajo.

Después de algunos dias le pareció al Padre Antonio que pues ya el pez estaba cebado, seria más fácil sacarlo de su vivar, y en el segundo lance hacerle tragar el anzuelo, y la traza que ingenió para desacreditar con los indios aquel hechicero, él mismo lo escribe en el libro de su *Conquista*.

«Llegó la Pascua del Nacimiento del Señor, juntáronse á su celebridad en el pueblo muchas tropas de indios comarcanos. Parecióme la ocasión nacida para desautorizar á revueltas del público regocijo este pernicioso demonio. Hícele saber cuán solemne era para todos sus feligreses aquel dia y que aquel año lo seria mucho más si él se dignase de honrar y regocijar con su presencia la fiesta. Vino luego. Halló á los vecinos entretenidos con un juego entre ellos muy ordinario, que llaman de la gallina ciega. Rogáronle todos hiciese él este papel, como lo hacian otros de los más principales caciques, y vino en ello.

Vendáronle muy bien los ojos, y prome-

tiéronle, si cogiese á alguno, y adivinase quién era, muy buen premio. Todo lo pudo el interés. Teníamos ya prevenidos unos mozos, hijos de padres muy cristianos, para dar principio al juego, y bien amaestrados en las burlas que le habian de hacer.

Juntóse gran número de gente forastera y del pueblo; comenzó el regocijo y los muchachos á hacerle cocos, y á remedar tan graciosamente su modo de andar, que causó á todos mucha risa. Tirábanle de la ropa, dábanle golpes y empellones hasta derribarlo en tierra. El, empeñado para conseguir el prez, hacia esfuerzos para agarrar alguno.

Admirados los circunstantes y aún sentidos de que aquel hombrecillo desventurado, risa y escarnio de aquellos rapaces, pretendiese sobervio ser adorado por Dios, no pudieron contenerse, sino que dando sobre él unos y otros á porfía, lo pararon tal, que la compasión me hizo quitarlo de sus manos, y la venda de los ojos, con que comenzó á abrir los del entendimiento, y á conocer su ceguera, su locura y perdición.



Por estas burlas comenzó Dios las veras con que luego trató de reducirse á la fe. Dijo que no queria volver más á su infernal y lóbrega cueva, sino quedar por vecino de aquel pueblo, y desde allí desengañar con sus palabras, y más con la mudanza de su vida, á todos los que habia llevado embaucados.

El P. Antonio le recogió en su casa, y porque no viviese ocioso, le dió cargo de barrer el zaguán de la iglesia. Tenía mucho cuidado con él, dándole la comida y vestido necesario, y procurando que todos los dias acudiese al Catecismo.

Con la gracia de Dios aplicó su buena capacidad con tal ahinco á los misterios de la fe, que muy en breve de discípulo pudo servir plaza de maestro. Recibió el bautismo con mucha solemnidad; después de cristiano oía todos los dias misa, y procedia con mucha edificación.

Venian de muy lejos á verle principales caciques, á quienes predicaba como un apostol la doctrina santa que habia aprendido en la escuela de Cristo, y con humildad les pe-

dia perdón de los embustes que habia usado en su ermita con ellos. Lo restante de su vida perseveró con mucho ejemplo de virtud en compañía de aquellos misioneros apostólicos, de cuya mano, en la última enfermedad, recibió todos los Sacramentos y murió con grandes prendas de su salvación.

La misma noche en que rindió el alma á su Criador, llamó al P. Antonio y le dijo:

—Padre mío, que verdaderamente lo has sido de mi alma, mucho te debo, y muy agradecido me parto desta vida con grande confianza en Dios, que me ha de llevar al cielo por el medio que te inspiró de humillarme y abatirme para curar el achaque de mi maldita soberbia. Contentísimo muero, pues gracias á la Divina Majestad, he recibido todos los sacramentos. Ninguna cosa hallo en mi conciencia que pueda darme cuidado, sino son aquellas mis pasadas boberías; pero espero en su misericordia que ya me las habrá perdonado, pues me ha visto de todas tan arrepentido.

Habiendo dicho esto, sacó una bolsilla en que guardaba un pedazo de cadena de lata

y una aguja, y se la dió diciendo que aquella bolsa no era suya, que se la habia hallado á la puerta de un aposento y que por olvido natural habia retenido en su poder. En estos mosquitos de escrúpulos tropezaba ya buen cristiano el que hechicero gentil se engullía elefantes de pecados gravísimos; efectos de la divina gracia y méritos de su sacratísima Pasión.

Con el ejemplar castigo de los hechiceros quemados y con la conversión de Zaguazari, se limpió la tierra desta pestilente semilla.

Y solamente tuvieron los Padres noticia de que en el reino de Cayú ó Guarayrú habia otros hechiceros cuyos huesos eran venerados en un templo, con grande concurso de aquella ciega gentilidad.

En una de sus invasiones dieron en él los Mamalucos del Brasil, y cuándo á ley de cristianos celosos de la honra de Dios, debian abrasarlo y destruirlo, lo conservaron por el interés que tenian en el pillaje de los indios.

Este es el culto que presta á Dios aque-

lla vil canalla de hombres que tan indignamente se honran con el nombre de cristianos, y según lo que obran, más parecen ó indios, ó hereges, ó pérfidos ateistas.





CAPÍTULO X

Aplica el P. Antonio todo su conato á restaurar la reducción asolada de Jesús María. Ayuda mucho la conversión del hechicero Guiravera.

Al paso que con todas sus fuerzas y mañas procuraba el enemigo común estorbar la conversión de los gentiles, el P. Antonio Ruiz y sus compañeros echaban el resto de todas las suyas en alentarla y promoverla, reparando las ruinas que aquel hacia por mano de los Brasiles.

Supo cómo en los montes cercanos á las reducciones saqueadas habia mucha gente

que huyendo la furia de las armas Mamalucas, se habia retirado al sagrado de sus espesuras. Salió desalado en busca suya y á probar de paso si podia entrar en el gran reino del Caayú, donde el famoso hechicero Guarayrú tenia su segura guarida y grande autoridad. Y aunque recogió algunos indios, supo que los más, atemorizados, se habian escondido en unas sierras más apartadas del peligro.

Por este mismo tiempo caminaban en seguimiento de sus feligreses cautivos los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla, los cuales á cada paso hallaban por los caminos muchas indias con sus infantes, que por no poder seguir las tropas quedaban en aquellos desiertos, pereciendo de hambre y de la contagiosa enfermedad.

Encontraban unos muertos y medio comidos de los tigres, otros boqueando y otros tan descaecidos y flacos que aun la lengua no podian mover para implorar socorro. A todos socorrieron cuanto les fué posible en lo espiritual y temporal, como madres amorosas, bautizando y confesando á los unos

y buscando arbitrios para alimentar á los otros. Sucedieron casos bien raros, clarísimos testimonios de la caridad apostólica destos dos grandes varones, que se contarán en la vida del P. Simón Maceta.

Llegaron finalmente á dar vista á los pobres cautivos que hacian aquel largo camino, y cargados de collaresy pesadas cadenas, tratados con más rigor que si fueran condenados por gravísimos delitos á galeras. Iban los miserables amarillos como la cera, con sola la piel arrugada de la hambre y denegrida de los soles sobre sus molidos huesos. Cuando puestos en aquella tribulación vieron tan cerca á sus queridos Padres, levantaron al cielo un llanto que bastara á enternecer las piedras. Arrojóse al rastro de sus feligreses el caritativo P. Simón, dándoles tiernos abrazos y asiendo de la cadena, poníala sobre su mismo cuello como envidioso de su dicha, y decíales:

—Ea, hijos míos, buen ánimo, llevad estos trabajos que Dios os envia con mucha resignación en su santísima voluntad, que por ellos os tiene preparado un peso de eter-



na gloria en el cielo. Todo lo que padecéis es poco respecto del premio que os aguarda. Con vosotros he de morir en esta peregrinación. Acá vine para asistiros y consolaros, y no dejaros un punto, porque os llevo estampados en las telas de mis entrañas.

Las mismas finezas decia á los suyos el P. Justo Mansilla. Todo era llorar y suspirar, unos de pasión y otros de compasión. Que no hace poco quien no pudiendo con otro, socorre con esta al afligido, pues se echa á cuestas todos sus males, y los que van repartidos en varios cuerpos, todos juntos los padece en el alma. *Quis infirmatur & ego non infirmor?* Solos aquellos tiranos durísimos no se movian á lástima. Antes enfadados de lo que los Padres hacian revolvieron su cólera contra ellos con muchas descortesías, baldones y amenazas.

Sacó uno dellos el puñal para herir á un indio que se habia abrazado del Padre; pero el valeroso soldado de Jesús reparó en sus brazos los golpes y haciendo dellos broquel rebatió las heridas. Con esta constancia invencible iba marchando con ellos, pidiendo

á voces con lágrimas en sus ojos misericordia y libertad para sus hijos.

Tanto porfió en sus importunos ruegos que aquellos piratas, por verse libres de la pesadumbre que les daba su caridad, le restituyeron todos los suyos.

Entre los infieles que llevaban presos uno era aquel sobervio cacique Guiravera, el cual admirando tantas finezas de caridad en aquellos Padres, decía:

—Qué loco y fuera de mí estaba yo, cuando tantas diligencias hice para matar y comerme á este varón santo, que tan de veras nos ama y á tales fatigas y riesgos se ha expuesto por nosotros.

Diéronle á este cacique con los demás y fué pieza que el Padre estimó en mucho, por lo que podía facilitar la conversión de los gentiles y trocar él su vida de bárbaro altivo en la de humilde hijo de Dios. A él y á los demás despachó con cartas al P. Antonio Ruiz, avisándole cómo iba resuelto de llegar al Brasil, socorriendo y consolando aquellos infelices prisioneros.

Vino Guiravera en busca del V. P. Anto-



nio; hallólo en la reducción de San Pablo. Dióle las cartas y rogóle con mucha instancia le enseñase los misterios de la fé, porque quería ser hijo de Dios y obedientísimo súbdito suyo y de los demás Padres. Dióle larga relación de los buenos oficios que los PP. Maceta y Mansilla hacían con los cautivos.

Recibiólo el P. Antonio con sumo consuelo, conociendo que se lo traía el Espíritu Santo para la conversión de muchos gentiles, que antes había embarazado. Y para que descansase de las fatigas del camino, lo remitió muy recomendado á las reducciones antiguas de Loreto y San Ignacio, y para que con la comunicación de los Padres y cristianos más antiguos y ejemplares, formase más alto concepto de las cosas de la fé y cristiana policía.

Admitió el partido por singular favor. Vivió en ellas muchos días, notando con admiración, el orden, la paz y concordia, el buen gobierno, el regalo y abundancia con que pasaban la vida aquellos pueblos, libres de sobresaltos y disturbios de guerras.



Algunos días después vino á estas reducciones el P. Antonio; hallólo muy contento y pagado de todo lo que había visto en ellas. Oyóle con gusto las lamentaciones que hacía de haber vivido engañado y ciego tanto tiempo, y de no haber logrado antes las dichas que gozaban otros de su nación. Díjole que si gustaba volvería luego á su tierra y juntaría mucha más gente que la que había apresado el enemigo, y que della no solamente formaría un pueblo, sino muchos.

Aprobó el Padre su resolución y porque había venido de la prisión muy derrotado, hízolo vestir de nuevo, dejó orden le diesen todo lo necesario para su despacho; pero cuando los caciques del pueblo, más liberalmente lo regalaban y más cuidadosos le asistían, de repente reconocieron novedad y mudanza en su semblante, porque andaba melancólico, encapotado y poco gustoso de lo que con él se hacía, de aquí entraron en sospecha no maquinase alguna traición, arrepentido de haberse hecho cristiano, y considerando cuerdos que si esto fuese y volviese á su tierra podría hacer daños gra-

vísimos á la cristiandad, causar nuevas inquietudes y cerrar la puerta á la predicación en aquellas provincias, procuraron embarazar su partida; y no hallando medio más seguro para detenerlo, se aseguraron poniéndole grillos y dando aviso al P. Agustín de Contreras.

Tratábalo el Padre con particular amor y suavidad, hacíale muchas caricias y regalos, asistíale más cuidadoso porque no lo irritase aquella cautela con que parecia poner dolo en su fidelidad. No sintió mucho Guiravera esta prisión, porque conoció que todo se encaminaba á su mayor bien, y él mismo decia se holgaba della, afirmando que su melancolía no le ocasionaba pesar de haber recibido la fe ni de lo que habia prometido al P. Antonio Ruiz.

Y aunque entonces á ninguno desabrochó su pecho para desahogar el nocturno corazón, súpose después que le habian hecho cruda guerra los demonios sus camaradas y familiares antiguos, para que no dejase su amistad ni mudase la religión ni la vida; que lo atormentaban con horrendas visio-

nes y lo amenazaban con rigurosos castigos. Y aunque en su suave prisión le tenían guardas de vista, una noche las engañó, y dejándose á su mujer se huyó á la montaña.

Echáronlo menos por la mañana. Fueron por varias partes en busca suya, pero no lo pudieron descubrir.

Dos meses discurrió desconocido por las rancherías de aquellos montes, lidiando con los enemigos y con su conciencia. Venció finalmente esta, y dió con él en la reducción de San Francisco Xavier.

Conocíasele bien en el macilento semblante lo mucho que en esta lucha habia padecido. Recibiéronlo los Padres con entrañas de piedad, los caciques le hicieron muchas fiestas y varios presentes con que calmó en su corazón el contrario viento que habia movido aquella tempestad para dar á la banda con su fe.

Cuando el P. Antonio supo la fuga que Guiravera habia hecho, sintióla infinito, temiendo los grandes males que podria hacer. Pero serenóse presto con la nueva de su



aparición en puerto tan seguro. Envió á los Padres una instrucción del modo con que se habian de portar con él, y que aunque quisiese irse no lo detuviesen con violencia alguna, antes le diesen con mucha caridad todo el avio y viático necesario para volver á su tierra.

Partió muy obligado y agradecido. Llegó á su provincia y en ella se hizo predicador del Evangelio el que antes habia sido ministro máximo y proto sacerdote de los demonios. Comenzó á disponer los ánimos de los indios, contándoles las maravillas que habia visto en los pueblos cristianos que se gobernaban por el consejo de los Padres, las fiestas y regalos que en todas partes le habian hecho, con que fué grandioso el fruto que en ellos hizo, y lo que los inclinó con su autoridad á recibir la ley de Dios.

Sabiendo el P. Antonio lo que Guiravera obraba, marchó luego en busca suya. Tuvo aquel noticia de su venida; hizo que un correo le saliese al encuentro al Tayaoba con el buen estado en que tenía á sus paisanos infieles, y que podia enviar luego minis-

tros á dar principio á una nueva reducción y señalar puesto para el edificio. Dió cuenta de todo el siervo de Dios á los Tayaobas, que deseaban con todo extremo la conversión de Guiravera y de todos los de su parentela y facción.

Holgáronse todos mucho y juzgaron por conveniente hacer un convite general para establecer las paces entre estas dos naciones, al cual concurriesen los principales caciques de las dos y se comunicasen como muy amigos, echando en olvido perpétuo los ódios y disensiones pasadas, con que se perseguian la una á la otra.

Para que fuese la fiesta más solemne, convidaron también á los caciques de las demás reducciones, y en compañía dellos vinieron los Padres Josef Cataldino, Ignacio Martínez, Juan Suárez y Pedro de Espinosa.

Estando ya todo prevenido vino á la solemnidad Guiravera, ya no sobervio como la primera vez, sino humilde y afable, como discípulo de Cristo. Acompañáronlo muchos de su familia y vasallos. Los Tayaobas previnieron su recibimiento con varias danzas



y otras demostraciones de alegría. Comieron todos juntos con mucho consuelo suyo, y mayor de aquellos religiosísimos Padres, cuyo manjar era hacer la voluntad del Padre celestial, que tanto gusto recibe cuando el pecador se convierte, como dijo Origenes: *Est enim ei magna festivitas humana salus.*

Después de haber descansado los huéspedes aquel dia, resolvieron en el siguiente en concejo general, la fundación del nuevo pueblo, debajo del mismo nombre y protección de Jesús María, aunque en diferente lugar del que habian saqueado los Mamalucos. Levantóse en él una vistosa cruz y comenzaron la fábrica y edificios de la iglesia con gran fervor, siendo Guiravera el primero en acarrear los materiales. Concurrían á la obra muchas tropas, unas inducidas deste gran cacique, otras de su propio motivo. Enseñábase cada dia el Catecismo y también era el primero á oirlo Guiravera, que respondia como un niño á las preguntas de la doctrina. Una dellas fué si Guiravera era Dios? Respondió él mismo:

—No, Padre mío, yo ni soy Dios ni lo



puedo ser, porque soy una vilísima criatura y miserable pecador. Esos desatinos decia yo antiguamente cuando me llevaban ciego con mi sobervia los demonios; pero agora que por su misericordia tengo vista, digo otra vez que soy vil criatura, que de Su Majestad Divina recibí el sér y me lo ha conservado hasta agora, pudiéndome sepultar en los infiernos, que tengo tan merecidos; y no lo ha hecho por sola su bondad y para que yo confiese delante de todos que el verdadero Dios es el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, uno en la esencia y trino en las personas, criador de todo el Universo, y por esta verdad estoy aparejado á perder la vida.

Estaban los indios atónitos de lo que oían, y era copiosísimo el fruto que con sus pláticas hacia.

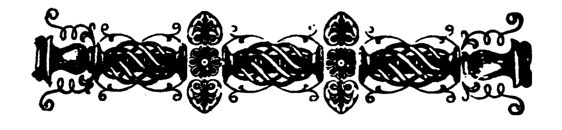
Sin alzar mano de los catecismos cotidianos, comenzó el P. Ignacio Martínez á bautizar los infantes, y cada dia crecia el pueblo por la mucha gente que de otras partes se agregaba á recibir la fe.

El V. P. Ruiz, muy gozoso, pidiendo encarecidamente al Señor en sus oraciones: *Ne*



tradas bestiis animas confitentium tibi; porque siempre temía algún fiero revés de los feroces Mamalucos y llevaba muy impresa en la memoria la profecía de que habia de ser lento é incruento su martirio. Para que no fuese puro este contento se lo aguó la nueva de que aquellos traidores habian dado la vuelta y con atrocidades inauditas invadido y saqueado la reducción de San Pablo, como se dirá en el capítulo siguiente.





CAPITULO XI

Invaden á traición los Mamalucos la reducción de San Pablo del Iñeay y llevan á los cristianos cautivos.

Llegaron al Brasil y ciudad de San Pablo los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla en seguimiento de sus ovejas que llevaban al matadero los cruelísimos Mamalucos. Y cuando esperaron que en la cristiandad y celo de los gobernadores habian de hallar digno castigo para tamañas injusticias y para los prisioneros libertad, hallaron que unos y otros eran cómplices en la maldad, y entraban á la parte en el robo.



Resolvieron embarcarse para la Bahía donde reside el virrey y darle cuenta de los irreparables daños que sus súbditos hacian y de otros mayores que amenazaban hacer, arrebatando contra toda ley humana y divina de sus patrias á los cristianos, quitando á las madres los hijos, á los maridos las mujeres, talando las chácaras, saqueando y destruyendo los pueblos, profanando las iglesias, perdiendo el respeto á las imágenes de los santos, menospreciando las cédulas reales en que los católicos reyes, so graves penas impiden semejantes insultos.

Juzgaron que con esteinforme y autoridad delvirrey se atajarían aquellos males y serían castigados los injustos malhechores; pero estos estaban ya tan cebados en los intereses de su codicia, y tan encarnizados en la sangre de los indios cristianos, que apenas dejaron la presa cuando á toda prisa volvieron á formar ejército y hacer nueva invasión en las reducciones, casi antes que estas pudiesen temer su venida.

Llegaron otra vez sin ser sentidos y juzgando que en la reducción de la Encarna-

ción del Nuatingui que estaba en frontera habría poder y prevención bastante para la resistencia, dejándola á un lado dieron sobre la de San Pablo, donde se vivía sin cuidado ni temor. Acometiéronla en el año 1630, en dia del Corpus Christi al amanecer, estando los indios, que todos eran cristianos, limpiando y enramando las calles y levantando arcos triunfales para la procesión del Santísimo Sacramento.

Cuidaba de dicha reducción el P. Juan Suárez de Toledo, no menos conocido por su mucha religión que por el explendor de su nobleza. Estaba en la hora de oración, que es el desayuno ordinario de todos los hijos de la santa Compañía. Y bien se les luce el sustancioso almuerzo en la robustez de su espíritu y en lo lucido de su vida ejemplar. Sintió ruído en el pueblo, saltó para saber la novedad. Conoció luego por la cara al enemigo. Acudió al capitán, suplicóle por la sangre de Jesucristo no permitiese las atrocidades que sus soldados ejecutaban en aquellos pobres indios, que todos eran cristianos.

Recibióle aquel Nerón con la escopeta asestada á los pechos, y el hijo valeroso del grande Ignacio, para que hallasen menos resistencia las postas y por la posta lo despachasen al cielo á recibir la corona de mártir, apartando la sotana descubrió el desnudo pecho al enemigo, diciéndole intrépido:

—No cobardees, ni detengas el golpe, que dispuesto estoy á dar la vida y mil si mil tuviera por amor de Cristo y en defensa de mis queridas ovejas que el buen Pastor rescató con su sangre.

Helóse el cabo con el fuego en la mano, y con otro más ardiente de cólera en el corazón, á vista de tal denuedo, y no lo tuvo para aplicar el de la cuerda al fogón, y desarmar el arcabuz.

Con más bríos el soldado de Cristo, con celo de la divina gloria, le reprendió aquel atrevimiento y amenazó con la ira de Dios, y viendo pasar algunos indios maniatados de los Tupíes, como leona á quien robaron sus cachorros se abalanzó á ellos y los sacó de sus uñas y los llevó al sagrado de su religioso albergue.

Acudieron allá otras tropas de salteadores y á viva violencia los volvieron á las prisiones, haciendo risa de los llantos y lágrimas del Padre; para enjugar estas y acallar aquellos, el consuelo que le dieron fué que presto harían los mismos estragos que en la suya en las demás reducciones de sus compañeros. Quiso seguir á sus feligreses como los Padres Maceta y Mansilla hicieron con los suyos. No le dieron licencia para ello, y como se la tomase el amor que les tenía, castigaron aquella, que tuvieron por desobediencia y osadía, con muchos golpes que descomulgados le dieron, poniendo en el venerable sacerdote de Cristo las manos violentas con alegría grande de quien deseaba padecer mayores injurias por amor de Dios y bien de las almas.

Torció el camino por un espeso monte, donde encontró tres de los soldados portugueses que andaban á caza de indios fugitivos. Uno dellos arremetió al Padre con la escopeta en la mano, el cual temiendo no hiciese presa de un solo niño que llevaba en su compañía, de repente se sintió movido de



Dios á dar la vuelta con el muchacho al pueblo.

Ibalos siguiendo el soldado, pero antes de alcanzarlos encontró con su cuadrilla, y divertido con ella dejó de seguir el alcance. Llegó el Padre á su reducción, juntó los pocos que habian escapado del asalto. Dióles orden se escondiesen en el bosque por si acaso volvían los enemigos, y él tomó un atajo trabajoso por llegar antes con el aviso del enemigo que tenían á las puertas.

Era el tiempo lluvioso, la tierra llana, hecha un mar, las subidas ásperas y las bajadas peligrosas, no llevando en su compañía sino solos dos muchachos. Caminó todo el dia, con tanta fatiga en el cuerpo y tanta aflicción en el alma, que á prima noche, rendidas del todo las fuerzas, no pudiendo dar paso adelante dió en tierra con el cansado cuerpo, y como otro Elías, *Petivit animæ suæ ut moreretur.* Arrojóse en los brazos de la providencia de aquel Señor que no desampara en la mayor necesidad. *Adiutor in opportunitatibus in tribulatione.* Socorrióle presto por medio de un indio queha-

bia escapado de los contrarios. Este fué á dar aviso á los Padres de la Encarnación, que como experimentados en semejantes tribulaciones cada uno podia decir. *Non ignara mali miseris sucurrere dis.:o.*

Por dos caminos, por no errarlo, le enviaron socorro y una hamaca en que llevarlo á hombros de indios piadosos, pues por sus pies fuera imposible moverse. Recibiéronle con la caridad con que acostumbran á sus huéspedes los Padres de la Comoañía, que quien no la ha experimentado no podrá dignamente alabarla.

Hallábanse en aquella reducción los Padres Cristóbal de Mendoza y Silverio Pastor, los cuales dieron prisa en retirar la gente á la de San Francisco Xavier. Habiendo el P. Juan Suárez reparado las fuerzas volvió á su reducción asolada por si acaso algunos se hubiesen huído del enemigo. Algunos halló, pero pocos, y pudo lamentarse con el profeta: *Vœ mihi quia factus sum sicut qui colligit in autnno racemos vindemiœ*, habiéndosele llevado á cargas los más sazonados racimos los ladrones del Brasil,



á estrujarlos y exprimirlos en los lagares de sus ingenios de azúcar.

Para poner en salvo aquellas reliquias las envió á San Francisco Xavier, donde se podia hacer defensa mayor. Muchos casos sucedieron de gran sentimiento para aquellos Padres que tan cordialmente amaban á aquellos hijos en Cristo. Solo uno diré de una india cautiva.

Asaltáronla en el camino sobre todo su trabajo los dolores del parto, llovía actualmente, y sin otra ropa ni abrigo que el de la capa del cielo, que aún no pudo acogerse á la del sol, parió la pobre, y no teniendo otros pañales ni mantillas, enlazó en sus brazos la criatura, y para defenderla de la lluvia le puso un casco de calabaza sobre la cabeza. Alcanzóla el Padre, bautizó al infante, y á una vuelta de cabeza no lo vió ya en los brazos de su madre, porque lo habían arrebatado dellos aquellas fieras y estrelládolo en algún tronco ó peñasco, como lo hacían con otros, para que las madres sin esa carga siguiesen la tropa más ligeras.

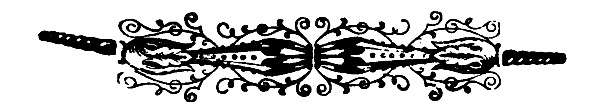
Estaba en este tiempo el V. P. Antonio

Ruiz en la provincia de los Guañañas, habiendo ya reedificado la reducción de Jesús María. Las nuevas que le dieron de lo sucedido en San Pablo, le atravesaron su compasivo corazón. Púsose luego en camino; pero como éste era largo y escabroso, ya cuando llegó halló destruídas y despobladas ambas reducciones de San Pablo y de la Encarnación, aunque desta mucha gente se habia esparcido por los montes, otra acogídose á la de San Francisco Xavier. Procuró recogerla en puesto más seguro, y encomendóla al P. Juan Suárez. Llegando á San Francisco Xavier, consoló á los indios de la Encarnación y animólos á que en ella edificasen sus casas y dispusiesen sus sementeras para vivir con más comodidad.

Con estos trabajos y desvelos vivía muriendo cada dia con el apostol nuestro apostólico Padre Ruiz, cuando tuvo aviso que los españoles de la Villa Rica, á quienes se habia pedido favor contra los portugueses, y no lo dieron, sabiendo que los indios de la Encarnación y San Pablo se iban retirando al río Uyahy, que estaba más cerca de

su ciudad, sin advertencia ni temor de que huyendo del fuego daban en las brasas, formaron ejército y salieron en busca suya, no á favorecerlos, sino á ejecutar en ellos las mismas hostilidades que los Mamalucos, robando impiamente los hijos á sus padres, las mujeres á sus maridos, á los caciques sus vasallos, llevándolos cautivos para servirse dellos, como de esclavos en el beneficio de sus haciendas.

Envióles el P. Antonio á los Padres Juan Suárez y Diego Ferrer que les hiciesen un requerimiento, que no contraviesen á los mandatos y cédulas reales. No fueron oídos. Fué en persona el mismo Padre. Pero, ¿á qué santidad, á qué leyes humanas ni divinas supo jamás catar respeto la insaciable codicia y más avivada de la sed de sangre de indios con que carlean los españoles del Occidente? No lo tuvo á tanta autoridad como la del V. P. Ruiz; antes á él y á sus compañeros les ocasionó las nuevas borrascas de persecuciones y trabajos que veremos en el capitulo siguiente.



CAPÍTULO XII

Refiere la persecución que se levantó contra el P. Antonio Ruiz y sus compañeros.

Con esta buena estrella nació la santísima Compañía de Jesús, y no es la menor de sus felicidades, antes en mi opinión una de sus grandes prerrogativas, indicio manifiesto de cuán gratos le son á Dios sus ministerios y de los relevantes servicios que hace á la Iglesia, guerra, que á banderas desplegadas publican sus hijos, á la idolatría, á las heregías y á todos los vicios, que nunca le han de faltar persecuciones. ¿Quién es inocente

Abel que no tenga un Caín que le persiga?

No han de llevar los soldados otro blasón que el de su divino capitán Jesús, de quien dijo profeta el santo Simeón á su santísima Madre. Luc. 2. *Ecce positus est hic in ruinam, & in resurrectionem multorum in Israel, & in signum cui contradicetur.* ¿No es Compañía de Jesús? Sí, pues persuádase que sus hijo *positi sunt in ruinam*, están expuestos á que las fábricas que levantan á mayor gloria de Dios, las echen por tierra los émulos y enemigos con recias baterías. O si no *positi sunt in ruinam.* Fundó el gloriosísimo patriarca Ignacio su Compañía, si para reparar las ruinas de la Iglesia militante y triunfante, *implevit ruinas*, también para arruinar con los cañones de sus plumas y con el fuego de su celo las fortificaciones de la idolatría, de la heregía, del mahometismo y de todos los vicios, que tan encastillados están en los corazones de los hombres. *Et in resurrectionem multorum.* Para resucitar á la vida de la gracia infinitas almas muertas y sepultadas por la culpa. Si en eso emplean sus vidas, como Jesús la suya, síguese ne-

cesariamente. *Et insignum cui contradicetur*, que han de ser el blanco de muchas flechas, el terrero de la calumnia, y contradicción. Pues también está escrito. *Si me persecuuti sunt, et vos persequentor.* Joann. 15. Y cuando no fuera esta divisa tan propia de los Padres Jesuitas, mal pudieran escapar de la regla general ó habrían de mudar de vida. *Omnes qui volunt pie vivere in Christo Jesu persequutionem patientur.*

Por donde no es maravilla que siendo el P. Antonio y todos sus apostólicos compañeros tan de la milicia de Cristo, tan legítimos hijos del grande Ignacio y de su Compañía, tan píos para con Dios, tan ejemplares al mundo, tan irreprensibles en sus vidas, tan celosos de la divina gloria y salvación de las almas, tan ansiosos de conquistarle nuevos orbes y de reducir á su conocimiento, á su obediencia y amor toda la gentilidad de Oriente y Poniente se conjuren y armen contra ellos el mundo y el infierno.

Cuando estos operarios fervorosos con el ejemplo de su santo caudillo no trataban sino de adelantar entre aquellas naciones bárba-

ras el culto y reverencia debida al Dios verdadero que le robaban los demonios y hechiceros fingiéndose dioses, en ese mismo tiempo, no ya en las behetrías de los caciques gentiles, ni solamente en los conciliábulos y ladroneras de los salteadores Mamalucos, sino en la misma ciudad de la Asunción, cabeza de las provincias del Paraguay, distante de las reducciones doscientas leguas, se armó contra ellos una tempestad tan horrible que corrieron riesgo de irse en ella á pique los que no estuvieran tan ancorados en la firme esperanza en Dios como lo estaban estos apóstoles del Occidente, á quienes permitió el Señor esta persecución para crisol y prueba real de la fineza de su virtud.

Movieron esta borrasca los vientos furiosos de la costa del Brasil con la invasión injusta que en las reducciones cristianas hicieron los piratas, siendo el Eolo y promotor de la tempestad el mismo gobernador, que venía de nuevo á aquellas provincias; fomite de todo este fuego, su torpe interés y la malilla de tantos males, la mala voluntad que á los varones apostólicos tenía, por-



que con todas sus fuerzas se opusieron á su codicia y á las crueles consecuencias que con irreparable daño de aquella nueva cristiandad se padecian della.

Remordiéndole al nuevo gobernador la conciencia de lo que habia cooperado á la entrada de los Mamalucos y hostilidades, sacos, latrocinios y cautiverios que en las tierras del rey nuestro señor y sujetas á su misma jurisdicción, ó habian hecho ó trataban de hacer, y siendo esta cooperación á crimen tan grave y de lesa Majestad tan pública en todo el Brasil, que no lo sabía sino un vecino de cada casa, y en Paraguay no lo ignoraba sino quien quería cerrar los ojos por no ver al sol, con todo, de aquí hizo dicho gobernador pleito contra la Compañía, y le pidió por agravio que ella lo había publicado con infamia suya.

Poco poder era el del gobernador para tapar tantas bocas, y muchas de fuego, y tantos cañones, y no todos de pluma, como lo pregonaron con ruidoso estruendo y lastimosa gritería por el Nuevo Mundo.

Cuando pudiera sobornar todas las len-



guas, lo que hizo con muchas, su mismo testimonio era bastante como lo fué para condenarlo y deponerlo del oficio. Pues él mismo escribió á la real Audiencia dándole aviso de su entrada en aquellas provincias, y que en su compañía habían marchado algunas tropas del Brasil á correr la tierra y saquear los pueblos cristianos del dominio de Paraguay. Y no dijo lo que había obrado para la defensa y remedio, como tenía obligación, porque eso fuera oponerse á sí mismo, siendo cómplice y tan interesado en el pillaje de los Brasiles. A la mira se estuvo de sus estragos, calentándose las manos al fuego que él mismo había soplado, atizado y encendido.

No hallando con qué justificarse en cargo tan grave y temiendo incurrir en la justísima real indignación, quiso por todos caminos esforzar que era falso testimonio lo que la fama con todas sus bocinas decía, y que se lo habian levantado el Venerabilísimo Padre Antonio Ruiz y sus santos compañeros.

De aquí fué el encono, la cólera, el furor y venganza contra ellos, baldonándolos á



todos de atrevidos, y al P. Antonio de desvergonzado, de falsario y mentiroso. Así llamaron á Cristo, verdad eterna, sus enemigos. *Seductor ille. Ad solatium fervorum suorum.* Flaco sin duda era de memoria este gran ministro, pues tan presto olvidó los elogios que Dios y la verdad le habian hecho escribir poco antes de su misma mano al rey nuestro señor, en el informe que citamos arriba, donde lo canoniza en vida, llamándolo á boca llena varón santo, apostólico y otros epítetos y elogios semejantes. Por algo se dijo en buen latín: *Oportet mendacem memorem esse.*

Viendo el gobernador el pleito mal parado, comenzó con grande calor á prevenir defensas; ojalá un tercio de ese cuidado hubiera puesto en hacerlas contra los corsarios Mamalucos; nunca estos hubieran arruinado tan floridas reducciones.

No le faltaron testigos que á la mentira y más armada del absoluto poder en todas partes, y por particular vicio de la nación, en aquel país no le faltan á docenas los valedores. Despachó propios á las ciudades de



Guayrá y Villa Rica para que le remitiesen en su abono los posibles testimonios, prometiéndoles grandes favores y aventajados premios. Dicho se estaba que la lisonja había de licenciar la pluma.

Remitiéronle un protocolo grande de quinientas hojas, á una luz de arbol frondoso y estéril, que se secaron presto, aunque por algún tiempo hicieron alguna sombra; á otra luz fueron de espadas contra la inocencia, que se despuntaron en su impenetrable bronce, pues della se puede decir con más razón lo que con mucha dijo Séneca de su virtuosa filosofía: *Nullum telum in corpore philosophiæ sedet: solida est, atque munita; quædam velut leuia laxo sinu eludit; quædam discutit & in eum usque qui miserat respuit.* No se contentó la mentira con elogiar de falso al gobernador, sino que pasó á satirizar la virtud heróica de aquellos varones apostólicos, pareciéndole que con esto le tendría más grato para el galardón que esperaba.

Pero dispuso el cielo que en la misma calumnia y siniestra información se hallase



engastada la defensa de los Padres, en las insertas cartas del mismo gobernador en que prometía mayores premios á los que más alentadamente hiciesen panegíricos de su persona, como si en materia de decir bien de quien obra mal, y más con perjuicio manifiesto de personas santas, no se faltase á la verdad.

Los que habían ensanchado la conciencia en estos elogios, le requerían les cumpliese las promesas. Y como es fácil el prometer y el cumplir difícil, no pudo dejarlos contentos á todos, de donde se siguió que los descontentos, por mal correspondidos, llenaron el aire de querellas y los tribunales de cartas y satisfacciones, diciendo que el gobernador los había inducido, y que en descargo de sus conciencias volvían por la inocencia y santidad de los Padres, y que todo cuanto aquel les acriminaba era manifiesta calumnia.

Halláronse muchas firmas contrahechas y adulteradas, de personas que no se hallaron presentes, de lo que testificaban haber sucedido en sus ojos, y en una palabra, los in-

formes que mandó hacer contra aquellos varones religiosísimos, se hicieron con tales circunstancias, que llevaban en la firma el descrédito y en el sobreescrito la mentira.

Aún antes de llegar á la ciudad de la Asunción, comenzó á vomitar este caballero su veneno; porque habiéndose divulgado en los pueblos de la frontera el permiso que había dado, hablando modestamente á los ladrones Mamalucos para que hiciesen invasión en tierras de su gobierno, y maldiciendo todos á quien tal habia permitido, él quiso persuadirse que los Padres eran los que habian dado noticia de su alianza con los enemigos, que siendo tan pública en todas las costas del Brasil, no podia ser en el Paraguay, confinante, secreta. Y recibiendo estas provincias tan grave y no temido daño, todos sus moradores tenían derecho y obligación de averiguar de dónde les venia para atajarlo con el debido remedio.

El trató de desfogar su saña y probar si mostrándose sentido por agraviado podría desmentir la voz y fama pública y justificar tan descomunal alevosía. Hizo terrero des-

tos sus sentimientos á los Padres, de cuya virtud estaba seguro que no podia temer pasados retornos de despique y venganza, pues bien sabe el mundo que la que toman los hijos de la santa Compañía de sus agravios, es la paciencia en ellos, rogar por sus enemigos, como lo ordena San Ignacio en su regla, y dejar á Dios *vindictam, ut ipse retribuat*, como de ordinario lo hace, por la especial providencia que tiene de una religión tan santa, tan ejemplar y tan provechosa á la Católica Iglesia. Y cuando tal vez se ven obligados á volver por su honor y por la verdad, nadie ignora la cortesía de sus defensas y templanza de sus apologías.

Recién llegado á la Asunción, los Padres de aquel Colegio, sin embargo de que sabian ya lo poco que podian prometerse de su aversa voluntad, no dándose por entendidos, fueron los primeros en acudir á palacio á darle la bienvenida y ponerse todos con el Colegio á sus plantas. Recibiólos con mucho desaire y sacudimiento. Mayor lo mostró á los que en nombre de las reducciones vinieron á visitarle y darle cuenta de los es-



tragos que en ellas hacian los Mamalucos, y como él era cómplice en todos, persuadíase que lo hacian para exprimirle el agraz en los ojos y darle en rostro con lo poco que celaba la defensa de sus provincias y el servicio del rey.

No pudo disimular su pasión contra el Padre Antonio Ruiz y sus compañeros, descargando sobre ellos una tempestad de oprobios. Procuraron los Padres darle satisfacción, pero ciego con la cólera no quiso admitir disculpa alguna, con que aquellos se despidieron.

Llegó en el mismo tiempo en que esto sucedia, á la Asunción, el P. Francisco Vázquez Truxillo, Provincial del Paraguay, varón de excelentes prendas de virtud, sabiduría, prudencia y celo de la religión. Procuró con todas veras ganar la voluntad á aquel ministro, y dar plenaria satisfacción á sus querellas.

Acometió con amorosas baterías, pero ninguna mella hizo en la dureza de su corazón. Quejábase á voces que los Padres misioneros lo habian infamado escribiendo

que él era la causa de la ruina de aquellos pueblos, y que con su consentimiento habian venido los Mamalucos á destruirlos. Eso era lo que le tocaba en lo vivo, porque bien conocia la fealdad de la empresa. No se cauteló de serlo en los ojos del sol, y pretendía que todos desmintiesen el testimonio de sus ojos y que nadie creyese que lo era.

La satisfacción que le dió el Padre Provincial fué que no era maravilla escribiesen los Padres lo que su señoría confesaba en sus cartas y habia dicho en varias ocasiones, y que habiendo testigos innumerables, no tenía razón de revolver la cólera contra los Padres operarios, que eran los que más habían padecido.

No sabia el P. Antonio Ruiz lo que en la Asunción pasaba ni la ponzoña que el gobernador arrojaba de su airado pecho, y viendo las crueldades y desafueros que los enemigos insolentes ejecutaban en aquella nueva Iglesia, escribió al Padre Rector de aquel Colegio suplicándose las comunicase con el gobernador, para que mandase proveer de socorrido remedio, y se compadeciese



de aquellos pobres indios, hijos de Dios y vasallos de Su Majestad.

Envió por propio, como lo requeria la gravedad é importancia desta diligencia al P. Francisco Diaz Taño. Acompañólo hasta el Salto para facilitar con su autoridad el paso que habia cerrado, no sé con qué fines el gobernador. Como no halló embarazo, dió la vuelta á las reducciones, que necesitaban mucho de su asistencia.

Llegó al Paraguay el P. Francisco Diaz, dió cuenta larga al Rector de las crueldades de los Mamalucos y de la total ruina que amenazaban á todas las reducciones. Fueron á visitar de nuevo al gobernador, esperando que lo hallarían más propicio, pero no fué así, sino que más furioso los arrojó de sí, dando voces se le quitasen de delante, que lo habian deshonrado con falsos testimonios y haciendo tales escandecencias que se pudo temer habia salido de sí. Por donde viéndolo incapaz de recibir satisfacción alguna de las muchas que con toda modestia y cortesía le daban, bien mortificados volvieron á su colegio.

Juntó el Padre Rector sus consultores, y de parecer de todos se resolvió era forzoso hacer recurso á medios de justicia, pues hallaban cerradas todas las puertas y resquicios á los de paz y amigable composición. Diéronle por escrito un memorial en forma de exhortatorio ó requesta, refiriéndole los daños que hacian los piratas del Brasil en las tierras de Su Majestad pidiéndole el remedio, pues estaba á su çargo y le corría precisa obligación. Llevólo el escribano, para presentárselo, pero arrebatóselo impaciente de la mano, sin darle respuesta. Asegundóse con otro con la misma cortesía y humildad, y él con la misma impaciencia hizo lo que con el primero. Dió el escribano fe de todo y del traslado de lo que contenia. Para que en todo tiempo constase de la solicitud y celo santo de aquellos ministros apostólicos y vasallos leales de Su Majestad. Y porque el enemigo amenazaba siempre con nuevas invasiones y los correos se tocaban unos á otros, dió el P. Francisco Diaz la vuelta á los pueblos del Guayrá.

Llegando á las reducciones del Paraná



halló que el santo mártir P. Pedro Romero, Superior de las del Uruay, habia resuelto enviar al P. Diego de Alfaro á su Provincial á darle cuenta de los intentos del nuevo gobernador que eran destruir aquellos pueblos como lo hacia con los del Guayrá.

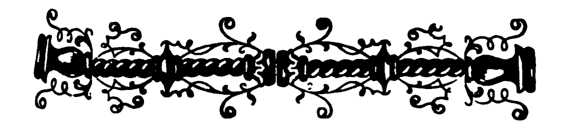
Con esto, los dos juntos acordaron ir á la defensa de sus provincias y consultar el modo con el Provincial, á quien juzgaban distante mas de trescientas leguas en el colegio de Santiago. Aunque el cuidado que tenía de sus hijos misioneros, tan afligidos por la gloria de Dios y bien de sus feligreses, lo habia ya acercado al colegio de Santa Fe, donde le hallaron los Padres. El cual, bien enterado de los grandes trabajos, que sin otro remedio que el que se debia esperar de la poderosa mano de Dios, padecia aquella nueva cristiandad, mandó á todos encomendasen á Su Majestad el negocio con todo fervor en sus oraciones y sacrificios.

El dia siguiente aportó á la ribera del río el Padre Pablo de Benavides, enviado del Padre Antonio Ruiz con nueva de las grandes vejaciones que á sus indios hacian los españo-

les de la Villa Rica, confederados con los Mamalucos, como se dirá en el capítulo que se sigue.







CAPITULO XIII

Refiérense los nuevos trabajos de aquella Cristiandad, y la causa porque fueron los Padres perseguidos.

Dió el P. Antonio Ruiz desde el Salto del río Paraná la vuelta á sus reducciones caminando por la posta al remedio de aquella gente tan perseguida de los que más debieran ampararla.

Cuando llegó al Tayaoba supo la nueva persecución que habían movido los de la Villa Rica. Pobre villa, la llamara yo sin agravio por aquel dictamen, sacado de la doctrina del apóstol San Pablo. Si no tienes

caridad, por más oro que te sobre, bien te puedes llamar pobre.

Huían los indios cristianos derrotados de los Mamalucos, acogíanse á la sombra de los católicos españoles, y donde se prometían defensa de su libertad y de su vida, encontraban la servidumbre y la muerte, pues como si fueran manadas de corderos se los repartían entre si, robando tiránicamente á las madres sus hijos, á los maridos sus mujeres, y á los caciques sus vasallos. Y porque á esto se oponían constantes los amorosos Pastores, intentaron quitarles la residencia que allí tenían y desterrarlos de toda aquella región, mandando á los indios, so graves penas, no los admitiesen ni les diesen posadas cuando por aquel camino bajaban y subían á sus reducciones.

Con esto creían hacer lisonja al gobernador y que habían de conseguir los premios que por haber testificado en abono suyo les había prometido. Y juzgaban que si echasen á los Padres de todaa quella tierra quedarían dueños absolutos de los indios á bien y mal tratar.

Esta es la única causa por la cual la santísima Compañía de Jesús, generalmenie en todo aquel reino es calumniada y perseguida, mereciendo por ese mismo título sobre otros muchos, el agrado, el cariño y aprobación de todos. Yo puedo ser de esta verdad buen testigo, que más de una vez, sentido de verla tan ultrajada, ayudé con mis pocas fuerzas á defenderla y volver por su inocencia.

Otros dos testigos daré de más autoridad que la mía; el primero el Dr. D. Juan Solorzano y Pereira, oidor del Consejo de Indias, en su tomo segundo del *Indico gobierno.* Y el segundo el Ilustrisimo y Reverendísimo Sr. D. Fr. Melchor Maldonado, obispo de Tucumán, en un informe que á Su Majestad hizo, donde dice las siguientes palabras, hablando de los apostólicos misioneros de la Compañía:

«Son grandes las emulaciones, envidias y persecuciones que padecen por esta causa, sin que haya quien quiera hacer lo que envidia en ellos. Los corregidores reprendidos, ó por su mano ó con su aviso por la del





obispo, se enfurecen, braman, dicen y escriben mil oprobios contra ellos.»

Y ponderando lo mucho que la Compañía de Jesús trabaja en servicio de Dios y de Su Majestad, añade:

«A esto ocurre la Compañia descargando en algo la conciencia de Vuestra Majestad, pero no en todo, porque es mucha la necesidad y no pueden ellos acudir á todos. Han padecido, ocasionadas desto, grandes afrentas, grandes baldones, grandes libelos. Por algo dijo el Salvador á sus apóstoles, y en ellos á todos sus sucesores en la conversión de las gentes. Joan. 15. *Si de mundo fuissetis mundus quod suum erat diligeret. Propterea odit vos mundus, quia de mundo non estis.*» Procuró el Padre Antonio Ruiz, como amorosa madre, recoger los indios que por suerte escapaban de las garras de los portugueses del Brasil y de la servidumbre de los españoles de la Villa Rica en un puesto donde estuviesen seguros de las correrías destos enemigos en el Peabiyú, que es el camino que llaman de Santo Tomé, como dijimos arriba. Y vendiendo las

pobres alhajas que habían escapado del naufragio general, los proveyó de lo necesario para que no pereciesen de hambre, y asistió con espiritual y corporal consuelo á los que por Cristo y por su fe, como los cristianos de la Iglesia primitiva, habían sido despojados de sus bienes y desterrados de sus patrias. En este santo ejercicio de tanta piedad, se entretenía, aguardando el orden del Padre Provincial, que á explorar había enviado al P. Pablo de Benavides.

El sentimiento que hizo dicho Provincial fué grande, cuando oyó el destrozo lamentable que aquellas tropas de lobos carniceros hacían en el ganado de Cristo, y el poco respeto que dos naciones tan católicas tenían á los predicadores del santo Evangelio.

Consideraba dificultosísimo de las tejas abajo el remedio de aquellos males por las distancias grandes que hay desde aquellas provincias á la de Chuquisaca, donde reside la real Audiencia, que sola, después de Dios, lo podía aplicar.

La gravedad de su dolor significó en una

carta el Reverendísimo Padre general Mucio Vitelesqui, donde dice así:

«Esta fué la relación que me hizo el Padre Francisco Díaz, agravándome el mal, proponiendo el pelígro en que estaban todas nuestras reducciones, y la aflicción de los Padres, que le obligó á venirse como desesperado cerca de trescientas leguas de camino á pedirme favor.

No fueron menos tristes las nuevas que me dió el P. Diego de Alfaro del coraje con que el gobernador proseguía la persecución contra los Padres y lo que nuevamente intentaba de ir con gente de guerra á visitar las reducciones del Paraná con evidente riesgo de que se alboroten los indios dellas de las del Uruay y se alcen contra los Padres. Estas son las relaciones que los dos me hicieron, dejándome anegado el corazón en un golfo de cuidados, y sobre el dolor de las calamidades presentes, de temores de otras venideras. Y para que las llorase todas juntas, dispuso Nuestro Señor que la mañana siguiente entrase al amanecer de repente por las puertas del colegio el P. Pablo de

Benavides amarillo y desfigurado, que desde la Villa Rica venía otras trescientas leguas á implorar algún socorro y remedio para tantos males como padecían los Padres de aquellas misiones. Así mitigó el P. Pablo el dolor de mi corazón ya ulcerado con las nuevas del día antecedente.

Este fué el consuelo de la aflicción con que todos estábamos, la que nos recreció de nuevo. Y porque nos hizo enmudecer el dolor, remito á la consideración de V. P. el concepto de su gravedad, que á mi no me obligaron como á Job, á rasgar las vestiduras; las entrañas me hicieron pedazos tan tristes embajadas, atropellándose unas á otras por las muertes de tantos hijos engendrados en el Señor.»

Hasta aquí el P. Provincial significando lo más vivo de su dolor en la irremediable ruina de aquellas reducciones, cuya conversión había costado tantos sudores por espacio de tantos años á la Compañía de Jesús. *Segnius irritant animum demisa per aures, quam quæ sunt oculis subiecta fidelibus.* Si solo el oir la relación de aquellas tragedias



causó tanta pena en su compasivo corazón, ¡cuán grande sería la de aquellos apostólicos varones y amorosos Padres de aquella inocente muchedumbre, ver con sus ojos la sangrienta carnecería que aquellas tropas de fieras montaraces hicieron en ella!





CAPITULO XIV

Continúan los trabajos del P. Antonio Ruiz y de lo que el Provincial obró en su remedio.

Considerando atentamente el celoso y cuerdo Provincial los irreparables daños que ya habia ocasionado el gobernador, y los que amenazaba su mal ánimo y ojeriza mortal contra la Compañía, viendo que no habian sido eficaces tantos medios de paz, de suavidad y cortesía, para ablandar su empedernido corazón y tener á raya el desenfrenamiento de su codicia y de su ira, tomó el consejo que en aprieto semejante el santo

Pontífice Onías, como se escribe en el capítulo 4 del libro 2 de los Macabeos: *Considerans Onias periculum contentionis & Apollonium insanire, utpote Ducem Cœlesyriæ, & Phœnicis, ad augendam malitiam Simonis, ad Regem se contulit, non ut civium accusator, sed communen utilitatem apud semeitpsum universæ multitudinis considerants. Videbat enim fine Regali providentia impossibile esse pacem rebus dari nec Simonem posse cessare astultitia sua.*

Con poca mudanza de sílabas pudiera parecer que hablaba á la letra de nuestro caso, No cierto con ánimo de ofender al gobernador, sino de solicitar la defensa de aquella cristiandad tan inícuamente perseguida; despachó el Provincial al P. Francisco Diaz Taño, camino no menos que de quinientas leguas á la ciudad de Chuquisaca, para que diese cuenta á los señores del Consejo Real del calamitoso estado á que los Brasiles, asistidos del gobernador, habian reducido aquellas reducciones, y del riesgo que corría acabasen con todas las demás. Llevó consigo los auténticos testimonios de



todo lo actuado en el Guayrá y Asunción.

Y para tentar segunda vez todos los medios suaves antes de llegar á los rigurosos de justicia, resolvió el Padre Provincial visitar personalmente dichas reducciones entre tanto que el P. Francisco Diaz hacia á Chuquisaca su viaje.

Hízolo finalmente con el auxilio de Dios, dió cuenta á la real Audiencia de los excesos y desafueros del gobernador y de los graves daños que su desatención ó su codicia ocasionaban; presentó sus papeles, dióse parte al fiscal que tiene Su Majestad en ella. Juntarónse los actos que traía el Padre y los que el gobernador habia remitido curándose, y no sé si en sana salud, como él imaginaba que no quería conocer el mortal achaque de que adolecía.

Por ellos constó manifiestamente de sus graves delitos y haber sido cómplice en la entrada que los ladrones Mamalucos habian hecho en provincias de Su Majestad. Y así por esto como por no haber acudido á la defensa cuando tuvo aviso de los sacos y cautiverios que se hacian en los pueblos cristia-



nos, se halló iba á la parte del despojo con ellos. Con que se despachó en nombre de Su Majestad un juez pesquisidor para que hecha plenaria información y hallándolo culpado, lo llevase preso.

Así se ejecutó, y el fiscal del rey, con celo santo de la justicia y del servicio de Su Majestad y defensa de los pobres, le hizo cargo de sus delitos, y constando plenamente de todos, fué privado por diez años de oficios reales y multado en catorce mil pesos, y él por no pagarlos hizo fuga al Brasil, donde se había casado y tenía su ladronera. Así suele Dios con la vara del rigor probar la paciencia de los suyos, y después de haberles sacudido el polvo, dar con la vara en el fuego.

Mientras en Chuquisaca se solicitaba el remedio, subió el Padre Provincial á darlo donde le llevaba el mayor peligro. Navegó el rio Paraná arriba, y sin tomar puerto en las reducciones de Loreto y San Ignacio, por el río del Ubay llegó á la Villa Rica para pasar al Tayaoba y de allí á las reducciones de San Francisco Xavier, Santo Tomé

y Jesús María, que eran las amenazadas de los Mamalucos y las que corrían riesgo más conocido. Y cuando con mayor cuidado caminaba á largas jornadas, tuvo aviso que los enemigos habian saqueado la reducción de San Francisco Xavier, y cautivado, no solamente sus vecinos, sino también á cuantos á ella se habian retirado de la Encarnación, destruída el año antecedente.

Cuando sucedió este último saco, el Padre Antonio Ruiz andaba bien ocupado en el amparo y consuelo de los indios que venian huyendo de las reducciones de San Pablo, San Miguel, San Antonio y la Encarnación, conduciéndolos al pueblo, que se habia comenzado á fundar en el Peabiyuí. Y juzgando que el Padre provincial descansaría en Loreto y San Ignacio, cuando tuvo nuevas que como verdadero Padre iba á padecer con sus hijos, y ayudarles á llevar aquella cruz pesadísima, fué luego en busca suya, y encontró un indio que le dió por mayor nueva de la ruina de la reducción de San Francisco Xavier.

Acudió á Nuestro Señor en el santo sa-

crificio de la misa, diciéndola con mucha ternura y devoción en su altar portátil; y lo mismo hizo su compañero el P. Luis Arnot, que con unas embarcaciones habia bajado á llevar bastimento para los indios del Peabiyui. Antes de decirla, se recogió el P. Antonio un rato, y se reconcilió con el P. Luis, y después de haber estado buen rato con los sentidos suspensos, le dijo:

—Mi Padre, V. R. no se altere, que esto Nuestro Señor lo permite por sus altísimos juicios. Todo esto dias há que me lo mostró Su Majestad, individuándome el modo con que habia de suceder. Cúmplase en todo su santísima voluntad.

Después de la acción de gracias, con mucha paz interior fueron al pueblo y en él hallaron solo al P. Silverio Pastor, porque su compañero el P. Cristobal de Mendoza habia ido en busca de buen número de gente retirada á los montes, para más asegurarla de los Tupíes.

Aún no habian hecho asalto en la población los Mamalucos y solamente habian acometido las chácaras, rozas y sementeras,

donde los más estaban ocupados, engañándolos con esta fingida cortesía, para cogerlos juntos como lo habian hecho en San Miguel y San Antonio.

Confirió el P. Ruiz con los Padres que se hallaron presentes si seria buen consejo formar un fuerte para defender los indios de aquel lugar mientras no se podian trasladar á otra parte sin peligro; y lo que sucedió, cuéntalo en el § 36 de su *Conquista*, por estas palabras:

«Fué creciendo la libertad de los del Brasil por falta que hubo de castigo. Y desde el año 1628 hasta este tiempo no han cesado de develar cristianos destas provincias y llevarlos cautivos á las suyas y venderlos para esclavos como lo hacen los moros con los cristianos en la plaza de Argel.

Entraron con maña en la reducción de San Francisco Xavier, pueblo de mucha vecindad, donde habia tiempo que estaba colocado el Santísimo.

Los vecinos, bien informados de la crueldad destos alarbes Brasiles, con solo el nombre de cristianos, muchos se escondieron en



los bosques con sus hijos y mujeres, de donde salian á sus sembrados á buscar la comida, y allí daban en manos de los enemigos, que los hacian prisioneros, y daban tormento para que confesasen donde habian dejado su familia, en busca de la cual iban, y la llevaban cautiva á su fortín en que recogian la presa.

En estas ocasiones no hay que hacerles resistencia, porque al que hace alguna, con los alfanges le parten la cabeza, con que atemorizan á los demás.

Dudamos si saldríamos con el Santísimo en las manos, para reprimir la furia destos enemigos. Pareciónos más acertado consejo consumirlo, temiendo algún desacato ó incendio en el pueblo.

Con la poca gente con que nos hallábamos hicimos una palizada pequeña porque no nos cogiesen descuidados. A la una del día, con mucha algazara, y bárbaro estruendo se metieron en nuestro patio; salimos al ruído, metimos la gente en lo interior de la casa. Y mientras los demás arrebataban á los que alcanzaban á ver, uno dellos, en

hábito de beato, con una ropa talar de lienzo colchada de algodón, con su escopeta al hombro, su espada ceñida y un rosario de ermitaño en la mano, se puso á hablar con uno de los Padres de cosas espirituales y puntos delicadas de oración. Hacía como que rezaba é iba pasando á gran prisa las cuentas. Y se creyó contaba sus cautivos para ajustar después la partición, sobre la cual suele haber entre ellos grandes pesadumbres.

Muy poca presa hicieron en esta ocasión, por la buena diligencia de los Padres. Pegó uno dellos fuego á una casa pajiza que estaba pegada á la iglesia. Aquella comenzó á arder, y él á dar voces:

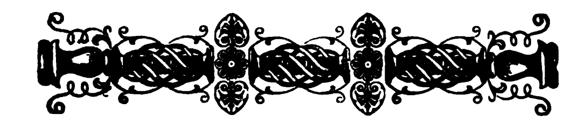
—Seánme testigos que los Padres son incendiarios.

Acudimos luego á apagar el fuego para preservar la iglesia.»

Sucedieron en este asalto algunos casos, claros testimonios de la providencia con que Dios libró de las garras de aquellos lobos algunos escogidos, permitiendo que otros cayesen en ellas en penitencia de sus peca-

dos. El uno fué que sabiendo el P. Silverio Pastor que habian cautivado algunos indios casados, cuyas consortes quedaban en el pueblo, fue á la palizada con mucho valor á pedirles les diesen libertad y respetasen el Sacramento del matrimonio santo. Enfurecidos de ver que llevaba algunos indios con arcos y flechas, acometieron contra el Padre, y los indios que escaparon desta refriega, llevaron á San Ignacio y Loreto nueva de que lo habian muerto. Tuvo la misma nueva en el Peabiyú el P. Juan Suárez de Toledo; vino volando y halló al P. Pastor y á los demás Padres vivos. Entre todos recogieron de aquel naufragio hasta trescientos indios y los llevaron á Loretó.





CAPÍTULO XV

Saquea el enemigo la reducción de San Francisco Xavier; llega á ella el Padre Provincial Francisco Vázquez Truxillo.

El entrañable dolor con que llegó el Padre Provincial á la Villa Rica, se fué aumentando con las nuevas del estrago que en todas partes hacian los Mamalucos, que confirmó el teniente de aquella Villa. El cual tué á dicho Padre Provincial muy alterado y de guerra, y díjole el aviso que tenía de que estaba cercada la reducción de San Francisco



Xavier, y él resuelto de partir luego con su gente á socorrerla.

Agradeciósela el Provincial y ofrecióle ir en su compañia, como quien no sabía la dañada intención de aquellos españoles, que por interesados y cómplices se entendían con los portugueses del Brasil, y todos iban á partirse la capa de los pobres indios.

El P. Antonio Ruiz, artero de acuchillado, como muy sabedor de estas astucias, escribió al Padre Provincial que sería de mayor servicio de Dios que aquella gente no fuese al socorro, que con pretexto de defensa tiraba á su mayor ruina. Y aunque por entonces se tuvo este consejo por menos prudente después mostró la experiencia haber sido prudentísimo.

Presto descubrieron el ánimo que llevaban los que decían que iban á la defensa y al castigo de los Brasiles, pues llegando á afrontarse con el enemigo, uno de los españoles se adelantó á asegurarlos no tenían que temer, porque no era el alarma contra ellos.



Con esta seguridad arbolaron bandera de paz, y cuando los de la Villa Rica, superiores en fuerzas, pudieron quitarles la presa y darles el merecido castigo, con la misma paz se volvieron á sus casas.

Procuró el Padre Provincial, que iba en su compañía, detenerlos, rogándoles que defendiesen la causa de Dios y amparasen aquellos indios inocentes; pero todo fué por demás, porque llevaban la traición en el cuerpo, y tenían su parte en el robo.

Como se vió manifiestamente, pues habiendo recogido algunas familias que de industria les dejaron los Mamalucos, el teniente español y sus tropas dieron sobre ellas y con la misma impiedad las llevaron cautivas.

Quedó atónito el religioso Provincial cuando vió con sus ojos y tocó con sus manos lo que nunca pudo creer de hombres católicos y vasallos de un monarca tan pío, que por tan ofendido se había de dar de injusticias semejantes, en castigo de las cua-



les *transfertur Regnum de gente in gentem.*

Los vasallosdelincuentes y los príncipes lo pagan unas veces con culpa, porque lo saben y no lo remedian, otras veces sin ella, porque no se les da noticia de semejantes excesos.

Asimismo conoció cuán sano era el consejo que le habia dado el P. Antonio Ruiz, y cuán fiero mónstruo es la avaricia, que ni tiene respeto á Dios, ni lo teme, ni aun lo conoce.

Coligió de aquí lo mucho que aquellos varones apostólicos, hijos suyos, padecían en lu conversión de aquella gentilidad, y les envidió las coronas que iban labrando en el cielo. *Quas reddet illis Dominus in illa die instus Iudex.*

Tuvo particular compasión al P. Antonio Ruiz, que tantas veces moría cuantas ovejas le arrebataban aquellos voracísimos lobos, por el amor entrañable que les tenía, y por los inmensos trabajos y peligros á que se había expuesto por traerlas á los apriscos de la Iglesia y conocimiento de Dios.



Lo que más lastimaba los corazones de aquellos Padres, era ver quealgunosvoluntariamente se pasaban al enemigo, ya rendidos al temor, ya engañados con promesas falsas, con pérdida cierta de su libertad, pues en llegando al Brasil los venden para esclavos en pública plaza y los maltratan con increíble impiedad.

Algunos destos desventurados vieron después los religiosos de la Compañía en varias poblaciones de las costas del Brasil y el mismo P. Francisco Díaz Taño. *Quœque ipse miserrima vidit & quorum pars magna fuit*, en el rio Geneiro, viniendo por Procurador á Roma de aquellas provincias, halló algunos que llorando su miserable servidumbre lo visitaron y enternecieron, marcados los pechos con los hierros con que marcan los bueyes y caballos.

Entre otros de los engañados, fueron dos caciques principales, el famoso Pin Dobiyu, de quien tantas veces se hizo honorífica mención, y el capitán Manuel Abiyurá. Con eso perdieron las esperanzas de remedio y temieron la total destrucción de más de dos-

cientas mil almas que habian cristianado en aquellas provincias.

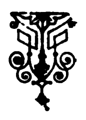
El evidente peligro en que estuvo el residuo de las reducciones saqueadas del Guayrá, obligó á los Padres Provincial y Antonio Ruiz á resolver la retirada hacia el Paranapane de una parte de la gente, y de otra hacia el Vibay, para formar una buena reducción, donde al abrigo de los españoles se pudiesen mejor defender.

Recogieron hasta quinientas almas de más de ocho mil que alli tenían.

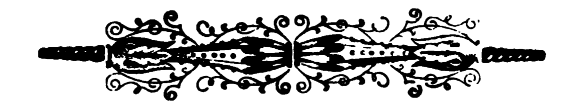
El trabajo que padecieron en salvar esta gente y conducirla á los puestos destinados, es superior á todo encarecimiento, pues era fuerza el caminar sin otro mantenimiento que las raíces de las yerbas y plantas que después de rendidos de la jornada á pié habian de buscar por el campo, con peligro de dar en manos de los enemigos, que venían siguiendo el alcance.

El llanto contínuo de aquellos cristianos afligidos, era un cuchillo de dos filos á los corazones de aquellos Padres, tan llenos de compasiva caridad, particularmente al de

nuestro P. Antonio Ruiz, que en todas estas calamidades era el blanco que hacían más pesadas suertes todas las flechas y balas enemigas,







CAPITULO XVI

Suben los Padres Provincial y Antono Ruiz al Tayaoba. Refiérese la total destrucción de aquellas reducciones.

Caminando los Padres Provincial y Antonio Ruiz con el cuidado y temores que ocasionaban las hostilidades de los del Brasil, llegaron á la reducción de los Angeles, primera que se fundó en el reino del Tayaoba, donde tantas veces habia el P. Antonio puesto su vida en peligro manifiesto.

En ella hallaron en armas y prevenciones de guerra toda la gente, por el aviso que les habian dado sus espías de que el tirano

Mamaluco se encaminaba allá con todo su grueso. A un mismo tiempo batallaron en los pechos de los dos apostólicos varones, dos contrarios afectos.

Por una parte era grande su gozo viendo aquellos cristianos tan arraigados en la fe, tan bien instruidos en ella, y con tanta policía, á los que poco antes en sola la figura exterior se diferenciaban de las fieras. Por otra, no era pequeño su temor de que á esta tan lucida población habia de suceder lo que á otras del Ibitirumbeta, Tayatí, Ibiti una. Porque aunque excedian en número á los contrarios, las armas ofensivas y defensivas eran muy desiguales.

Creció su desconsuelo con el mismo consuelo y alegría con que los recibieron, juzgando que en su presencia tenían todo amparo y defensa segura, y debiera ser así, si los del Brasil tuvieran de Cristianos algo más que el nombre; pero paliaban con solo él, fiereza de alarbes é impiedad de turcos.

Consultaron el remedio todos los Padres que habian concurrido á dar la obediencia y tiernos abrazos á su prelado, y no hallaron

otro mejor que retirar aquella reducción hacia el río Piriquiri y pueblo de la Virgen de Capacavana, que en su ribera estaba fundado, donde los juzgaban seguros, por estar en medio de la nación Guañaña, tan temida de los Brasiles salteadores, á donde jamás se habian atrevido á llegar, y antes deste paraje, la Villa Rica de los españoles.

A todos los Padres pareció acertada la resolución, auque pasaban de diez mil almas, sin las agregadas de Santo Tomé y de Jesús María, las que se habian de trasplantar. Comunicóse la resolución con los indios, y aunque á muchos pareció bien, los más la reprobaron, teniendo por imposible la mudanza y el dejar sus tierras, sus chozas y sembrados, en que tenían libradas todas las conveniencias de la vida; pero como se doblaron los avisos de que el enemigo victorioso é insolente con las presas pasadas se iba acercando, vencieron todas sus dificultades y se ajustaron al saludable consejo que les daban sus Padres.

Dejando el provincial instrucción de lo que se debia de hacer, pasó á la visita de



Loreto y San Ignacio. Continuaron los avisos de la venida del enemigo, con que se ejecutó la fuga y traslación, con la diligencia que se dirá en el capítulo siguiente.

Llegó á la visita de dichas dos reducciones, y se consoló grandemente de ver enellas tan linda disposición, tanto concierto en los edificios é iglesias, como en las ciudades de los españoles, tanta policía y tan buen gobierno en todo ejercicio de recta justicia y cristiana piedad, tanta asistencia á los divinos oficios y frecuencia de Sacramentos.

En este lugar halló al P. Juan Suárez asistiendo y gobernando la gente que se había retirado de las reducciones de San Francisco Xavier y de San Josef, y entendiendo la caridad con que los naturales habian hospedado en sus tierras á aquellas afligidas familias, les dió las gracias y alabó mucho obra de tanta piedad.

Ordenó que se les señalase sitio competente para que pudiesen hacer su pueblo aparte y vivir con descanso y abundancia. Previniendo los asaltos que el enemigo podría dar á aquellas floridísimas reducciones,

pobladas de tanta gente, mandó fabricar gran número de canoas para huir el río abajo, en caso que aquel acometiese con ventajoso poder, y se juzgase imposible la resistencia y acogerse á los pueblos que tiene la Compañía pasado el Salto, donde hallaria su necesidad todo socorro. Y que su Paternidad Reverenda dejaría en ellos orden para que este se previniese con todo cuidado. Y aunque permitió el Señor que destas mudanzas resultasen algunas calumias al Padre Antonio, á quien se atribuían, para labrar más preciosa la corona de su paciencia, conocióse haber sido sin fundamento, pues todo fué ordenado y dispuesto por sus Superiores, á quienes siempre veneraba y tenía en lugar de Dios.

En este estado dejó las reducciones el Provincial, cuando por el río abajo dió la vuelta á su provincia. Acompañólo el Padre Ruiz hasta el Salto y volvió á toda diligencia á la Villa Rica, á donde le llamaban los cuidados de aquella atribulada cristiandad, que tenía en su vista librado su mayor consuelo. De allí partió á recibir los Padres

é Indios que se venian retirando del Tayaoba.

Con las fatigas de tan contínuos viajes adoleció en el camino de unas tercianas penosas que no poco ejercieron su gran paciencia, destituído de todo regalo, solo con harina de palo. Caminaba enfermo con alientos de sano, con ánsias de llegar al gran Santuario de Nuestra Señora del Piquiri, donde habia experimentado por su intercesión tantos favores del cielo. Y lo experimentó en esta, pues luego cobró entera salud.





CAPITULO XVII

Acometen los Mamalucos las reducciones de Tayaobas y Guañañas. Trabajos de los indios y de sus apostólicos misioneros.

—

De todos los trabajos que hasta aquí padeció esta nueva cristiandad, podemos decir lo que el Salvador del mundo de las borrascas precursoras al juicio universal. Matth. 24. *Hæc autem omnia initia sunt dolorum*; no fueron más que principios de otros más graves dolores, ligera escaramuza de más sangrientas batallas, preludios de las tragedias que quedan por referir. Lo que en ellas



padeció nuestro grande Antonio, él mismo lo testifica en tercera persona:

«La fuerza, dice, de los trabajos que padeció, solo el Señor lo sabe. Por mucho tiempo, á lo mejor del sueño, se le alteraba el corazón dándole tan recios latidos, que parecía ó querer saltarse del cuerpo ó hacerse pedazos. Era necesario y único remedio levantarse con presteza y ponerse de rodillas delante de Dios y arrojarse en sus brazos con confianza, porque las angustias eran tales, que no extrañara quedar á su rigor muerto de repente.

De dos causas le procedían; la una del deseo grande que tenía de ver convertido á su Dios todo el gentilismo, y la otra de los óbices que á esta conversión oponían los mismos cristianos del Brasil.

Tres veces se vió á punto de espirar apretado destas agonías.

Las mismas mortales ansias padeció el P. Francisco Diaz Taño, socio inseparable del P. Antonio en todas sus penas, y el mismo riesgo de morir con el garrote deste verdugo interior muchos de aquellos apostóli-

cos varones y singularmente del P. Cristobal de Arenas, gran misionero y muy siervo de Dios, fué voz común que sin otro achaque murió de las congojas que padeció en esta furiosa tormenta.

No hay que admirar, porque aquellos pobres Padres se hallaban en medio de un golfo borrascoso, conjurados todos los vientos, las olas á las estrellas, cercados por todas partes de innumerables fatigas, que abrumaban el esfuerzo mayor, y sobreviniendo de tropel unas á otras, no les dejaban respirar en aquella gravísima pesadumbre.

No puede la pluma describir las atrocidades, los cautiverios, las muertes, sobre el estrago del contagio, la quema y saco de los lugares, perdido el respeto á las iglesias y ministros de Dios, los suspiros y lamentaciones de los prisioneros y el orgullo y triunfo de los piratas insolentes y encarnizados en el degüello y matanza de tanto cordero, relamiéndose en su sangre y nunca hartándose della, y todo á vista de los tristes pastores.

Espectáculos eran bastantes para acabar-

les la vida, si Dios no la guardara con especialísima providencia. Permitió la Divina Majestad, por sus altos y secretos juicios, que se arrancase esta viña con la misma prisa con que se plantó, cuando iba creciendo con admirables aumentos y dando á la santa madre Iglesia sazonadísimos frutos.

Apenas partió el Padre Provincial de la reducción de los Angeles del Tayaoba y comenzádose á ejecutar la retirada que habia ordenado, cuando los enemigos acometieron aquellas provincias con extraordinario furor, como si solamente fueran á ellas á reseñas de su crueldad y á hacerse en todo aquel nuevo orbe formidables, asolando pueblos, hiriendo y degollando indios, y escogiendo solos los más robustos para el duro cautiverio.

De dos mil familias que tenía la reducción de los Angeles con más de diez mil almas, solas pudieron salvarse por la buena diligencia de los Padres dos mil personas, porque como los indios destas provincias no habian experimentado la fuerza bárbara de aquellos tiranos, juzgaron estarían seguros

en los montes á la sombra de sus chácaras, y allí los prendían sin defensa, quitando la vida á quien quería hacerla. Y aunque acudieron los Padres Simón Maceta, Cristobal de Mendoza, Diego de Salazar, Diego Ferrer, Luis Arnot, Ignacio Martínez y Nicolás Henarcio, poniendo á riesgo sus vidas, no fueron poderosos para quitarles á aquellos leopardos la presa.

Despacharon por el río la gente que pudieron recoger en canoas, y en ellas algunas alhajas de la Iglesia. Marchó con ellos el P. Luis Arnot para pasarlos al río del Piquiri, y de camino recoger la gente que estaba esparcida del Peabiyuí.

Habiendo llegado al Salto de Arayní, donde los indios hechiceros quisieron matar al P. Antonio y le comieron los indios sus compañeros, tuvo noticia que allí habia nueva cantidad de gente que se juzgaba segura del enemigo, y un gran cacique llamado Tinguigue que muchas veces habia hecho frente á los españoles de la Villa Rica, juzgando que de la misma suerte se defenderia de los Mamalucos.

Rogóle el Padre que con todos los suyos se fuese en su compañía; enfurecióse de suerte, que dijo que ni él ni su gente se había de mover de aquel lugar, y sacando su espada, acometió al Padre con tanto corage, que se creyó lo quería matar; pero mitigó la cólera cuando el Padre le dijo que no venía á sacarlo de su tierra, sino á darle aviso de su peligro, ó para que se previniese ó para que se pusiese en salvo.

Mejor le fuera tomar el consejo del Padre é ir en seguimiento suyo; quedóse allí, y allí pereció á manos de los enemigos él y toda su gente, que quisieron hacer resistencia.

Llegó el Padre al Peabiyuí, y con la gente que allí estaba pasó á la Villa Rica, y aunque los vecinos quisieron apresarlos, los defendió valerosamente. Y habiendo gastado sesenta dias en el viaje, buscando el sustento por los montes y con la pesca del río, llegaron á la ermita del Piquiri.

Los demás Padres, como verdaderos pastores, andaban recogiendo el ganado esparcido. Sentían mucho la pérdida de muchas

familias que por no seguir su consejo se quedaron en puestos que había de saquear el ejército contrario, y por amor de la patria perdieron patria y libertad y muchos la vida.

Supo el P. Simón Maceta que en las quebradas de una serranía habia muchos indios, y entre tanto que sus compañeros caminaban con sus tropas fué á persuadirles que le siguiesen.

Nada consiguió dellos, antes bien dos indios que iban con el Padre se quedaron con ellos, con que se vió compelido á volver solo con la oscuridad de la noche, por sendas ásperas y llenas de malezas, por despeñaderos horribles, por bosques poblados de tigres ferocísimos, y sin saber el camino. Con todo, guiado del angel de su guarda, dió en la gente y llegó con ella á la reducción de San Pedro.

Halló solo al P. Diego Ferrer, tendido en el suelo, rendidas las fuerzas de un súbito desmayo que no le habia permitido pasar adelante. Aquí se halló perpleja su caridad. Esta no queria que dejase solo á su herma-



no en aflicción tan grande; si los indios pasaban adelante sin él, corrian grande riesgo de perderse; si los detenía, de dar en poder de los enemigos, que seguían el alcance.

Resolvió dar aviso á los que marchaban en vanguardia para que un Padre volviese á convoyar aquella tropa y él quedarse asistiendo al compañero enfermo.

Algunos dias después que los Padres partieron con la gente que los quiso seguir de la reducción de los Angeles llegó el enemigo y ensangrentó sus uñas en las ovejas que no oyeron el silvo de su amoroso pastor, y experimentaron el rigor de sus prisiones y de sus armas, viendo los campos llenos de heridos y muertos de los que quisieron defenderse.

Algunos de los cautivos dieron noticias al enemigo de lo que los Padres habian retirado hacia el Piquiri; siguieron el alcance y llegaron á la reducción de San Pedro, donde el P. Simón Maceta asistía al enfermo, que ya estaba en los últimos alientos.

Tuviéronlos los salteadores impíos para robar las pobres alhajas y quisieron llevar

cautivos solos dos muchachos que servian á los Padres; pero defendiéronlos, porque no les enseñasen el camino que llevaban las tropas fugitivas.

Ellos siguieron el de la Concepción, donde el P. Salazar estaba para socorrer los indios que fuesen llegando. Arribaron á unas chozas de la nación Guañaña, en las cuales solo habia tres ó cuatro indios con sus hijos y mujeres, que se resistieron con gran valor. Todos cayeron con balazos, pero muchos más de los enemigos derribaron con sus flechas. Admiraron éstos tanto valor, y sabiendo que estaba en el pueblo el Padre Diego de Salazar, fueron á contarle la refriega.

El Padre les representó el riesgo que sus vidas corrian si acometiesen á los Guañañas, porque era gente belicosa, de resolución y diestra en las armas y que habian ya perdido el miedo á los arcabuces. Con que se acobardaron y detuvieron, y fué providencia divina, porque si prosiguieran, con la furia que los arrebataba, hubieran alcanzado y cautivado la gente que huía.

Sabido por los valientes Guañañas que los perros Mamalucos habían entrado por sus tierras, se enfurecieron y bramaron como leones, y más cuando oyeron la crueldad que habian usado con algunos de sus naturales.

Trataron de cerrar con ellos, pero como eran inferiores en número y en armas, y los enemigos estaban atrincherados, procuró el Padre detenerlos aconsejándoles que se estuviesen á la mira. A los Brasiles persuadió la retirada por el peligro que corrían de morir todos á manos de aquella nación, como lo experimentaron la siguiente noche, en que llovieron sobre ellos nubes de flechas, de que muchos quedaron mal heridos, y así, ayudados de las tinieblas, procuraron escapar antes de amanecer. Y los Guañañas infieles, juzgando que el P. Salazar tenía la culpa de aquella invasión, intentaron matarlo, pero mientras ellos se cebaban en el robo de los sagrados ornamentos y otras alhajas de su casilla, sin ropa ni sombrero, se salvó en la vecina espesura y después siguió por el rastro á sus compañeros, y con la noticia que

les dió les dobló las penas, viendo que el enemigo por todas partes hacia de las suyas.







CAPITULO XVIII

Prosigue la destrucción de las provincias del Guayrá, y los trabajos del P. Antonio y de sus compañeros.

Volvia el P. Antonio Ruiz de su jornada con el corazón, aunque grande, ahogado en tantas olas de amargura y cuidados, pues cargaba sobre él: *Solicitudo omnium ecclesiarum*, con el *Quis infirmatur & ego non infirmor*? Todo lleno de cuidados de las reducciones del Tayaoba, sin saber sus sucesos ni lo que los padres habian ejecutado, ni las aflicciones y peligros en que actualmen-

te se hallaban en su fuga, ni la extrema necesidad de la hambre que padecían los fugitivos, que les obligó á comer las sabandijas de los campos ocasionándoles gravísimas enfermedades, ni los peligros de la vida que habían corrido los Padres Salazar entre los gentiles Guañañas y Cristobal de Mendoza entre los suyos, á quien un indio desatinado iba ya á descargarle una hacha sobre la cabeza, á no haber sido tan prontos en suspender el golpe otros indios cristianos, porque lo guardaba Dios para llevar muchas almas al cielo, y para entrar en él con corona de otros mas ilustres mártires, como en su vida se refiere.

Subió por el río Piquiri para venerar, como solía, en su devota ermita á la reina del cielo, y elegir los puestos más acomodados para fundar los pueblos de los indios en caso que se retirasen; pero cuando llegó supo que venían huyendo la furia de aquella tempestad y los estragos que esta había hecho en el Tayaoba, Ibitirumbeta y Tayatí. El consuelo que tuvo en tantas penas, dejólo escrito en sus notas:

Halló, dice, siempre alivio particular en todos estos trabajos, acordándose que Dios le habia anunciado en su primera vocación lo mucho que por su amor había de padecer, con las cruces que le mostró muchas veces. Y esta memoria lo confortó para que no muriese abrumado dellas. La continuación destos trabajos y el hábito de padecerlos, le hicieron perderles de suerte el miedo, que ya animoso los acometía, fiado que Dios lo había de socorrer en los lances más apretados.»

A los indios afligidos con aquella tan grave calamidad, consoló el amoroso Padre y los animó á la paciencia y conformidad con la voluntad divina, y los exhortó á hacer luego sus rozas y sementeras, para que teniendo segura la comida, lo fuese su permanencia en aquel lugar.

Trató de hacer dos poblaciones de indios Chiquís, en quienes los del Tayaoba hallasen socorro á su necesidad.

Comenzaron nuevos cuidados á combatir su pecho de bronce con las nuevas de los pueblos del Paranapane, Loreto y San Igna-

cio, á donde se habian acogido las reliquias de la Encarnación, San Pablo, Santo Tomé, San Francisco Xavier, San Miguel y San Antonio.

Las nuevas fueron que no contentos los Mamalucos con las innumerables almas que llevaron cautivas de aquellas provincias, que según afirma Su Majestad en su real cédula del año 1639, pasaban ya de trescientas mil se convocaron de nuevo y vinieron con ejército poderoso á saltear en las riberas del Ubay y pueblos de los indios que servían á los españoles de la Villa, y no hallando resistencia á su poder y desbocada codicia, acometieron á la misma Villa, para sacar á viva violencia de sus casas y llevar cautivos á los indios, actualmente ocupados en el beneficio de sus haciendas. Y lo hubieran ejecutado, á no hallarse presente el ilustrísimo señor D. Fr. Cristobal de Aresti, obispo del Paraguay, que á la sazón visitaba Pastor solícito su obispado, y les salió al encuentro, animando á los vecinos y á los mismos sacerdotes á la defensa, con que volvieron atrás, pero tan encarnizados, que no dejaron indio

en la comarca que no hiciesen prisionero, amenazando á las reducciones de Loreto y San Ignacio y á las demás que se iban reedificando, como constó de los autos que se hicieron para remitir á Su Majestad y su real Consejo. Y viendo aquella Villa sin suficiente defensa, la trasladó el celoso prelado ál pueblo de Maracayú.

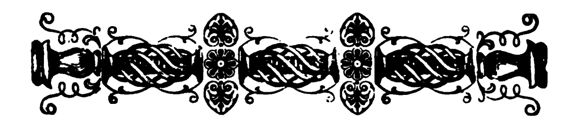
Partió con estas nuevas el P. Antonio Ruiz á las reducciones de Loreto y San Ignacio para disponer la defensa. Caminó por tierra á la Villa Rica, donde supo los intentos de los traidores corsarios. Llevó consigo á los Padres Simón Maceta y Pedro de Espinosa; llegaron á dichas reducciones, hallaron á los indios sobresaltados é inquietos con el temor del enemigo, que decian marchaba á toda prisa contra ellas.

Trataron al principio de fortificarse; pero como sus armas son de tuego y las de los indios flechas, parecióles escusada la diligencia.

Con esto el P. Ruiz, ajustándose al orden que tenía de su Provincial, resolvió marchar el río abajo con toda aquella muchedumbre

que retrataba la salida de Egipto de los hijos de Israel. Y lo que sucedió en este largo y trabajoso viaje, lo dirá el capitulo siguiente.





CAPITULO XIX

Retíranse con inmenso trabajo las reducciones de Loreto y San Ignacio.

Resuelto el P. Antonio de poner en ejecución el árduo y forzoso medio para la conservación y defensa de aquella cristiandad, despachó al P. Pedro de Espinosa un correo, ordenándole que descendiese luego con toda su gente, que estaba en el río Piquiri hacia el Salto, y que se encontrarían los de Loreto y San Ignacio en el camino.

Él mismo cuenta largamente los trabajos desta prolija navegación.

«En la despoblación, dice, de tan gran provincia, causada por los del Brasil, en que salieron de sus aires naturales más de doce mil almas, pocos dias antes desta salida, que fué de horrendos trabajos, yendo á celebrar, con vivo dolor de que Dios fuese desterrado de sus templos, donde asistía sacramentado y acatado con toda reverencia, en el *Introito* de la misa, se le representó Cristo crucificado, y reparando, advirtió que no tenía en su sagrada cabeza la corona de espinas, al punto sintió que él la tenía clavada en la suya. Por lo cual conoció lo que había de padecer en aquel viaje, y no solamente de los extraños, sino también de los domésticos.»

Y todo sucedió. Más por extenso lo refiere todo en el libro de su *Conquista*, en la forma siguiente:

«Las centinelas que teníamos, nos dieron aviso de la venida del enemigo, con que los indios trataron de mudarse y dejar sus tierras por salvar la libertad y las vidas.

Ayudó mucho á esta mudanza un requerimiento que la justicia de la ciudad de Guayrá nos había hecho, pidiéndonos



mudásemos aquella gente, porque ellos no nos podían favorecer contra enemigo tan poderoso.

Esta requesta traía disfrazada una gran traición, porque su dañada intención era salirnos al camino, hacer con nosotros lo que los Mamalucos de San Pablo, robarnos las ovejas y repartírselas entre sí. Así lo aprobó el suceso, aunque no consiguieron lo que con dolo pretendían.

Como ya los indios estaban prevenidos y resueltos, facilitóse mucho la partida. Era de ver por toda aquella playa ocupados tantos en fabricar balsas, que son dos canoas ó maderos grandes cabados como barcas, sobre los cuales forman una casilla bien cubierta que resiste á la lluvia y al sol.

Andaba la gente ocupada en bajar al río su matalotaje y alhajas. El ruído de las herramientas, la prisa y confusión, parecia anunciar vecino el dia del Juicio. Añadíase á esto la vista de seis ó siete sacerdotes religiosos, que allí nos hallamos todos ocupados en consumir el Santísimo, en descolgar imágenes, en recoger ornamentos, desente-

rrar tres cuerpos de Padres misioneros insignes, que allí descansaban, para que nos acompañasen en este trabajo muertos, los que en muchos nos habian hecho buena compañía vivos, y no quedaran con la decencia y honra debida en aquellos desiertos.

Era lástima desamparar iglesias tan hermosas, que tanto nos habían costado de fabricar y embellecer, y que si en riqueza no, por lo menos en aliño, limpieza, desahogo y curiosidad, podian competir con muchas de los colegios de Europa. Dejámoslas bien cerradas porque no sirviesen á las bestias montaraces de madrigueras.

Fué este espectáculo tan luctuoso, que hasta el cielo hizo en la tierra su sentimiento en una imagen de pincel de dos varas en alto, de una reducción del Paraná, distante más de cien leguas destos despoblados, y que habíamos destinado término y paradero de nuestro viaje, la cual imagen, al mismo tiempo que desamparábamos nuestros templos, se vió sudar gotas tan grandes y en tanta abundancia, que los Padres no bas-

taban á coger el sudor con algodones, admirando suceso tan prodigioso, y teniéndolo por presagio de algún trabajo grande, cuando aún ignoraban el nuestro.

Cogiónos la nueva deste prodigio en el mayor aprieto de nuestra transmigración, y nos sirvió de consuelo el saber que la Santísima Virgen, cuya era la imagen, mostraba tenernos compasión de nuestra miseria. Otros dos ángeles hicieron la misma demostración de sentimientos: *Angeli pacis amare flebant*, de cuyos ojos se vieron correr lágrimas como gruesas perlas, llorando sin duda el saco de la reducción y templo que á sus siete príncipes habia dedicado en el Tayaoba. De todo lo cual se tomó jurídica información por el obispo de Paraguay.

Fabricáronse en breve tiempo setecientas balsas sin muchas otras canoas sueltas, en que se embarcaron más de doce mil almas que se escaparon deste tempestuoso diluvio. Dos dias solos habíamos caminado río abajo, cuando nos alcanzaron unos indios que se habían detenido en su despacho.

Estos nos dijeron cómo el enemigo que-

daba furioso por verse burlado, y que culpaba su detención, pues á haber acelerado un poco más su venida, sin duda nos hubiera cogido.

Llegaron los Mamalucos á dichas reducciones, halláronlas desiertas, embistieron contra las puertas de los templos, y como hallaron resistencia y dificultad en abrirlas, por estar bien atrancadas, las hicieron pedazos, sin respeto, cuando no á que eran de la casa de Dios, siquiera á su labor y artificiosa hermosura.

Entraron con tropel y algazara y desfogaron su cólera contra los retablos, haciéndolos trozos para el fuego con que guisaban la comida. Acción sacrílega, que ellos mismos después la condenaron y temblaron de su atrevimiento. Alojáronse con sus mujercillas que traían en la iglesia y en nuestra casa convirtiéndola de oración en cueva de ladrones, y el alcázar de la castidad que nunca habia visto huella de mujer en zahurda infame de la lascivia.

Volvamos á nuestra flota de balsas. Segura habia navegado de los enemigos que



quedaban á las espaldas, cuando tuvimos aviso que los españoles del Guayrá nos aguardaban en un paso estrecho y peligroso, que hace el famoso salto del Paraná en cuya ribera habian fabricado un fuerte de madera para impedirnos el paso y cautivarnos la gente.

Era su intento desde este fuerte, al pasar las canoas ir derribando los remeros que pudiesen y gente que podia hacer defensa; y debilitada con estas cargas la tropa, saldrian ellos y fácilmente harian prisioneros á los demás: Supe el caso; apenas lo pude creer; adelanteme en una embarcación ligera, y hallé ser verdad lo que me habian dicho. Entré en la estacada donde tenían urdida la traición. Querelleme dando mis razones y justificando mis quejas. Cerraron los oídos á mis ruegos, sacaron las espadas, y poniéndome cinco á los pechos, quisieron detenerme prisionero. Salí por medio dellos haciendo broquel de una sobre-ropa, arrojeme en mi canoa, y volví á mis compañeros á consultar lo que debíamos hacer en este aprieto.

Causó á todos notable sentimiento verse entre Duero y peña tajada, y que por todas partes nos perseguía la que llaman fortuna, y todo era disposición de Dios para ejercicio de nuestra paciencia, y para que de nuevo pusiésemos toda nuestra confianza en su providencia divina.

Resolvimos volviesen por segunda admonición dos Padres á requerirles nos dejasen el paso libre, pues ellos nos habian exhortado á la fuga, diciendo que no podian ayudarnos, que harto harian de defenderse, y que los Mamalucos no los echasen de su ciudad, como presto lo hicieron, no solamente á ellos, sino también á los vecinos de Xerez, llevándose la gente de ambos lugares.

Nada alcanzaron los dos Padres. Fueron otros para que la amonestación fuese trina; yo fuí uno dellos, y los hallamos con más aceros para salir con la suya. Instaba el temor que los enemigos Brasiles, que estaban ya en las despobladas reducciones, no se arrojasen el río abajo en seguimiento nuestro, que en tal caso nos viéramos como un rebaño de

ovejas entre dos manadas de hambrientos lobos.

Juzgamos era menos mal haberlas con uno que con dos enemigos, y viendo que no aprovechaba lo cortés y piadoso, resolvimos llevarlo por lo valiente; que pues no querian hacer la razón á buenas, aprestasen las armas, que esperábamos en Dios y en la justicia que nos asistía, que hasta cuatro mil flecheros que traíamos diestros y animosos, sabrian abrir paso por medio de pocos arcabuces; que les protestábamos de los daños, y que del suyo ellos tendrían la culpa, pues habiéndoles rogado con la paz querian más el rigor de la guerra, que en ellos era voluntaria y en nosotros forzosa. Y llegándome á un español conocido que allí tenía su mujer, le advertí la apartase si no quería verla morir con los demás, porque si una vez asaltaban el fortín ó palizada los indios, no habian de dejar hombre á vida.

Fué la traza inspirada de Dios, pues este reto recabó dellos lo que no pudieron corteses rogativas. Volvímonos á deliberar lo que habíamos de hacer, y los españoles en-

traron en consejo y en tanto miedo, que ya no trataban sino de salvar sus vidas. Condenaron su empresa por injusta y temeraria, enviáronnos mensajeros muy humildes para que les diéramos tiempo y seguridad para salir del fuerte.

Todo se les concedió con mucha humanidad y cortesía.

Salieron entre corridos y temerosos; poco tenían que temer, de que correrse mucho, pues una impía y fea traición, ¿á quién no ha de sacar al rostro los colores? Ocupamos el fuerte que dejaron ellos, donde fué forzoso arrimar las balsas y canoas porque allí es el río innavegable, porque en aquel salto se despeña entre riscos y peñascos y forma tan horribles remolinos que hace feredad solo el mirarlos. Con todo, de las setecientas balsas y otras muchas embarcaciones que componían nuestra armadilla, probamos á echar por los precipicios de aquella corriente hasta trescientas para ver si saldrían algunas, pues pasadas por tierra veintinco leguas habíamos de volver á tomar el río; pero el ímpetu de su raudal, que con ellas

daba en recios escollos, las hacia á todas en nuestros ojos astillas.

Esto dice en sustancia el P. Antonio Ruiz, en que con harta viveza de colores pinta los trabajos de aquel viaje, aunque hay mucha diferencia entre oirlos y padecerlos.

Estando ya de leva para caminar por tierra las veinticinco leguas, llegó la gente del Piquirí; en cuya busca habia ido el P. Pedro de Espinosa, con embarcaciones y suficiente bastimento, de cuyo viaje diremos en el capítulo siguiente. Aquí solamente diré las muestras de su ferviente celo, maciza virtud y heróica santidad que dió el P. Antonio, y los deseos que ardian en su corazón de promulgar el santo Evangelio, y que Dios fuese en todas partes conocido y amado.

Yacen entre los dos ríos Paraná y Paraguay las dilatadas provincias de los Itatines, confinantes con Maracayú y la Nueva Xerez. En ellas deseó Antonio entrar á predicar el santo Evangelio, y por ellas pasar á los reinos del Chaco y Chiriguanas, donde es innumerable el gentilismo.

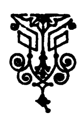
Recibió carta del teniente de Xerez en

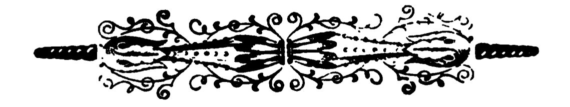
que le significaba el consuelo grande que tendrían todos los vecinos de aquella ciudad de que los de la Compañía de Jesús se encargasen de aquella empresa de tanta gloria de Dios y beneficio de almas infinitas. Y que de paso podrian ejercitar con ellos su acostumbrada caridad, administrándoles los Sacramentos porque estaban á la sazón sin cura.

Aunque habia mucho tiempo que el Padre Antonio suspiraba por ir en persona á la conversión de aquella gentilidad, deteníalo el forzoso empeño que habia hecho con aquellos pobres indios, arrancándolos de sus patrias, y no fuera buena ley desampararlos á lo mejor en tierra agena. Y por no faltar á lo uno ni dejar de acudir á lo otro, señaló para esta misión á los Padres Diego Ferrer y Justo Mansilla, varones ambos de aventajado espíritu, que partieron sin más dilación bien instruídos de lo que habian de hacer.

Continuaba el despacho de la gente que habia de marchar por tierra, cuando tuvo aviso que no habian sido suficientes las em-

barcaciones que habia fletado para conducir la gente del Piquirí, y que habia quedado mucha con algunos Padres, con que fué necesario enviar otra flota de balsas con nuevo socorro, porque era cruel la hambre que padecian.





CAPITULO XX

Prosigue la relación de lo mucho que el Padre Antonio Ruiz y sus compañeros padecieron en la retirada de las reducciones.

Es muy dilatada la esfera de una caridad tan apostólica como la del P. Antonio. A todas partes atendía su providencia, largando su vista de lince á las más remotas necesidades, y no contentándose con verlas, sino pasando á proveerlas de competente remedio.

Disculpa tuviera en divertirse á solo el de tantas presentes de aquella muchedumbre, que cual otro Moisen capitaneaba por aque-

llos estériles desiertos; pero no pudo olvidar los trabajos de sus hermanos, que habian quedado con la gente del Piquiri.

Despachó luego con buen número de canoas y cantidad de víveres al P. Pedro de Espinosa; pero como había de navegar con las embarcaciones cargadas contra el ímpetu de la corriente, por mucho esfuerzo que hizo al remo, gastó en ida y vuelta cincuenta dias.

Todo el tiempo que tardó este socorro fué grande la aflicción y aguda la hambre que padecieron los Pastores y las ovejas, cuyo mantenimiento eran las raíces silvestres, palmitos y hojas de los árboles, que solamente servían de entretener la vida para el tormento, el cual se acrecentaba con el temor contínuo del Mamaluco, que lo barría todo.

Si se alargaban á buscar las frutas del monte, daban en manos de los Guañañas gentiles, que herían á unos y mataban á otros.

Resucitaron todos como de muerte á vida con la llegada y socorro del P. Pedro de Espinosa.

Pero cnando hicieron el tanteo y hallaron no era posible caber en las canoas toda la gente, y que había de perecer sin remedio la que allí quedase, se les aguó todo el contento; pero dieron los Padres en un buen arbitrio, y fué acercarse la gente á un Salto que hace el Piquiri más abajo, donde el peligro no seria tan grande, y estarian más cerca para despachar las tropas que pudiesen ir en las canoas, y desde allí volver por las demás.

Así se ejecutó y fué con la primera tropa el P. Diego de Salazar, que volvió luego, y con la segunda los Padres Pedro de Espinosa y Nicolás Ignacio. Y cuando llegaron al Salto pequeño, á causa de una grande creciente, sin arrastrar por tierra las canoas, hallaron paso franco por el mismo río y se resolvieron de caminar hasta el Salto grande con toda la gente; pero como á los que quedaban esperando en la ermita se les hacían los días años, y los Padres en ida y vuelta gastaron sesenta días, vivían con notable penalidad, que aumentaba la falta del sustento.

Cuando llegaron estas tropas al paraje donde con doce mil indios aguardaba el Padre Antonio Ruiz y no vió á todos los Padres, desconsolóse mucho.

Volvió luego á enviar las canoas y nuevo socorro con el P. Pedro de Espinosa, corsario Santo de aquella navegación.

Encontró en el camino al P. Ignacio Martínez, que bajaba del Pirapo con alguna gente de Loreto, imágenes y ornamentos de aquellas dos antiguas reducciones. Y rendido de tantos viajes el P. Espinosa, como quien tenía tan conocida la gran caridad del P. Ignacio le rogó trocasen los caminos. Aceptólo con mucho gusto el fervoroso Padre; saltó al punto en las embarcaciones que iban al Piquiri, y el P. Espinosa en las que bajaban al Salto grande, donde aguardaba con su gente el P. Antonio.

Premió el Señor la caridad que con el Padre Espinosa habia usado el P. Ignacio Martínez, con un patente milagro que hizo para defenderle la vida. Navegaba ya cerca del Salto pequeño, donde estaba en espera el P. Diego de Salazar con los su-

yos, cuando de repente vino una desaforada avenida que arrancaba de las riberas y llevaba consigo árboles grandes. Uno destos en un estrecho paso, dió con ímpetu grande en su canoa, echóla á pique, y el Padre, que no sabía nadar, se hundió en lo más profundo, sin poder los indios socorrerle.

Buscáronlo la corriente abajo, zambulléndose en el agua, que son nadadores y buzanos eminentes; no encontraron con él, y cuando ya lo daban por ahogado, con impulso del cielo volvieron al mismo puesto donde se hundió, más para sacarlo muerto que con esperanzas de cobrarlo vivo, y bajando á lo más profundo del río, lo hallaron sentado en medio de las aguas sin género alguno de turbación, bueno y sano; sacáronlo con mucho regocijo para que diese á Dios las gracias por el manifiesto milagro con que le habia conservado la vida.

Era este religioso Padre muy verdadero enemigo de exajeraciones, y aseguraba que en medio de las aguas ni se le embargó la respiración, ni cosa alguna le dió pena; antes decía con toda confianza en Dios:

—Luego me sacarán.

No fué menos prodigio enfrenar la corriente para que no lo arrebatase, cuando furiosa arrancaba los árboles y se llevaba las peñas. Guardábalo el Señor para que en los Itatines y Churiguanas predicase el santo Evangelio.

Después deste naufragio caminó con más cuidado y llegó salvo al deseado término, donde los Padres Cristobal de Mendoza y Luis Arnot, estaban aguardando el socorro, de que ya tenían extrema necesidad, aunque con firmes esperanzas que les habia de venir, cuando no de la tierra del cielo, pues no lo merecian menos que aquellos sobre los cuales, *pluit illis Maná ad munducandum. Et pluit illis sicut pulverem carnes & sicut arenam maris volatilia pennata.* Psal. 77.

Hallólos flacos, pálidos y descaecidos y entonces sintió más la pérdida de su canoa y de la vitualla que llevaba en ella por la falta que todo habia de hacer. Llegábales al alma el ver que no habia bastantes embarcaciones para llevar toda la gente. Embarcaron los que pudieron y á los demás die-

ron esperanzas que presto volverian por ellos.

Marcharon las tropas y llegaron á donde las aguardaba el Padre Diego de Salazar, ejemplar de invencible paciencia, el cual conociendo el desamparo grande de los indios que quedaban en la ermita, anteponiendo la vida del menor destos á la suya, con apostólica resolución volvió á vivir ó á morir con ellos.

Era este Padre muy señalado en caridad, muy penitente y mortificado, y de mucho trato familiar con Dios en la contínua oración. Y así cuando los demás Padres con las tropas que pudieron admitir las canoas continuaron su viaje río abajo, el P. Salazar volvió río arriba por la ribera á pie y atravesando montes de tan espesas malezas que á las mismas fieras embarazan el paso.

Llegó á los indios que habian quedado solos, que lo recibieron como á un angel venido del cielo, viendo que en él tenían padre y madre que les asistiría en su muerte y los consolaría en su hambre, y en los de-

más peligros y trabajos de aquella afligida soledad.

Tardaron en volver las canoas ochenta días. En esta Cuaresma doble de tan riguroso ayuno, padeció el Venerable Padre por el divino amor, fatigas innumerables. Y en mi opinión no hizo Dios menor milagro en conservarle la vida que al compañero que libró del naufragio, pues aquel estuvo breve espacio hundido en el río, éste ochenta días anegado en un piélago de todas las miserias.

Cuando llegaron las tropas al P. Antonio Ruiz y vió á los Padres tan en los huesos, tan robados de fuerzas y de color y á los pobres indios tan rendidos y que faltaba el P. Salazar, lloró amargamente como otro Patriarca Jacob, sobre su querido Josef, temiendo que en el viaje que hizo por la playa no lo hubiese despedazado alguna fiera, de que hay abundancia en aquellos espesos sotos. Y conociendo que con la dilación había de faltar el sustento y crecer la necesidad de tanta gente como estaba detenida en aquel sitio, dió orden que fuesen caminando las veinticinco leguas hasta llegar al puesto

en que pudiesen fabricar nuevas embarcaciones para proseguir su navegación.

Antes que partiese el P. Antonio, volvieron los dos Padres que habian ido á Xerez y á los Itatines muy gozosos, así con el buen acogimiento que les habían hecho los españoles, como con la disposición para predicar en aquellas provincias gentiles el santo Evangelio.

Con estas buenas nuevas fueron señalados para esta misión con los dos que fueron al descubrimiento, Diego Ferrer y Justo Mansilla, los Padres Nicolás Ignacio é Ignacio Martínez.

Partieron luego los cuatro Evangelistas con los ornamentos necesarios y sagradas alhajas para el sacrificio de la misa y administración de los Sacramentos, y dieron principio á cuatro reducciones, acudiendo desde ellas al beneficio de los españoles de Xerez, hasta que los enemigos del Brasil, máximos ministros del demonio, furias salidas del infierno, dieron saco á esta ciudad y asalto á los indios de su comarca, obligándolos á retirarse á unas sierras altísimas,

dentro de las tierras de los Itatines, fundando en ellas nueva reducción, donde se continúa la predicación del santo Evangelio con mucho fruto de aquellas almas, que por tantos siglos vivieron sin el conocimiento de Cristo.

Habiendo despachado á estos apostólicos misioneros, luego trató volviesen las canoas en busca del P. Diego de Salazar y de su gente con buen convoy, pero como los indios de aquella tierra venian tan fatigados, fué necesario enviar gente más esforzada, tomándola de la primera reducción del Paraná, que es la del Iguazú.

Ofreció ir por cabo de la flota el P. Andrés Gallego, religioso de muchas prendas, de maciza virtud y gran caridad, cuyos elogios callo por ser algo interesado en ellos. Cuando llegó al Salto aún halló en él al recibidor mayor, P. Cristobal de Mendoza, que como piloto experto en aquellos ríos, subió en su compañía.

Llegaron á donde el P. Salazar ejercia con aquellos pobres indios todos los oficios de amoroso Padre. Hallaron en los huéspe-

des los hambrientos suficiente comida, y los afligidos todo consuelo. Sin dejar un alma arrancaron con todos, y con feliz navegación dieron con ellos en el Salto grande, donde los Padres Simón Maceta y Luis Arnot estaban despachando las tropas por las veinticinco leguas de tierra.

Cuarenta días se ocuparon los dos Padres en este despacho, y el último en partir fué el P. Simón Maceta, quedando en aquel sitio sin otra casa, sin más abrigo ni defensa contra los rigores del tiempo, que el de unas pobres esteras, cuidando de los indios, en que padeció el V. P. los trabajos que se dirán en su vida.





CAPITULO XXI

Camina por tierra aquel pueblo numeroso la vuelta del Paraná; varios sucesos deste viaje.

—

A algún piadoso contemplativo se le representará en este viaje del pueblo indio peregrino, la salida que hizo el de Israel del cautiverio de Egipto y la familia y descendencia de Jacob de la tiranía de aquella nación bárbara y cruel. *In exitu Israel de Aegypto, domus Iacob de populo barbaro.* Psal. 113. Y verdaderamente, quien sin pasión considerare la insaciable sed que desta sangre ardía en los bárbaros pechos Mamalucos, y las

ansias con que la codicia de algunos malos españoles procuró cautivarlos para esclavos juzgará que no campeó menos la divina providencia en librarlos de la tirania de los unos y del poder de los otros, que en sacar á los hijos de Israel de la dura servidumbre de los gitanos. A mí, por no hacer tanto agravio, por la culpa de pocos, á dos naciones tan católicas, tan pias y tan celosas de la exaltación de la fé, como la española y portuguesa, cuando considero el sentimiento grande, el agudísimo dolor de aquellos apostólicos ministros del Evangelio, á muchos de los cuales conocí y traté familiarísimamente y veneré su heróica santidad, valerosos capitanes de la santísima Compañía de Jesús, herederos del espíritu de un San Francisco Xavier, hijos legítimos del glorioso patriarca San Ignacio, y como en dos palabras decía el eminentísimo señor Cardenal Espínola, arzobispo de Sevilla: *Viros Seminis Apostolici*, vivamente se me representa el llanto de los sacerdotes que seguían al pueblo de Dios cuando marchaba á Babilonia cautivo.

Aumentaban con las corrientes de sus

ojos las de los dos caudalosos ríos, y volviéndolos á su querida Sión, donde Dios en aquel magnificentísimo templo había sido reverenciado, donde tenían su asiento los profetas y los doctores y sabios de la ley, la cátedra de la verdadera doctrina, arrojaban al cielo estos suspiros *Super flumina Babilonis illic sedimus & flevimus, dum recordaremur tui Sion.* Psal. 136.

Sobre las riberas del gran río Paraná concurrieron los ministros y sacerdotes del Altísimo con más de doce mil indios, que por gran suerte escaparon de aquella ruina universal de las dilatadas provincias del Guayrá, donde tantas banderas habían ganado al demonio, donde tantas victorias había conseguido de la idolatría la verdadera religión, donde en tantos hermosos templos era venerado y frecuentado el Santísimo Sacramento.

Allí lloraron compasivos la desnudez, el desamparo, la hambre, las fatigas y calamidades de aquella miserable gente, que por defender la fe se había desterrado de su patria y de las comodidades para la vida humana que gozaba en ella.

La vista deste triste espectáculo derretía el corazón por los ojos, arroyaban las lágrimas sus mejillas, los suspiros embargaban el habla, y solamente se hallaba desatada y libre la lengua para implorar el auxilio del cielo y la misericordia de Dios para aquellas tropas, que repártidas en hileras, los indios con sus alhajas á cuestas, las indias con sus hijuelos pendientes de los pechos, caminaban á donde los conducia su fortuna, ó por mejor decir la voluntad de Dios y el deseo de defender su fe, que fué el norte principal de toda esta trabajosa peregrinación, y eso sin esperanzas de volver á la tierra de su nacimiento.

Después de haber discurrido algunos días por aquellas ásperas sierras y fragosas montañas, abriendo en muchas partes por su espesura camino y fabricando puentes á muchos caudalosos arroyos y riachuelos profundos con grandes fatigas; finalmente aportaron al sitio donde se habia de proseguir la embarcación. Y aunque los caritativos misioneros que residian en las reducciones del Salto abajo, para donde caminaban las tro-

pas, liberalmente salieron al encuentro con embarcaciones llenas de víveres: *Sed quid hœc inter tantos?*

Sin otro milagro como el que obró Cristo en el desierto, era imposible alimentar tanta muchedumbre. Comenzó luego á picar la hambre, y aquellos pobres peregrinos á echar menos la abundancia que gozaban en sus poblaciones. En la navegación se padecieron muchos peligros y lastimosos naufragios por los ordinarios arrecifes, ocultos escollos y súbitos remolinos que en un punto se tragan las canoas de los más expertos pilotos.

Dos casos notables sucedieron al principio, qué hicieron proceder con más cuidado en lo porvenir. Como no habia para todos embarcaciones suficientes, fabricaron algunas balsas de unas cañas gruesas como cabríos, que tienen cincuenta pies de longitud. Cargaron en una tantos indios con sus familias, que apenas comenzaron á zarpar, cuando dió al través y se fué á fondo.

Quíso Dios que toda la gente salió á la ribera, ayudando los unos á los otros. Sola

una india, con dos infantes gemelos en sus brazos, por no hacer suelta dellos se fué á pique. Estuvo algún tiempo sumergida sin dar en ella los buzanos que la buscaban. Todos lo sintieron mucho, pero más el piadoso P. Antonio Ruiz, de quien podria yo decir lo que el Imperfecto del buen Pastor en el caso de la oveja perdida. *Nullam se ex omnibus habere putavit, si denumero suo una periret.*

Acudió en este trabajo á la oración, pidiendo con lágrimas al Señor no permitiese que los peces despedazasen las carnes de la madre y de aquellos dos angelitos; porque los hay en aquel río tan disformes que se tragan un hombre entero como la ballena de Ionas, y después de haberle quebrantado todos los huesos lo arrojan otra vez de su buche.

El V. P. Simón Maceta descubrió la milagrosa imagen de la Virgen de Loreto que llevaba consigo, pidiendo con viva fe y alentada confianza la vida de la madre y de los hijos. ¡Caso prodigioso! Cuando todos hechos unos Argos miraban á una y otra par-

te del río á ver si descubrían los cadáveres, sacó la india de las aguas parte de la cabeza, arrojándose al agua los primeros que la vieron, asieron de ella y la sacaron á la ribera, sin lesión alguna, ni suya ni de los dos infantes, que salieron tan risueños como si en dulce sueño hubieran reposado en la cuna; para que no sea solo Moisen, á quien la madre de otro menos arrebatado río como si lo fuera suya, brizó y defendió la vida en su corriente. Aquel debió la suya á la princesa de Egipto, y estos dos gemelos y su madre á la reina de los Serafines, á quien todos dieron alegres en aquella tribulación repetidas gracias por haberlos consolado con aquel beneficio y dádoles á entender que iban á la sombra de su materna protección.

Otra balsa en que iban cincuenta personas se sorbió otro espantoso remolino, y aunque juzgaron los bien entendidos que se habrían hecho pedazos todos los que iban en ella, con todo, los que tenían fuerzas y destreza en el nadar, aunque maltratados de los golpes, todos salieron á la ribera; co-

mo no sabian el suceso destos, diéronle nueva al P. Antonio que solo uno habia escapado.

Sintió mucho la desgracia, acudió á la oración á hacerla por sus difuntos, pero consolólo Nuestro Señor, diciéndole que los que se habian ahogado solos eran once niños, que no necesitaban de sufragios, que los demás todos estaban vivos. El día siguiente se hallaron todos descalabrados en la ribera, pero sanaron presto de sus heridas. Este favor que Nuestro Señor le hizo, lo comunicó al P. Juan de Porras, que se hallaba presente.

Los indios que por falta de embarcaciones quedaron en tierra, dieron también no poco cuidado, porque impacientes de la dilación y tiempo forzoso para volver por ellos, algunos hicieron sus canoas, otros comenzaron á disponer sus sementeras, muchos se esparcian por los montes buscando raíces para el sustento, y como no estaban acostumbrados á viandas de aquella calidad, enfermaron y murieron, aunque rarísimos sin Sacramentos, por la providencia

grande del P. Antonio Ruiz que ordenó quedasen con esta gente los Padres Agustín de Contreras, Juan Suárez de Toledo y Pedro de Espinosa, varones todos de conocido valor y robustísima virtud, que á competencia cumplieron muy bien con la obligación, no solamente de curas solícitos, sino también de Padres amorosos.

Cada uno iba avanzando por tierra con su escuadrón de aquella gente derrotada, y para socorrer á sanos y enfermos, era necesario andar en contínuo movimiento, discurriendo por aquellos montes en busca de las ovejas que se descarriaban hambrientas, y todo su cuidado no bastó para que algunas no fuesen comidas de rabiosos tigres, y otras no díesen ya en poder de otros indios bárbaros de aquellos parajes, ya en manos de los españoles del Maracayú que no á pocos llevaron cautivos.

Toda la otra gente se fué conduciendo y domiciliando á las riberas del río Yabibiri, que desagua en el Paraná, cercano á las antiguas reducciones que están fundadas en las mismas riberas, de donde se les socorrió

con mucha caridad; pero como las familias eran muchas no dejaban de padecer necesidad.

Esta obligó al P. Antonio á vender hasta los cálices y ornamentos para comprar algunas vacas que se fuesen repartiendo en raciones, y aunque estas se daban con peso y medida, no podian bastar para tantos, y así les obligaba la hambre á comer varias raíces y sabandijas, de donde se originó una disentería general, que se llevó más de dos mil personas.

Acudió el P. Antonio á la piedad del maese de campo Manuel Cabral de Alpoin, y en su grande nobleza y cristiana liberalidad halló una grande ayuda de costa, porque le dió licencia para que de sus dilatadas estancias tomasen buen número de vacas cimarronas. A esta caza fué en persona con el P. Pedro de Espinosa, y con ellas tuvo gran socorro aquella extrema necesidad.

Los que más padecian eran los niños huérfanos y gente desvalida, á quienes como á pajarillos sin pluma era forzoso llevarles á sus nidos el alimento y ponérselo en

el pico, pues ni podian cazar por los montes ni pescar en los ríos. Y aunque los Padres se quitaban el manjar de la boca para socorrerlos, como eran tantos, morian algunos por falta de sustento.

En esta ocasión llegó el Padre Provincial Francisco Vázquez Truxillo á la visita de aquellas reducciones del Yabibirí, y remedió esta necesidad de los huérfanos infantes, disponiendo con su autoridad que los indios dellas se los prohijasen cada uno el suyo, con obligación de criarlo y alimentarlo, como lo hicieron todos con mucho gusto.

En la mayor carestía fué singular la providencia que tuvo el Señor de socorrerá esta gente, y se tuvo por milagrosa, porque entre las peñas de dicho río hallaron los indios con abundancia una yerba exquisita, que no solamente les sirvió de sustento, sino también de medicina para las disenterías, y jamás los naturales la habian visto en aquellas riberas, ni tenían de tal yerba noticia, y la llamaron peregil marino.

Crece media vara en alto cuando está en sazón, tiene el gusto sabroso por salado,

cría muy buena sangre y aviva al más postrado apetito. Parece que la proveyó Dios, como el Maná á los hijos de Israel en el desierto. Acudían los indios como ovejas á pacerla, y se entregaban en ella sin acordarse de mañana.

Al principio sentia el P. Antonio la prisa que le daban, temiendo no acabasen con ella y faltase á lo mejor; pero experimentó la divina liberalidad, y que más hallaban cuanto más cogían.

Esta legumbre cocida, con la ración de carne de vaca que se les daba, fué el reparo de su hambre y enfermedades hasta que ellos hicieron sus sementeras y el cielo y la tierra contribuyeron á darles cosechas abundantes.





LIBRO CUARTO

DE LA VIDA DEL P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

Contiene las nuevas fundaciones de los pueblos de Nuestra Señora de Loreto y San Ignacio, su venida á la corte y su vuelta al Perú, algunos ejemplos de sus excelentes virtudes, muerte feliz y testimonios de su heróica santidad.

CAPITULO PRIMERO

Campea más la fineza de su virtud en el crisol de la tribulación con que Dios lo purifica.

Bastante desempeño puede ser lo que hasta aquí se dijo de las profecías de lo mucho que este apostólico varón habia de padecer en la predicación del santo Evangelio, de las cuales hicimos mención en el capítulo V del libro primero, y en el XXI del segundo.

Buen cumplimiento de aquellas fué lo que padecio en plantar la fe en tantas provincias del Guayra y en verlas destruídas por sus ojos con tan luctuosas tragedias y atrocidades como los fieros Mamalucos ejecutaron en tantos hijos, que con tan agudos dolores como otro Pablo, había engendrado por el Evangelio. Con toda verdad pudo decir á muchas destas naciones: *Nam etsi decem millia Pædagogorum habeatis in Christo sed non multos Patres; nam in Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.* Teníalo Dios escogido como á aquel para apostol del universo, para que lo fuese del gentilismo del Paraguay, y asi le reveló lo mucho que había de padecer para merecer el título y gloria de apostol. Act. 9, *Ego enim ostendam illi quanta oporteat eum pati pro nomine meo.* Y entre las señales que Pablo dió á los de Corinto de su apostolado, el primer lugar concedió á la paciencia en tantos trabajos como se le ofrecieron en la predicación del santo Evangelio: *Signa tamen Apostolatus mei facta sunt super vos in omni patientia in signis & prodigiis & virtutibus.* Mila-

gros grandes obró Dios en Antonio, y por Antonio; heróicas fueron sus virtudes, pero su invicta paciencia en trabajos tan terribles y tan continuados, sobreviniendo siempre á unos grandes otros mayores, esa es el testimonio más cierto de su apostolado. Pues como dijo San Agustín, epist. ad Probam: *Per facile est vestem contemptan habere; inclinato capite incedere, velum super capillos demittere. Sed verum humilem patientia ostendit iniuriæ.* Esta es la piedra de la más apostólica santidad, no el andar vestido de gerga, cuellituerto ó cabizcaído.

Pues para que más campease la de nuestro Antonio, no contento el Señor con las borrascas de las tribulaciones pasadas, quiso que la nave, que de tantas habia salido victoriosa, corriese nuevos golfos y más encrespados.

Bien pudiera decirle al oído alguno al Padre Antonio lo del poeta latino. *O Navis, referent in mare te novi fluctus! Vide, ó quid agis fortiter occupa portum.* Pero no tenía necesidad del consejo, porque estaba bien lastrado el bajel con profunda humil-

dad y propio conocimiento, ancorado en una firme esperanza en Dios y muy prevenido de paciencia, de valor, de constancia y de gran rendimiento, y conformidad de su voluntad con la divina.

Todo lo hubo menester, pues sobre los agudos dolores en las muertes violentas y cautiverios de innumerables hijos, en el saco y ruina de tantas y tan floridas reducciones, sobre la hambre, fatigas y peligros de tan largos caminos, con el cuidado de doce mil cuerpos y almas á cuestas, que la vida de aquellos y la salvación destas, todo pendía de su providencia y desvelo, como si todo eso fuera poco para contrastar su paciencia, le plantan agora su honor y crédito tan recias baterías, que para no dar con aquella al través, como nunca dió, tuvo necesidad de especialísima asistencia de la mano de Dios.

El primer tiro con que esperó el demonio que habia de hacer brecha en aquel muro de diamante, fué un falso testimonio que le levantaron de que habia abierto una carta de su Provincial para otro súbdito; caso tan

grave en la Compañía, que es uno de los reservados.

Tuvo este delito tantas apariencias é indicios de verdadero, que el más inocente, como el P. Antonio lo estaba, tuviera bien que hacer en purgar la calumnia. Lo que obligó al Provincial á hacerle cargo, pero como siempre vivía con ánsias de padecer por Cristo, muy observante de la regla que dió en esta materia á sus hijos aquel gran legislador, maestro y Padre de la vida espiritual San Ignacio, quiso lograr la ocasión, enmudeciendo en su defensa, resuelto de no volver por sí, sino admitir la penitencia que se le diese por tan grave culpa y llevar con paciencia aquella infamia hasta que Dios quisiese volver por la verdad.

Grado de tan alta perfección que dijo la Santa Madre Teresa de Jesús en el capítulo 13 del *Camino*, de los que aspiran á ella. *Verdaderamente es humildad grande verse condenar sin culpa y callar.*

En mi opinión, silencio semejante en otro testimonio, le mereció al ilustrísimo San Pedro, claro honor de mis Padres Predicadores,

el título por antonomasia de Mártir, no menos que las puñaladas que el pérfido herege le dió, porque éstas hirieron al cuerpo, aquel hizo fuerte en la reputación que es bien más estimable que la vida.

Imitaron los dos el ejemplo que les dió su maestro divino, cuyo silencio admiró con mucha razón el presidente, á quien constaba ser falso todo lo que le imponían, y que fácilmente pudiera desmentir los testigos. Con todo, dice el gran León: ***Falsa adversus Dominum testimonia quœrebant; sed inter inconditas voces & dissonas, hoc Iesus mirabiliter elegit, ut taceret.*** Cuando le están acumulando gravísimos delitos, escoge por admirable género de defensa el callar. A San Ambrosio también le pareció divino este consejo. ***Accusatur Dominus & tacet & bene tacet, qui defensione non indiget. Ambiant defendi qui timent vinci. Non ergo accusationem tacendo confirmat; sed despicit non resellendo.*** Es acusado el Señor y calla, y es soberana en callar su cordura, pues no necesita de defensa; háganla los que temen ser convencidos de la culpa que les

imponen, porque no parezca que quien calla otorga. Cristo cuando calla no otorga, sino que desprecia el cargo que se le hace. Y por ese camino, dice el mismo San Ambrosio: *Christus calumniis appetitus silentium detulit triumphale.* Pues para conseguir más gloriosamente este triunfo. *Hoc mirabiliter elegit ut taceret.*

La misma elección hizo Antonio en su calumnia. Pronto estaba el espíritu, pero flaqueaba la porción inferior, y queria darle á entender tenía obligación de volver por su buen nombre, según aquel, ó mandato ó consejo del Espíritu Santo: *Curam habe de bono nomine.* Lastimábale mucho aquella herida que Casiodoro, lib. 4. Epist. 11 llamó extremo de todas las penas: *Malorum omnium extremum, molestiam pati sine causa; pœnam sine culpa; damna sine delictis.* No dormía el enemigo en este combate; representábale vivamente el menoscabo de su buena opinión, adquirida con tantos años de vida ejemplar y gloriosos servicios; lo que iba á perder con sus hermanos y con los Superiores que no se fiarían más dél, y pon-

drían dolo en su oración y mortificación, en sus ayunos y penitencias, y que no había de faltar alguno menos afecto que lo calificase todo de por mera hipocresía.

A todas estas réplicas de la parte inferior se hizo sordo, resuelto en callar y sufrir. Aunque el natural sentimiento fué tan grande, que con la pesadumbre hizo mella en su salud; adoleció de una fiebre tan pútrida, que la sangre que le sacaban á poco rato se convertía en gusanos en las mismas escudillas.

Viendo el Provincial que el P. Antonio no daba disculpa al cargo que le habia hecho, pasó á dar pública satisfacción como si fuera reo convencido. Envióle por escrito una áspera fraterna, y mandóle que en penitencia hiciese cierto número de ayunos y disciplinas.

Comunicó este trabajo con solo su gran confidente y amantísimo socio y confesor de muchos años el P. Francisco Diaz Taño, en una carta donde le dice así:

«Ordenóme el Padre Provincial una cosa »de mucha pena, y tuve bravas tentaciones

»y hube de hacerme violencia grande; y con »lindo ánimo me ofrecí á ello aunque reven»tase la hiel por los ojos.»

Al paso que iba creciendo su valor, iba Nuestro Señor disponiéndole mayores trabajos, como se verá en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO II

Continúa la tela de sus trabajos y prueba de los quilates de su virtud y paciencia.

En muchos sucesos adversos emuló el P. Antonio la paciencia del Santo Job, y en particular en que viendo á este clarísimo Patriarca del Oriente en el atolladero de su miseria lo desampararon hasta sus mayores amigos, Elifaz, Baldad y Sophar, y no solo volviéndole las espaldas, sino lloviendo sobre él en la retirada pesados oprobios.

Lo mismo le sucedió á nuestro pacientísimo Antonio, verdadero padre de los pobres,

cuando actualmente estaba vendiendo hasta las alhajas de su pobre celda y sacristía para socorrer á los indios.

Permitió Dios que en la fragua de la caridad fraterna, que tan viva y ardiente está en todos los hijos de la Compañía, faltasen centellas para abrigarle en el cierzo helado de tan grande adversidad.

No solamente le hicieron cargo de haber abierto la carta sobredicha, sino también el haber retirado por su capricho, con poco consejo y mucha precipitación, tantos millares de indios, sacándolos de sus tierras, donde aquella levadura pudiera con el tiempo sazonar la masa del dilatado gentilismo que quedaba en ella, y exponiéndolos á las incomodidades y riesgos de tan largo viaje.

Y no advirtieron los delatores que no habia movido mano ni pie sin consulta de sus compañeros, ni había salido un punto del orden que en la visita le dejó el Padre Provincial acerca de la fuga y traslación de aquellas reducciones, siempre que las amenazase el común enemigo, pues era constante que á tanto poder de mosquetes y ar-

cabuces no habían de hacer flechas de hueso resistencia.

Oía estas quejas, aunque tan en agravio suyo, con tan sereno semblante, como pudiera el más ambicioso sus alabanzas. Con este agudo cincel y áspera lima iba Dios labrando ó este vaso de elección para llevar su nombre, ó este querubín para que asistiese en su propiciatorio.

Fué sin duda permisión divina para su mayor tormento, que el Padre Provincial con tanto tropel de cuidados y ocupaciones como trae consigo el gobierno, hubiese totalmente olvidado el mandato que dejó en orden á la mudanza. Con que á instancia de los fiscales pudo cargarle más la mano de lo mucho que hizo padecer á sus pobres compañeros y aquellos indios desventurados.

Harto más lo fueran si hubieran quedado en sus pueblos, pues lo hubieran perdido todo, hacienda, vida y libertad, y á bien librar fueran desterrados con mayor incomodidad en poder de crueles tiranos á más terrible cautiverio.

Estas fueron las maldades con que le sus-

tanciaron harto criminales su proceso: y él quiso padecer indefenso por tener que ofrecer á Dios. Pensando frecuentemente en el martirio con cuchillo de palo, que le había profetizado el santo mártir Roque González.

A solo su confesor el P. Francisco Díaz daba cuenta de su conciencia, y en la carta citada le dice:

«Mi Padre, si hubiera de escribir á V. R. lo que hay, no tuviera papel para todo; y sé que se hiciera cruces, pero no quiero fiar de tinta las gotas de sangre de mi corazón. Pido á V. R. me encomiende á Nuestro Señor y me alcance trabajos de cualquier color que sean, que bien sabe Su Majestad dar los martirios con cuchillo de palo. No es menos el mío, ni tengo que envidiar el suyo al Padre Roque, que con un golpe rindió el alma. Lo que he padecido sábelo Dios y eso me basta.»

En este mismo tiempo le cargó Dios sobre las pasadas otra no poco pesada cruz. Quiso levantar una caja de un niño Jesús de bulto, y como tenía las fuerzas quebran-

tadas de tantos caminos y malas noches, con la grande que hizo se quebró de manera que llevaba fuera buena parte de las tripas. Para detenerlas y retirarlas, fué necesario poner en la quebradura una plancha de hierro, que imprimiéndosele en las carnes le ocasionó grandes dolores; pero no sentia tanto estos como verse entredicho con este accidente en ejercicios de caridad, aunque facilmente se conformaba con la voluntad divina.

No vive ocioso el que mucho padece por amor de su Dios.

No podía el demonio sufrir tanta resignación, tanta paz interior y paciencia tanta en tantas adversidades y persecuciones de propios y extraños, y viendo que por la guerra que por medio destos le había hecho, no lo había podido vencer, resolvió hacerla por sí mismo.

Aparecíasele visiblemente y en más espantosas figuras que en otras ocasiones. Cuando se acogía á la oración, le hacía grande ruido, unas veces dando recios golpes en las paredes y puertas, otras trasteando los violones y otros instrumentos con que



los músicos celebran los divinos oficios. Como con esto no lo podía divertir, acercábase más y dábale fieros porrazos.

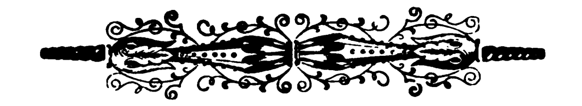
Y él dice en sus *Apuntamientos* que una noche estando algo afligido de verse ligado por la quebradura, le embistió con un garfio de hierro y le hirió con tanta furia el otro lado, que no solo entendió lo había roto, pero que le habia sacado las entrañas, y llegando á tocar aquella parte, no halló rotura alguna; pero presto la hizo el demonio, porque revolviendo sañudo contra él, con el pie armado de uñas le dió tal puntillazo, que abrió nueva fractura en el lado sano y quedó tan lisiado de los dos, que no se podía mover sin muletas.

Cuerdamente pregunta Teodoreto en la cuestión 32 sobre el Génesis la causa por qué amando Dios tanto á su grande y fidelísimo siervo el Patriarca Abraham lo ejercita por tantos caminos mandándole que le sacrifique al hijo querido, único depósito de tantas promesas y esperanzas. Ya lo destierra de su patria y obliga á peregrinar por extrañas, donde por la hermosura de su es-

posa ha de correr peligros su vida; ya permite que los amigos lo desamparen, que los infieles lo persigan, que examinen sus costumbres los príncipes. Y responde que en todo esto pretendió que Abraham mostrase su lealtad y obediencia para justificar el amor particular que le tenía, y las crecidas mercedes que trataba de hacerle.

Así le permitió á nuestro Antonio tanta diversidad de trágicos sucesos, para que los que viesen la grandeza de su ánimo, la igualdad de su corazón, el mismo tenor de semblante, el rendimiento de su voluntad, no extrañasen el verle tan honrado y favorecido.





CAPITULO III

Vuelve Dios por la inocencia del P. Antonio y todas sus calumnias ceden en mayor crédito de su santidad.

Costumbre es de Dios muy antigua mortificar á sus escogidos y después vivificarlos; sepultarlos en los abismos de la tribulación, para ensalzarlos hasta los cielos. *Mortificat* & *vivificat*; *deducit ad inferos* & *reducit*. Bien conocida le tenía esta condición la cuerda Cananea, que cuando con más sequedad y rigor la trata Cristo, cuando le tuerce el rostro y la baldona de perra, que

no merece el pan de los hijos, entonces más segura de su buen despacho y de la salud de su hija. *Correctionem tenet curationis pignus*, dijo San Ambrosio. En esa aspereza de corrección halla prendas ciertas de que la ha de consolar con la cura de su hija. Sirvieron aquellos desdenes para que ella mostrase más la constancia de su virtud y fineza de su fe y Cristo Señor nuestro su beneficencia en hacerle á la medida de su querer los favores. *O mulier, magna est fides tua: fiat tibi sicut vis.* Lo mismo le sucedió con Dios á nuestro Antonio.

Mucho le apretó los cordeles, permitiendo le acumulasen tan grave delito como haber abierto la carta de un Provincial, caso, como dije, reservado en la Compañía.

Pero presto se descubrió la verdad, porque constó con evidencia que la abrió otro grande amigo de aquel á quien se escribía, que por estar muchas leguas distante le había dejado esa licencia, sin duda para que ejecutase pronto lo que él habiéndose ausentado tanto no pudiera ejecntar puntual. Y esto se hizo todo sin sabiduría del P. An-

tonio, ni sin haber tenido la menor noticia de lo que habían capitulado aquellos dos Padres amigos. Con que se conoció bien la grande mortificación, sólida virtud y profunda humildad del P. Antonio, pues por no abrir la boca ni dejar correr la pluma en una lisa satisfacción y defensa justa, quiso padecer algún tiempo aquella infamia y ser castigado con rigor por la culpa que no habia cometido.

Causó este caso á toda la provincia notable edificación, particularmente á uno de los consultores del Provincial, que se hacia lenguas en alabanza del P. Antonio.

—Esta sí, decia, que es virtud á prueba. Yo confieso, añadió, por su humildad, que si á mí me hubiera sucedido, diera voces en mi defensa y no me fuera posible tanto silencio y sufrimiento tanto.

Aquí se cumplió á la letra lo de San Ambrosio. *Antonius calumniis appetitus silentium detulit triumphale.*

De la misma suerte se desvaneció el cargo de la mudanza de las reducciones, pues con la misma evidencia constó haber sido

decretada en visita por el P. Francisco Vázquez Truxillo, Provincial, que á poca reflexión sobre el caso, conoció y culpó su olvido, y sintió que este le hubiese ocasionado al P. Antonio la menor pesadumbre, cuando su obediencia y los grandes trabajos que padeció en la ejecución merecian colmadísimo premio.

Así se escribió al Reverendísimo Padre general Mucio Viteleschi, en las Cartas Anuas de aquellos años calamitosos, por los cuales pudieron decir aquellos ministros apostólicos lo de David. *Pro diebus, quibus nos humiliasti; annis quibus vidimus mala.* Púdoles servir de justificación, con grande opinión de su espíritu profético, lo que Nuestro Señor le habia revelado en el año 1613, en la reducción de Loreto, antes que se fundasen las del Tacutí, Ibitirumbeta, Tayatí, Ibitiruna, Iñeay, Tay aoba y Guañañas, de que ninguna había de permanecer en el puesto en que se fundaba ni aun las de Loreto y San Ignacio, porque todas habian de bajar al Paraná.

Esto dijo con toda claridad el P. Simón

Maceta diecinueve años antes que sucediese. Así lo testifica dicho V. P. Simón Maceta en el testimonio que dió de la santidad y virtudes del P. Antonio Ruiz, por estas palabras:

—Habló y dijo algunas cosas venideras entonces bien inopinadas.

El año 1613 dijo á un Padre que aquellas dos reducciones de Loreto y San Ignacio no habian de estar en el Paranapane, donde á la sazón estaban, sino que habian de bajar al Paraná.

Entendió el Padre que lo decia del Salto del Paraná arriba, y aunque esto le pareció increible, vió él mismo cumplida la profecía del P. Antonio, cuando el año 1632, no solamente bajaron estas dos reducciones, sino también otras dependientes destas.

Y añade el mismo testigo en su deposición.

De suerte que profetizó esta transmigración de todos estos pueblos distantes del Paraná 280 leguas. Y se ha de advertir que cuando esto dijo, no habia aún en el Paranapane las otras residencias que después se

fundaron, sino solas las dos sobredichas de Loreto y San Ignacio. Con estas noticias pudo sacudir el cargo de la mudanza, y no las dió, por tener más que sufrir por amor de Dios.

Pero cuando esta calumnia estaba más válida de que había sido conocido desacierto é imprudente resolución del P. Antonio mudar las reducciones, juzgó tenía obligación de manifestar lo que Nuestro Señor le había revelado, para que todos acudiesen al eficaz remedio, clamando á Su Majestad, como en acción dispuesta y gobernada por la divina mano.

Y porque una profecía hiciese espaldas al crédito y seguridad de la otra, escribió un papel en que dice cómo había de venir aquella misma gente de la milicia de Satanás sobre las provincias del Uruay á dar los mismos asaltos que habia dado á las del Guayrá, y que saldrían también huyendo de aquella los pobres indios por no poderse defender, como habían salido desta y entonces se vería si había sido la retirada imprudente, ó cuerda y forzosa. Y le advierte al Pa-

dre guarde aquel papel para cuando suceda el caso.

Esto escribió el P. Antonio cinco años antes que sucediese, cuando se juzgaba por imposible que los enemigos Mamalucos y Tupíes pudiesen llegar con ejército formado á aquellos páramos tan remotos y saquear aquellas provincias, no advirtiendo que la codicia acomete imposibles. *Per mare pauperiem fugiens per faxa per ignes.* Pues como dijo Aristóteles. I Polyt. *Desiderium divitiarum vadit in infinitum.* No hay para la avaricia lejos; en tiempo limitado, como corre sin freno, hace viajes infinitos.

Algunos que vieron este papel, lo tuvieron por ilusión de enferma fantasía y se rieron del profeta; pero aclamáronlo verdadero cuando con sus ojos vieron en aquellas provincias al enemigo y comenzaron á venerar al P. Antonio por varon singularmente alumbrado y favorecido de Dios.

Desta segunda profecía también hace mención el P. Simón Maceta en el citado testimonio por estas palabras:

«Añádese á esto que después de haber

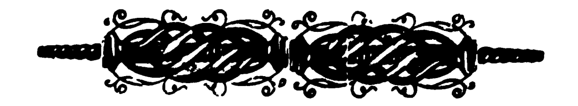
bajado estas reducciones del Guayrá al Paraná, dijo que no serían solas ellas en dejar sus puestos antiguos porque habia de ser lo mismo de las que estaban á su parecer muy seguras de la otra banda del Uruay, que infaliblemente se despoblarían, porque dentro de siete años habían de venir los Mamalucos del Brasil á destruirlas. Y como los que lo oyeron no le dieron crédito, no hicieron caso dello. Y después cuando vieron cumplida la profecía, quedaron asombrados. Y con admiración, dijo el Padre Diego de Alfaro, superior, de aquellas visiones lo que la Samaritana á Cristo. *Domine ut video, propheta es tu*; que el Padre Antonio Ruiz había sido verdadero profeta, y que se había cumplido lo que dijo de la desolación destas provincias.

También el mismo P. Antonio hace mención en su *Conquista* desta profecía, hablando, como acostumbra, de tercera persona, en el § 7, donde dice así:

Refiriendo las señales que Nuestro Señor dió de la venida de aquestos ministros de Satanás en esta del Tape y de la Sierra, sea

la primera señal que estando aquella tierra toda entre descuidos y seguridades de paz, y no juzgando posible por muchas razones claras que pudiesen invadirla los enemigos, con todo, cinco años antes, cierta persona, á quien el cielo declaró los estragos que allí habian de hacer, escribió un papel á un amigo suyo, que se ocupaba en aquel ministerio santo, en esta forma: «Dentro de cinco años (ya habia dos que había dicho lo mismo al P. Simón Maceta) irá por ahí aquella perversa gente. Y para prueba desto, y que será sin falta lo que le digo, guarde este papel para cuando venga, que entonces se lo pediré.»

Sucedió todo á la letra, y hallándose juntos los dos en la entrada destos malos hombres, le pidió este papel, el cual tuve yo en mis manos. Este billete recibió el P. Josef Domenec, que estaba en la reducción de la Candelaria en el Uruay, que se retiró cuando los enemigos Mamalucos venían furiosos talando las mieses de aquel río. Entonces se acabó de conocer era verdadero espíritu profético el que movía la lengua y la pluma del P. Antonio.



CAPITULO IV

Favorece la reina del cielo en estas tribulaciones á su gran devoto: sánalo de su achaque y hácele otros singulares favores.

—

Hablando el dulce Bernardo serm. de Nativit. del seguro favor que todos sus devotos hallan en la Sacratísima Virgen, dice: *Si pie á nobis pulsata fuerit & invocata, compatietur nobis, nec deerit necesitati nostræ, siquidem nec facultas deesse poterit, nec voluntas, quoniam Regina Cœlorum misericors est & Mater misericordiæ.*

Si con piedad y confianza llegamos á tocar á sus puertas é implorar su intercesión,

estemos ciertos que no hará el sordo al clamor de nuestra misteria, sino que se compadecerá della y remediará nuestra necesidad, pues ni le falta poder ni voluntad, porque es reina clementísima de los cielos y madre de misericordia.

Bien lo experimentó el P. Antonio Ruiz en este aprieto, en que se halló su reputación con las calumnias impuestas y con la quebradura su vida y salud.

El cordialísimo afecto que á esta soberana princesa tuvo desde sus tiernos años, fué creciendo por todo el discurso de su vida, en todos empleos y lugares con notables aumentos. Amaba tiernísimamente á esta señora como á querida madre, ocupábase frecuentemente en la dulce meditación de sus singulares virtudes, excelencias y prerrogativas, rezábale todos los días su oficio y empleaba contínuamente sus potencias y sentido en adorarla y servirla y obligarla con todo género de posibles obsequios.

Cúpole por buena suerte ser su capellán y cura de Loreto luego que llegó á las reducciones y pidió licencia á su Superior pa-

ra fabricar en la huerta una ermita y colocar en ella una devotísima imagen. A ella se retiraba todos los ratos que le dejaban vacantes los ministerios de las almas.

Con especial cuidado atendió á la hermosa fábrica de su iglesia, y á instancia suya, se llevó de España la imagen milagrosa de Loreto. Recibióla con grande solemnidad, con varios y festivos regocijos, y en todos sus feligreses procuró estampar su devoción.

Cuando bajó á Buenos Aires con la capilla de sus Músicos al recibimiento del Procurador general, no se puede decir lo que se alborozó su alma con la vista de hechura tan hermosa.

Quisiéronsela robar los congregantes de aquel colegio, ofreciéndole duplicado el coste; pero no lo pudieron conseguir. Llevóla consigo por patrona de su viaje, y donde quiera que llegaba á hacer noche hacía que su capilla á coros le cantase su letanía y que todos le rezasen el santo Rosario.

Los mismos ejercicios continuó en la retirada de las reducciones, aplicando toda su

industria á llevarla con la posible decencia y veneración. Diversas veces fué peregrino á visitar su santuario del Piquiri, muy distante de su reducción, donde recibió los favores que apuntamos arriba.

En todas sus pláticas y sermones hacía estudio particular de encargar alguna excelencia y alabanza suya, y singularmente fué devoto defensor de su purísima Concepción.

Mostró la celestial princesa cuán bien servida se hallaba de este su devotísimo capellán en las grandes mercedes que le hizo. No fué la menor la que escribe el P. Simón Maceta en su citado testimonio.

«Como fué, dice, tan grande el trabajo del P. Antonio Ruiz por tan varios y despoblados caminos, siempre á pie por no haber en aquellas tierras cabalgaduras ni género alguno de regalo, para hacer tolerable la fatiga, bien se deja entender los achaques que padecería en las caídas, en los calores, en los fríos y aguaceros. Una vez por un caso contingente se halló quebrado. Dábale mucha pena, y aunque procuró su remedio por

lo que aquel accidente le impedía los ministerios, no hallándolo humano, por intercesión de la Virgen halló el divino.

Otras veces estando muy apretado de otros achaques, y tan descaecido que no podía acudir á las cosas muy precisas, como á visitar y confesar sus enfermos, de repente se hallaba sano, robusto y agil para todo lo que quería, sin otra medicina que retirarse un rato de oración, delante de la imagen de Nuestra Señora que tenía en su celda.»

Todo esto testifica este religioso Padre compañero suyo de tantos años y testigo abonado de su santísima vida.

Con la experiencia de tan seguros socorros, nunca la perdía de vista; consigo la llevaba en el altar portátil para decir misa. A ella atribuía todos los prodigios que obraba en la conversión de los gentiles y victorias que tenía de los hechiceros.

Historia aparte se pudiera hacer de los obsequios que hizo á la santísima Virgen y de los favores y regalos que recibió de su mano. Aquí solamente haré mención de algunos de los que dejó escritos de la suya,

constreñido de la autoridad y precepto de sus superiores.

«En el santo sacrificio de la misa, dice, me sobrevino la quietud acostumbrada, en la cual sentí la presencia de mi Madre Santísima, con una fragancia y gusto que no se puede decir. Sentíame deseosísimo de ofrecerle todo mi corazón juntamente con aquel sacrificio. Sentí allí al arcangel San Miguel, que todo junto lo llevaba y entregaba á la Virgen para que de sus manos pasase más acepto al Eterno Padre.

Todas mis ánsias eran alcanzar un ardientísimo amor de la hermosísima, piísima y purísima reina de los Serafines, no solamente para mí, sino para cuantos hay en el mundo, para que los corazones de todos se sintieran heridos de su castísimo amor, como se sentía el mío.»

Añade más adelante:

«En la acción de gracias se derritió toda el alma en el amor del divino Mesías, que tenía presente, á quien tan ciega y neciamente niegan los suyos. No se puede explicar lo que el alma sintió en aquella hora,

que aunque fué bien cumplida me pareció un momento.

Amaba y era amado; veía y era visto; sentía y era sentido; hablaba sin hablar, y conocía que era oído. No puedo decir más, porque no hallo términos con qué declararlo.

Después deste gusto interior, todas las cosas dulces me parecían amargas; la música, otras veces apacible, me daba pesadumbre por insulsa y desconcertada. Al Señor y á la Señora la gloria de todo por todos los siglos de los siglos. Amén.»

Otro día en la oración de la mañana se elevó el alma y vió á esta dulcísima, suavísima y amantísima Señora en edad juvenil, lo que oyó de su dulce boca, lo que vió de su peregrina hermosura, sin comparación mayor que la de los cielos, diránlo mejor sus devotos queridos, que experimentan la dulcedumbre de su amor.

Estando el alma como cercada de rosas, de claveles y azucenas, de repente la penetró un rayo encendido, en medio del cual estaba un corazón resplandeciente y abrasa-

do en manos desta divina Señora, atravesado con dos saetas.

Lo que resultó desta visión fué un claro conocimiento de la grandeza de Dios, asistencia del Angel Custodio y de los siete príncipes. *Non licet homini loqui.* A Dios la gloria y á la Virgen eternamente.

En otro Apuntamiento, dice:

«En la oración de la mañana, pidiendo auxilio á la Divina Majestad, sintió que le arrebataban el corazón de repente y lo llevaban á la profunda región del alma, donde como en cielo empíreo veía á la madre y al hijo.

Dejaba hartar un insaciable deseo que tenía de amar más y más. Palpitábale el corazón con las fuerzas destas ansias; parecía derretirse y no se derretía, pues no se consumía. En la misma hartura hallaba más hambre. Pasó este suavísimo tormento, y ojalá durara, porque hallaba ya en los dolores delicias, y en los trabajos dulzura y descanso.

Otro día, dice, en la misa me ví rodeado de ángeles, y principalmente de los siete

príncipes, y estaba presente la santísima Virgen, á quien flechaba el corazón saetas en medio de unas elevaciones suaves y abstracciones de la mente; pero mortificaba el alma retirándola de aquellas luces á estas tinieblas exteriores, porque no lo notasen los circunstantes.

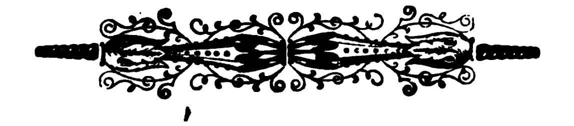
Duró por toda la misa con un jugo espiritual, metido en las médulas del alma. Gloria á Dios y á la Virgen Madre, á quienes amo de todo mi corazón.»

Desta suerte la emperatriz de los cielos endulzaba á su devoto capellán las hieles de sus tribulaciones, y le doraba las más amargas píldoras para hacerlas llevaderas. En todos los sucesos adversos su sagrado era la memoria de Dios y de su santísima Madre. *Memor fui Dei & delectatus sum.* En este centro hallaba verdadero descanso; lo que él solía declarar con una vulgar comparación. Un hombre muy rico que dentro de su casa tiene los cofres llenos, si fuera della le sucede alguna cosa de disgusto, hace recurso á su tesoro, y á vista suya todo pesar se retira. Así sucede en la memoria y amor

del sumo bien y de su Madre santísima, que luego ahuyentan del alma toda pesadumbre por grande que sea.







CAPITULO V

Del trato familiar que tuvo con los santos ángeles, y los favores que le hicieron.

—

Fué singularísima la devoción del Padre Antonio con los espíritus angélicos. Rezábales todos los días diversas oraciones y tenía repartidos los siete días de la semana entre los siete príncipes de la milicia celestial, para hacerle á cada uno en su día su particular obsequio y en reverencia suya alguna mortificación.

Llevaba á su lado con bien actuada presencia á su angel Custodio, como á fidelísi-

mo tutelar y amigo en todos sus viajes. Agradecido á los favores que destos príncipes recibía, les dedicó la reducción de los Tayaobas. Al arcangel San Miguel hizo presidente supremo de su corazón y de todas sus potencias y sentidos, y por su medio ofrecía sus actos fervorosos á Dios y á su purísima Madre. Muchas veces los vió que lo asistían reverentes cuando celebraba el santo sacrificio de la misa.

Ocupaba algunos ratos en contemplar la gloria que gozan en el cielo, y tal vez le corrió el Señor la cortina para que viese lucidas reberveraciones della. Y hablando de su grandeza y hermosura, repite lo del apostol: *Quœ non licet homini loqui.*

El mismo dice de sí en tercera persona:

«Fué muy devoto de los siete príncipes de los Angeles, á los cuales se encomendaba todos los días, señalando para cada uno su culto y tributo particular, de quienes recibió grandes mercedes.

Lo mismo hacia del angel de su guarda, de quien cuenta, agradecido, algunos beneficios. Una vez le guió por la espesura de

un monte, donde se había perdido yendo á caza de ciertos gentiles, y lo llevó por un atajo, por donde sin saber cómo, en menos de una hora hizo la jornada de todo un día.

Una noche lluviosa y oscura, entrando en un aposentillo, sintió que lo arrojaban con ocultos impulsos hacia fuera; reparó en la violencia, y sabiendo no habia dentro quien la pudiera hacer, persuadióse era del angel de su guarda.

Volvió atrás, llamó á un indio, encendió luz, y vió enroscada en la misma puerta una vívora ponzoñosa. En otra ocasión, habiéndose acostado vestido, como solía, cerca de la media noche, y habiendo reconocido primero con luz los rincones del aposentillo, que están muy expuestos á estas venenosas sabandijas, que produce en abundancia el país, cuando ya rendido iba á dormir, oyó una voz que le decia:

—Mira que tienes en la celda una vívora que te puede hacer mucho daño.

Parecióle ilusión del sueño, por la previa diligencia que habia hecho; pero tratando

otra vez de dormir, repitió el aviso del cielo:

—Levántate, trae luz, y la verás.

Conoció que la voz era más que humana. Levantóse, encendió luz, y desde la misma puerta vió una horrible vívora, que por habérsele desaparecido, juzgó que era la antigua serpiente que le armaba alguna traición.

Caminando por una sierra, bajaba con los piés descalzos por unos pedregales, asentó el uno en una losa, sobre la cual estaba una vívora de las de tan pestilencial veneno, que en picando matan, aunque son muy pequeñas.

Todo fué uno, poner él el pie sobre la piedra y retirarse la vívora con piedad y cortesía que no guardan con otros, porque embisten furiosas y escupen su veneno.

Aquí se cumplió en él con la protección de su santo angel, lo del Salmo 90: *Super aspidem & basiliscum ambulabis.* Y destos peligros de que Dios lo libró con singular providencia en tan largos y continuados viajes, durmiendo en bosques poblados de sierras y serpientes, pudieran referirse suce-

sos varios. Tiraron estas á hacer fuerte en la vida del cuerpo; otras más maliciosas á la del alma.

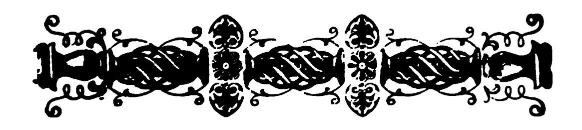
Con el silencio de la noche entraron tres indias deslavadas y atrevidas en la chozuela pobre donde el honestísimo varón descansaba, con intento diabólico de contrastar su castidad. Y como á otro Pedro entre sus cadenas, le despertó el santo angel dándole aviso de la enemiga celada.

Salió de la choza temblando y dando voces á unos indios, que dormían en otro rancho cercano. Acudieron al socorro y hallaron las malas hembras, que llanamente confesaron su atrevimiento y se retiraron confusas, quedando victorioso el castísimo Josef. En uno de sus Apuntamientos dejó escrito lo siguiente:

«En la refección corporal tengo siempre presentes á la purísima Madre y á su Hijo santísimo, y para tan nobles convidados reservo siempre lo mejor de la comida, la cual suplico á mi santo angel la sirva á Sus Majestades de su mano, y luego significa lo que interiormente sentía en estas ocasiones.

El mismo corazón que lo siente es solo el que lo sabe; callalo la lengua, porque explicarlo no puede. Mas, ¿quién podrá exprimir lo dulce de tu nombre, Madre Virgen, amor, consuelo, y todo deleite mío? *Eructavit cor meum verbum bonum. Dico ego opera mea Regi & Reginæ.*





CAPITULO VI

De algunas heróicas virtudes del P. Antonio y casos de mucha edificación.

—

Apenas se puede dar paso por la vida deste apostólico varón, que no se encuentre con muchos actos de heróicas virtudes, con ejemplos de mucha edificacion.

Aquel fervor grande, aquel desprecio del mundo y de sí mismo con que emprendió la carrera de la perfección religiosa, y venciendo montes de dificultades, la siguió con velocidad de Angel en cuerpo de hombre hasta la muerte.

Aquel celo ardiente de la mayor gloria de Dios y salvación de las almas, con que pródigo de su vida atendió á la conversión de tantos y tan fieros gentiles con tan vehementes ansias de que Dios fuera conocido y venerado de todas las naciones del mundo.

Aquella magnanimidad en acometer empresas grandes con tanto mayor denuedo cuanto lo era la resistencia que le hacía el demonio. Aquella intrepidez con que se arrojaba en medio de los mayores peligros, sabiendo el grande que corría, de que lo matasen y comiesen los hechiceros.

Aquel rigor de penitencia, en comida, vestido, estancia, y en tanto viaje siempre á pie, expuesto de dia y de noche á todas las injurias del invierno y verano, de lluvias y soles, durmiendo al sereno sobre la tierra desnuda ó en una pobre hamaca, con riesgo de ser herido de las serpientes, despedazado de los tigres. Ninguna hallo yo en el coro de las virtudes que no la vea en el Padre Antonio en grado eminente.

Señalóse con singularidad en aquellas que más hermosean y perfeccionan el religioso



estado. La obedienca es la divisa de los hijos del grande Ignacio. Y en ella fué extremado por exactísimo, por puntual, y humildemente rendido á los órdenes de sus Superiores.

A ella atribuía todos los felices sucesos de sus conquistas espirituales, pues escrito está. Prov. 21. *Vir obediens loquetur victorias*. Ella infundió bríos á los apostóles para las que gloriosamente consiguieron en la promulgación del santo Evangelio, como dice San Juan Christomo. *Erat enim inter omnia pericula consolationi virtus mittens eos*. Este era el consuelo mayor de nuestro apostólico Padre en tantos peligros. Dios lo ordena, Dios me envía, el Superior lo manda, que tiene sus veces y voces; no buscaba otras armas ofensivas ni defensivas, ni mayor seguridad para cerrar con las huestes del infierno. Buen testimonio es el que dió el P. Padre Simón Maceta por estas palabras:

«En la obediencia era muy exacto en ejecutar lo que mandaba el Superior. Y para animar á sus compañeros á la perfección desta

virtud tan esencial en la religión y tan estimada en la Compañía, decía que él por acudir á las Misiones no había estudiado la teología escolástica, y con todo, si la santa obediencia se la mandase leer, no dudaría de que con el favor de Nuestro Señor, saldría con crédito de la empresa. Y no sé si fuera esto más que lo que fiado en la obediencia consiguió, rindiendo innumerables bárbaros con sola una cruz de palo en las manos, á imitación de su divino capitán, obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, de quien dijo San Agustín. *Domuit orbem non ferro sed ligno.*

Su pobreza fué verdaderamente apostólica y admirable, y que en su comparación la más recoleta de los religiosos mendicantes europeos, puede pasar por riqueza y abundancia, pues á estos nunca les falta por lo menos un pedazo de pan, aunque recogido de puerta en puerta, y ya se sabe que todos los duelos con pan son buenos, ó son menos.

El P. Antonio en muchos años no tuvo un mendrugo seco para poder decir que ayu-

naba á pan y agua; ni pan ni vino, sino el precisamente necesario para consagrar en la misa. Acá decimos que pan y vino anda camino. Grande alivio para el fatigado caminante llegar á una fuente y hacer recurso al zurrón y á la calabaza. Sin ese triste socorro, que no falta acá al más miserable pordiosero, caminó el P. Antonio por espacio de muchos años más de doce mil leguas, y muy de ordinario en solo un viaje por doscientas de despoblado, sin otra alforja que la confianza en la divina providencia, por desiertos solitarios donde no habia ventas ni mesones á que hacer recurso en la mayor hambre y necesidad.

Jamás hizo provisión de víveres para su persona, contentándose con las raíces y yerbas que los indios buscaban por los montes, cocidas en agua pura, sin aceite, sal, ni vinagre, que pudiesen darles alguna sazón.

Y no pocas veces faltándole este rústico sustento, el Señor milagrosamente le proveía.

Cuando entró en la provincia del Guayrá

con el P. Francisco Diaz Taño y los hechiceros conjuraron para matarlos y hacer de sus carnes banquete, siendo por entonces conveniente para el bien de aquella nueva cristiandad la fuga, la hicieron por aquellos bosques y montañas sin matalotage alguno, y el Señor, que con su providencia sustentó por ministerio, ya de un cuervo, ya de un angel, á su profeta Elías, fugitivo de la rabiosa Iezabel, en la quebrada de un arroyuelo les deparó un arbol pequeño cargado de una fruta extraordinaria que á los compañeros les dió bastante alimento y al Padre Antonio medicina para el estómago, que traía muy relajado.

En todos estos aprietos tenía muy puestas en Dios sus esperanzas y luego hallaba el sustento necesario, como se verá en el viaje que hizo á España. Embarcóse en el puerto de Buenos Aires con solo su breviario.

Y desde allí, antes de partir, escribió á las reducciones diciendo que iba animado y contento, pues confiaba en Dios y en la reina de los Angeles, que teniendo nada habia



de tenerlo todo. *Tamquam nihil habentes & omnia possidentes.* Y no le engañó su buen corazón, pues volvió á las Indias con muchas alhajas curiosas para las reducciones, y otras que perecieron en las inquietudes de Portugal.

Con todos era grande su caridad, en especial con sus compañeros y feligreses, muy afable y benigno con todos. A aquellos trataba como á carísimos hermanos; á éstos como á queridos hijos, sin que se le reconociese ni en palabras ni en acciones resabio alguno de superioridad.

Gustaba mucho de una santa llaneza, sin admitir exención ni singularidad. Siempre era el primero en la religiosa cortesía, y cuando concurría con otros en tránsitos estrechos se retiraba y hacía instancias para que pasasen primero.

Si advertía que á alguno eran cargosos los órdenes que le daba, aligerábalos con la suavidad de razones amorosas con que á todos tenía robados los corazones.

Con esta blandura apacible sabia mezclar en la ocasión algo de severidad como el mé-

dico que obligado de la necesidad aplica al hijo enfermo el cautiverio y le receta la sangría, la dieta y amarga purga.

El mayor rigor de sus reprensiones era su mesurado semblante, que en mirándole a la cara, cada uno se daba por entendido de la falta que habia de corregir.

Su magisterio en guiar las almas por la vida del espíritu fué admiración y enseñanza á los más entendidos maestros. Algunos destos afirmaron que no habian sabido el A, B, C de la vida espiritual hasta que llegaron á comunicar con el P. Antonio; pero ¿qué maravilla, si tenía por asistente al divino espíritu, que parece le dictaba cuanto habia de obrar y enseñar?

En los indios recien convertidos hacía prodigios, adelantándolos en breve tiempo en noticias de los divinos misterios, superiores á su corta capacidad. Con la experiencia desta sabiduría que pareció más infusa que adquirida, le rogaron en varias ocasiones que tomase á su cargo el examen de algunas personas que trataban de oración, para asegurarse si iban por buen ca-

mino, que suelen en este, cuando no rige el gobernale piloto muy diestro, toparse ocultos escollos y peligrosos arrecifes.





CAPITULO VII

Prosigue la materia del pasado y de algunos casos que en este tiempo le sucedieron.

—

Por más cuidado que pongan los siervos de Dios, á instancias de su humildad en ocultar sus virtudes, no es tan fácil esconder esas hermosas luces, pues según el consejo evangélico para la común edificación y buen ejemplo, las han de llevar en las manos, y la interior santidad del alma mal puede esconderse, que no se vea en la compostura de todo el hombre exterior.

Para venerar por santo al P. Antonio

Ruiz no era menester más que mirarlo al modesto y apacible semblante, pues parece que se había nacido con él la modestia con que á todos edificaba y componía.

Este es el carácter que requería San Ignacio en sus hijos y San Bernardo en su *Espejo Monacal* en todos los religiosos. *Sic in cunctis se habeat, ut ædificet videntes; & nemo dubitet, cum vel viderit, vel audierit, quod vere sit Monachus.*

Lo interior no lo registran los ojos de los hombres, y así es necesario que por lo que ven ó por lo que oyen, conozcan al que es religioso verdadero, como por el aliento se conoce si está sano ó gastado el pulmón y por la saetilla que señala las horas, si el reloj lleva concertado el movimiento de sus ruedas con el espíritu que las rije. Grande es el testimonio que desta rara modestia del P. Antonio, dió uno de sus condiscípulos, por estas palabras:

«Algunos años traté al buen P. Ruiz de Montoya, porque fuimos connovicios y condiscípulos y nos ordenamos juntos é hicimos largos viajes, donde se descubre mucho



lo que uno es. En todo este tiempo conocí y admiré en él una singular modestia y rara compostura, que parecía traer contínua presencia de Dios y lo mostraba bien en lo que obraba y decía.»

Lo mismo le notaron cuantos llegaron á tratarlo de cerca. Y de aquí nació la grande estimación y reverencia que le hacían, no solamente los indios más políticos, y ya cristianos, sino los más bozales y bárbaros infieles. Bien dijo el príncipe de los filósofos morales: *Magnum est, si videaris & prosis.* Solo con salir por las calles á vistas del pueblo solía predicar callando el seráfico Padre San Francisco.

Desde su niñez fué inclinado Antonio á obras de piedad, y pudo con verdad decir con el santo Job, 31. *Quia ab infantia mea crevit mecum miseratio & de utero matris meæ egressa est mecum.* No había necesidad que ó no socorriese, ó si no podia, que no la aliviase con la compasión particularmente las de los pobres indios, á los cuales defendió siempre, aun cuando más divertido en las vanidades del mundo, procurando redi-

mir y estorbar algunas de las muchas vejaciones que les hacen los españoles.

Huyendo en cierta ocasión de la justicia por una de sus travesuras, llegó á un pueblo cerca del Callao. Pidió á los indios naturales le diesen por su dinero lo que habia menester; pero estos, escarmentados de las burlas de otros soldados españoles, que cuando se ven en necesidad piden humildes y corteses su remedio y después pagan el hospedaje con descortesías, retos y palabras injuriosas, temiendo que Antonio les pagaría en la misma moneda, negáronle lo que con ella en la mano les pedía.

Tuvo tanta paciencia que estuvo dos días sin comer, cuando le sobraban bríos para sacar á fuerza de armas lo que cortés no pudo. Hasta que llegó al mismo lugar otro español amigo suyo, el cual, sabedor de lo que los indios habian hecho con Antonio, lo retó de sobradamente sufrido; díjole se estuviese á la mira y vería cuán presto sacaría él con bravatas todo lo necesario.

Procuró Antonio disuadírselo, porque los pobres indios no fuesen maltratados, pero

echando aquel mano á la espada, les hizo miedo y obligó á que trujesen con abundancia lo que habían de comer ellos y sus caballos, con mucho sentimiento de quien quería antes padecer tan grande incomodidad que á los indios se hiciese la vejación menor.

Su mortificación y penitencia tan contínua como rigurosa, sin más lástima de su cuerpo que si fuera mortal enemigo; siendo verdad que aunque en el siglo lo fué, en la religión sirvió siempre plaza de fidelísimo compañero para todas las empresas del servicio de Dios.

Con todo, parte por el daño que en algún tiempo le hizo, y parte por cautelarse siempre de sus reveses, lo tenía metido en estrecha pretina. Su blasón fué siempre el de la santísima Teresa de Jesús. *Aut pati, aut mori.* O padecer ó morir. Antes bien, su padecer fué tanto, que se puede con razón dudar si su vida tuvo más de vida ó más de muerte y prolongado martirio.

Esto testifican los ásperos cilicios, las sangrientas disciplinas, los ayunos y desvelos durmiendo siempre vestido en tan largos

viajes, las enfermedades que padeció sin cama, sin médicos, sin medicinas, sin otros regalos que los del cielo y las yerbas del campo, la persecución de los demonios, de los hechiceros y Mamalucos. Y si contamos entre sus tormentos todas las penas que por manos destos tiranos padecieron sus hijos, según lo del apostol. *Quis infirmatur & ego non infirmor?* habremos de concederle millares de títulos para la palma de mártir. Aunque le basta el haber llevado tantos años arriesgada la vida por la fe entre tantas bárbaras naciones.

No puede el hombre vivir sin algún consuelo, y quien tan desprendido estaba de todos los humanos, fuerza era que con todo ahinco suspirase por los divinos. Estos hallaba el V. P. muy seguros en el trato con Dios en el sacrificio santo de la misa que para él era un cotidiano y delicioso banquete en rezar con mucha ternura y devoción los dos oficios, mayor y menor de la Santísima Virgen, en el ejercicio de la oración mental, en que como al grande Antonio se le pasaban las noches enteras, y aun de dia,

á más de la hora de la mañana, que por obligación de regla tienen todos los de la Compañía, empleaba en ella todos los ratos vacantes de los ministerios con los prójimos. De suerte que la mortificación lo disponía para orar más atentamente, y en la oración cobraba nuevos bríos para más mortificarse. Así se dan la mano estas dos virtudes. Y aunque los rigores de la una tiraban en Antonio á enflaquecer las fuerzas y consumir la salud del cuerpo, todo lo reparaban los gustos que hallaba en la otra, pues muchas veces le sucedió entrar en la oración flaco y enfermo y salir della robusto y sano.

Desta fuente manaron los celestiales favores que recibió, el espíritu profético, el don de prudencia para gobernar las almas y encaminarlas por vías seguras á su último fin; la valentía y esfuerzo con que fiado de solo Dios acometía cosas árduas y se arrojaba á manifiestos peligros.

Mucho queda dicho de todos estos puntos en los libros pasados. Aquí solamente diré lo que le sucedió en la reducción de Loreto,

estando en su compañía los Padres Cristobal Portell y Vicente Badía, ambos de la observantísima Provincia de Aragón.

Un día, después de la oración de la mañana, tocaron á la puerta de su celda, salió el P. Antonio encendido el rostro como unas brasas; causóles grande admiración, y queriéndole hablar sobre cierto negocio, los interrumpió por dos veces, diciendo lo que él tenía más en el corazón.

—¡Ah, Padres míos! ¿Qué hacemos? ¿Cómo no amamos mucho á Dios?

En que conocieron cuán embriagado del divino amor salía de la cantina del Esposo Divino, y sin comunicarle por entonces, volvieron á sus celdas.

Fué enviado desta reducción de Loreto á la del Corpus el P. Cristobal Portell, halló en ella algún pan, que por milagro había venido de muy allende, y cuando llega alguno, por duro que sea, parece sabroso y tierno, y se lo reparten como pan bendito.

Envióle un pedazo al P. Antonio, y agradeciéndole el regalo, y estimándole más el afecto, le escribió los favores que comiendo

aquel pan había recibido en la mesa del Niño Jesús, con una visita y amorosa comunicación.

El P. Juan de Hornos afirma que lo vió una vez en la huerta encendido el rostro, los ojos clavados en el eielo y arrebatado de tierra como media vara, y hoy los indios cristianos de aquella reducción enseñan el lugar donde sucedió este rapto.

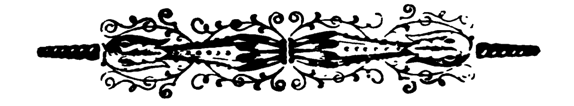
Otro caso refiere en sus advertencias el P. Josef Cataldino. Saliendo un domingo el P. Antonio de la oración de la mañana, es cribió un billete al Padre misionero que asistía en San Ignacio, avisándole excusase el trabajo de aparejar el sermón de aquel dia, porque él partiría luego á predicarlo.

Juzgó el Padre que tendría algún negocio que tratar con él y que queria valerse de la ocasión para excusarle aquel sermón. Llegó el P. Antonio á San Ignacio, fuese derecho al púlpito, predicó y luego dió la vuelta á su reducción de Loreto.

Admiróse el Padre; pero cesó su admiración cuando poco después llegó á pedirle confesión cierta persona bien necesitada de

remedio, diciendo que el Padre Antonio le habia clavado con sus eficaces razones el corazón y movídola á arrancar del atolladero de sus pecados, cuando más atascada en ellos y más olvidada del cielo y de su salvación. De donde se coligió que sin duda al P. Antonio le habia revelado el Señor la extrema necesidad de aquella y que solo ese fué el fin de su venida.





CAPÍTULO VIII

Funda de nuevo las reducciones de Loreto y San Ignacio en el río Yabebiri, y lo mucho que en esto padece.

Los varones tan grandes como un Antonio, no se ahogan en poca agua; antes bien á fuer de bajeles de alto bordo, necesitan de mucho fondo para navegar más seguros; y más viaje hacen en pocos días de tempestad que en muchos de calma y bonanza.

Mucho se adelantó nuestro apostólico misionero con aquella tempestad desecha de tribulaciones y calumnias que describimos arriba. Aunque combatido del furor de sus

ondas, bañado su espíritu en otro piélago en leche de consuelos soberanos, no dejó de la mano el gobernalle de aquellas dos reducciones.

Con todo cuidado y desvelo solicitaba el aumento espiritual y temporal de aquellos pobres indios, que por conservar la fe se habian desterrado de sus patrias y padecían en tierra agena grandes desdichas.

Trató de fabricar nuevas iglesias cuando ya gozaban alguna mayor comodidad por beneficio de las sementeras, habiendo ya calmado la enfermedad contagiosa. Buscó con toda diligencia sitios acomodados donde plantar las nuevas poblaciones, y hallólos á la medida de su deseo. A lo cual no poco le ayudó la gran caridad, celo y maña del gran siervo del Señor el P. Pedro de Espinosa.

Como para el remedio de la hambre que en el camino y recién llegados padecieron, habían vendido los pobres indios todo cuanto tenían, hasta los vestidos, alhajas y herramientas, hallábanse imposibilitados para fabricar sus chozas y prevenir materiales para

los templos. Con que el P. Antonio hubo de poner faldas en cinta y buscar arbitrios para proveer cantidad de hierro, que allí no se estima menos que la plata. Y para vestir su desnudez con decencia, dió traza, como de la ciudad de Santa Fe, que dista doscientas leguas de aquel parage, se llevase lana y algunas manadas de ovejas; así mismo hizo prevenir cantidad de algodón.

Para estos empleos vendió sus libros, sus alhajas y hasta la misma sotana y manteo, no dando ya á los pobres media capa como Martín, sino capa y vestido entero. Con todo á vista de una obra de tan apostólica caridad, no faltaron lenguas maldicientes que atribuyeron esta negociación, encaminada toda al socorro de los pobres, á propio interés y temporal ganancia del Padre y de sus compañeros, como lo dice el mismo Padre Antonio en el § 45 de su *Conquista*, por estas palabras:

«Ha sucedido que enviando á vender á los pueblos de los españoles mi manteo y sotana, concordancias y otros libros, hasta los cálices del altar y sagrados ornamentos para

comprar lana y algodón que hice traer de la ciudad de Santa Fe para vestir á los pobres indios, se hizo información que ocupábamos á los indios en nuestros tragines y aprovechamientos.

Pero como la inculpable vida de los Padres de la Compañía está ya tan hecha á despuntar flechas de calumnias semejantes, y la santidad del P. Antonio era tan conocida por grande, luego flaqueó la mentira en sus combates, porque constó con toda evidencia de la verdad con nuevo crédito del venerable y misericordioso Padre de los pobres cuando á estos los vieron vestidos y acomodados y á los misioneros desnudos y sin las alhajas necesarias para su casa é iglesia, pues como buenos pastores no van á desollar las ovejas, que si eso hicieran no fueran tan perseguidos de aquellos que pretenden engordar con su sangre; van al Nuevo Mundo arriesgando sus vidas para recoger las descarriadas y traerlas á las dehesas fértiles de la cristiana religión y bien apacentadas con sana doctrina y frecuencia de sacramentos, conducirlas á los apriscos del cielo.

Desvanecióse aquel falso rumor cuando se supo que el P. Antonio Ruiz había enviado al P. Pedro de Espinosa á la ciudad de Santa Fe á traer ganado, venciendo las dificultades grandes que se ofrecían en traerlo, ya por el río en embarcaciones, ya por anegadizos y pantanos y perdiendo la vida dicho Padre en esta obra de tanta piedad á manos de los infieles indios Caracaras, que están en el camino, de cuyo martirio hace honorífica mención el V. P. Juan Eusebio Nieremberg en su tomo IV de los *Varones ilustres de la Compañía*, en la vida del religiosísimo Padre Agustín de Espinosa, su hermano.

Algunas cosas singulares sucedieron en la muerte deste ilustre martir de la fe y de la caridad. La primera refiere el P. Antonio en el § 44 de su *Conquista*.

«En la misma noche, dice, que le mataron, apareció á un grande amigo suyo y ayudante en la conversión de los indios, y le dijo con alegre semblante:

—Ea, hermano, quedaos con Dios, que yo me voy á descansar en el cielo.

A otro amigo del Padre manifestó Dios

dos días antes el peligro en que estaba, y el mismo día en que le mataron se lo reveló también, y aun el género de muerte con que le quitaron la vida, estando muchas leguas lejos del lugar de su martirio.»

Aunque no dice los nombres de las dos personas á quienes se hicieron estas revelaciones, la primera se hizo al hermano Mateo Fernández, natural de la ciudad de Villa Rica, y no lo nombró porque aún vivía cuando escribió aquel libro el cual había sido su compañero mucho tiempo en las provincias del Tayaoba; y como buey manso y sufrido ayudádole mucho á la roza y barbecho de aquellos jarales de la inculta gentilidad, hasta que después fué muerto y ofrecido á Dios en grato sacrificio con el Santo Martir el P. Pedro Romero por los Chiriguaras, gente belicosa y feroz.

El amigo á quien reveló Nuestro Señor la muerte antes que sucediese, y el linaje con que se la dieron, fué el mismo P. Antonio Ruiz, que había salido á buscar qué comer para los indios retirados, mientras se sazonaban sus sementeras.

Lo que yo puedo referir, como testigo de vista, es que, hallándome á la sazón en dicha ciudad de Santa Fe, comuniqué familiarmente al bienaventurado P. Pedro de Espinosa, cuando estaba pasando allende del río las ovejas que había comprado, y le oí de su boca muchas veces, que Nuestro Señor le daba á entender había de morir en aquel viaje.

Y fué caso bien raro el que sucedió por este mismo tiempo, como apuntamos arriba, pues sudó una imagen de pincel de la Purísima Concepción, que está en aquel Colegio de la Compañía de Jesús, en el altar de los Congregantes, con tanta abundancia, que se empaparon muchos algodones en aquel prodigioso sudor, como constó por auténtico testimonio, y con él se curaron muchas enfermedades. Que parece quiso dar á entender la Emperatriz de los cielos, cuán á su protección estaban aquellos apostólicos Padres misioneros y lo que eran gratos á sus ojos, pues en la muerte violenta de uno, hizo en su imagen tal extremo de sentimiento.

Continuando el P. Antonio Ruiz la nueva

fundación de Nuestra Señora de Loreto, molido del continuo trabajo, adoleció de unas ardientes calenturas; túvolas por regalo, como venidas de la mano del Señor.

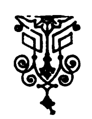
Estando una noche muy apretado de sus accidentes, se le apareció Cristo Señor Nuestro en compañía del Patriarca San Ignacio, el cual se le mostraba con semblante algo severo, cuando el Señor lo mostraba harto apacible. Preguntó el Salvador á Ignacio por qué no decía alguna razón de consuelo á aquel soldado de su Compañía. Entonces el Santo, señalando á Antonio con el dedo, le dijo á Cristo:

—Este, Señor, ¿es de tu Compañía?

Dióle una grave reprensión por una falta, al parecer leve, y era que, con el ardor de la fiebre, tenía un pie descubierto contra la regla, que dice: «Ninguno duerma abierta la ventana, ni sin camisa, ni descubierto, siendo así que la regla no obliga aun á pecado venial.»

Este caso se halla en sus Apuntamientos, y el P. Francisco de Aguado, sabida su muerte, lo escribió desde Madrid, diciendo lo ha-

bia contado á los PP. de la Octava Congregación, ponderando cuán delicadas son las cosas del espíritu y lo que los santos fundadores sienten no se observen exactamente sus reglas, pues hizo reparo el Patriarca San Ignacio en la falta de una tan ligera, en un enfermo abrasado de calenturas, y en el retiro de su aposento.





CAPITULO IX

Adelanta mucho el aprovechamiento de los indios en virtud y devoción, con la Congregación de la Virgen que funda en sus pueblos.

Después de cuatro años de un pesado mareamiento y penosos cuidados y fatigas que padecieron los indios desterrados en fabricar sus casas y disponer las sementeras necesarias para el côngruo sustento de la vida, trató luego el P. Antonio con grande fervor de adelantarlos en todo género de virtudes y cristiana perfección. Y conociendo por experiencia ser la más eficaz entre todas la devoción de la Santisima Virgen, fundó la Con-

gregación con título de esclavos desta gran Señora.

Para esto escogió doce, como piedras fundamentales, de los más ejemplares y devotos, para despertar en los demás una santa emulación y deseos de seguir sus pisadas é imitar sus ejemplos. Dióse principio con mucha solemnidad y regocijo, cantóse una misa con sus voces y músicos instrumentos, que, como los cautivos de Babilonia, habían tenido colgados de los sauces de aquella ribera.

Comulgaron los nuevos congregantes con edificación de todo el pueblo; ocupábanse en ejercicios de piedad y devoción en que hasta hoy perseveran: Rezan el Rosario todos los días y lo llevan pendiente al cuello, divisa de su honrosa y voluntaria esclavitud.

Acuden muy puntuales todos los domingos á oir la plática ó conferencia espiritual, creciendo en sus corazones la estimación de la virtud y cristiana policía. Confiesan y comulgan por lo menos una vez al mes, y muchos cada semana. Visitan los enfermos y socorren con buenas limosnas á los necesitados. Cuando los ven de peligao les asisten,



y después de muertos los acompañan á la sepultura, y les hacen sus exequias y honras, levantando en la iglesia arcos triunfales y esparciendo en el pavimento varias flores con tanto aseo como pudiera el más curioso y devoto sacristán.

Por medio destas Congregaciones han entrado muy ricas de méritos innumerables almas en el cielo, y de la insigne virtud de muchos congregantes se pudieran contar raros ejemplos. Todos confiesan haber sido estas dos reducciones dechados de todas las de los indios, y deberse todo á la solicitud del P. Antonio Ruiz.

Bien lo manifestaron cuando les llegó la nueva de la muerte dichosa de su amado Padre, como lo testifica el P. Comental, cura de Loreto, á quien los indios decían con tierno sentimiento:

—Padre, el P. Antonio Ruiz fué santo, como todos los santos de quienes predicais en sus fiestas. Su cuidado todo era de convertir almas, y de sí no lo tenía. Todo cuanto él nos profetizó se ha cumplido puntualmente.

Con este concepto y estimación que tenían de su santidad, se les imprimían sus palabras en los corazones y hoy se acuerdan de su doctrina y consejos, como si actualmente los estuvieran oyendo de su boca. Con esto eran muchos los que después de congregantes no cometían pecado mortal y apenas se les hallaba materia nueva en sus confesiones para la absolución. Y en materias de espíritu, en desengaños de la vanidad de los bienes del mundo y aprecio de los cielos, hablaban y discurrían tan altamente como varones muy provectos y experimentados.

Algunos casos refiere el P. Antonio en su libro, que confirman lo dicho. Vivía un indio congregante muy afligido con algunas dudas acerca de lo que enseña la fe del purgatorio y de las penas que en él padecen las almas para entrar purificadas en el cielo. Un día en que se vió más combatido desta tentación, se le aparecieron dos personajes de aspecto hermoso, vestidos de blanco, que parecían ángeles, y sin duda lo eran, que hasta en el hábito gustan mucho de la candidez. Estos le dijeron venían á enseñarle el pur-



gatorio y lo que en él se padece. Lleváronlo consigo, y metiéndolo en una grande hoguera, le dijeron:

—Solos cinco días te has de abrasar en este fuego, y pasados ellos, volveremos á sacarte dél.

Vióse el pobre indio revestido de llamas que le hacían estrellar los gritos en el cielo. Padeció algún tiempo aquel tormento, y juzgó que le habían engañado en la duración, y querellóse de que no le cumplían la palabra que le dieron, porque juzgaba había ya años que ardía en aquellas llamas.

Visitáronle los santos ángeles, y dijéronle que en él estaba el engaño, pues no había estado en ellas sino medio cuarto. Y que por allí entendería el rigor excesivo de aquellas penas, que aunque no son eternas, en lo demás émulas de las que en el infierno padecen los condenados. Con esto quedó bien enseñado de lo que debía creer en este artículo de la fe.

Otro congregante acudía con todo cuidado y puntualidad á los ejercicios de la Congregación y á recibir por suerte el santo de los



que se sacan al principio de cada mes, y los guardaba como reliquias en una bolsilla pendiente del cuello, con un pedacito de pasta de *Agnus* y la protestación de su esclavitud.

Hallándose un día en la fragua, por descuido se le cayó la bolsa en medio de los carbones encendidos. Cuando echó menos sus reliquias, ya vió quemarse la bolsa en el fuego, sacóla con presteza, y halló que aunque en lo exterior se quemó la bolsa, tuvo respeto el fuego á lo que había dentro, y ni derritió la cera del *Agnus Dei*, ni quemó alguno de los papeles, de lo que quedó atónito y muy confirmado en su devoción.

De otra india, dice el P. Antonio en el § 40 de su *Conquista*, que siendo cautiva de los tiranos de San Pablo en la costa del Brasil, codiciosa de su libertad, echó á huir por desiertos poblados de fieras. Aportó á Loreto, diciendo se venía á salvar. Comenzó á entrar por el camino del cielo con grande aliento y fervor. Pidió ser admitida entre las Esclavas de la Virgen, y lo consiguió con las muestras que daba de buena cristiana.

Una de las leyes que observaban era que



había de preceder riguroso examen del catecismo, antes que se diese licencia para llegar á la sagrada Comunión.

Y como los examinadores la hallaron no bien instruída en tres ó cuatro puntos, la reprobaron. Fué tan grande el sentimiento que tuvo la buena india, que cayó enferma. Supo el P. Antonio la rigurosa sentencia de los jueces, y como tenía muy bien conocida la pureza de su alma, le mandó se dispusiese para comulgar. Tuvo tanto gozo con esta nueva, que no aguardó le llevasen el viático á su casa, sino que desalada como sedienta cervatilla se vino á la iglesia; en ella recibió el viático y luego murió; pero aunque estuvo algunas horas separada su alma del cuerpo, como aseguraba ella misma, resucitó por la intercesión de la santísima Virgen, y dijo que dentro de cinco días había de morir segunda vez, que le llamasen al Padre, en ocasión que sólo estaba el P. Agustín de Contreras, por haberse ausentado el día antes el P. Antonio Ruiz.

Acudió el P. Agustín, admirado del prodigio, y apenas llegó donde estaba la india re-

sucitada, cuando ésta con grandes ansias le dijo tenía mucha necesidad de consuelo. Creyó se querría confesar. Respondió que no pedía el Sacramento de la penitencia, sino el del bautismo.

Causóle mayor maravilla que una india, buena cristiana y congregante, quisiese bautizarse otra vez. Tocó á reconsejo, y después de haberlo considerado bien y suplicado al Señor le alumbrase para lo que debía hacer, juzgó no había causa para reiterar el sacramento del bautismo; pero por sí acaso ella le daría más luz, preguntóla de nuevo cómo era posible que no estuviese bautizada, y si lo había sido, qué razón podía tener para pedir el bautismo.

Respondió que ninguno de los Padres sus compañeros la había bautizado, y que aunque Pay Berán le había echado el agua, tenía necesidad de bautizarse otra vez. Con esta respuesta creció la perplegidad en el ánimo del piadoso y prudente cura, y con deseo de acertar, comunicó el caso con el P. Simón Maceta, que estaba en la reducción de San Ignacio. El cual luego dió en la cuenta

porque el ministro Pay Berán, que ella decía le había echado el agua, era un sujeto díscolo de cierta religión que andaba fugitivo, y no sabiendo la lengua para catequizarlos, ni haciendo capaces del sacramento á los que lo habían de recibir, lo había administrado á algunos, á los cuales, por esta razón *sub conditione*, habían bautizado de nuevo; y que así, era de parecer condescendiese con los ruegos de aquella enferma.

Con esto se quietó el P. Agustín de Contreras; fué á la india, dijóle lo que había resuelto, de lo que ella se consoló mucho. Bautizóla en la forma dicha, dióle el Viático. Y todo el tiempo que vivió, lo empleaba en predicar á los Indios; decía que quisiera tenerlos presentes á todos para significarles de parte de la reina de los cielos cuán grande gusto tenia con la vista de sus esclavos congregantes á los cuales amaba como á muy queridos hijos.

Dióles larga cuenta de todo le que le había sucedido, y como luego que su alma salió del cuerpo fué llevada á ver el horrendo calabozo del infierno, donde los condenados

padecen espantosos tormentos. Que en él vió á algunos de los que en la vida había conocido, que padecían varias y muy terribles penas; éstas pintaba con tanta viveza y propiedad, que hacía temblar á los oyentes.

Luego, dijo, la llevaron al cielo, donde los bienaventurados gozan el premio de sus buenas obras. En medio de todos ví á la emperatriz de todo lo criado, cercada de resplandores, y en su compañía á muchos congregantes, con ricas y vistosas libreas, los cuales habiéndome conocido se acercaron á mí y me dieron muchos parabienes de que yo lo fuese, y que dentro de pocos días iría á descansar con ellos en aquel palacio soberano.

Al quinto día, como lo había dicho, volvió á morir con su cruz y rosario en las manos, asistida del Padre y de los congregantes, afirmando agradecida, que por intercesión de la Virgen, á quien cada día con toda devoción rezaba el rosario, había recibido aquella merced tan singular de volver á la vida para recibir la gracia del santo bautismo. Quedó su cuerpo sin más mudanza después de muerto,

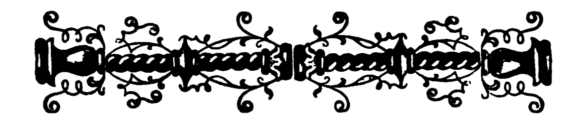
que si estuviera vivo; antes parece que se le alegró el rostro con los colores tan vivos, que nadie la juzgara difunta.

Después de nueve meses, para enterrar á otra, se abrió su sepultura, y se halló el cadáver entero, sin rastro de corrupción ni mal olor.

Cuando el P. Antonio Ruiz tuvo noticia de todo el suceso, pidió el rosario de la difunta, aplicólo á un enfermo de peligro y cobró prontamente salud. Fué grande el fruto que hizo este milagro, pues todos los del pueblo se fervorizaron mucho en la devoción de la santísima virgen. Y se aseguró la salvación de algunas almas, cuyos bautismos estaban en la misma contingencia.







CAPÍTULO X

Es el P. Antonio electo de nuevo en Superior de las reducciones del Paraná, Uruay y Tape. Nuevas pruebas de su invicta paciencia.

Bien conocida á pruebas repetidas de finísimas piedras de toque la virtud y santidad del apostólico Padre Antonio, resolvieron los Superiores nombrarlo superintendente de las 26 reducciones que había en el Paraná, Uruay y Tape.

Comenzó su gobierno con la misma vigilancia y celo que descubrió en las del Guayrá.

Creció el cuidado y tormento de su cora-

zón. Viendo se acercaba ya el tiempo en que Dios le había revelado la venida de los tiranos Mamalucos á ejecutar en ellas los incendios, robos, sacos y crueldades que en las del Guayrá.

Acudía á Nuestro Señor, suplicándole con lágrimas librase aquellas sus ovejas de las garras de lobos tan carniceros. Con este recelo visitó las reducciones, consultando el modo que podría haber para resistir al ímpetu furioso de aquellos enemigos. En este tiempo le sucedió lo que cuenta en el § 43 de su *Conquista*, de una alma que Dios tenía predestinada por su medio.

«Caminamos, dice, dos sacerdotes á visitar un pueblo. Alejámonos por un desierto bien fatigados. No podíamos dormir por una grave inquietud, y así resolvimos de proseguir nuestro camino de noche, porque era llano, y la luna favorecía. Amanecimos á vista del pueblo, habiendo caminado toda la noche sin cansancio ni tropiezo alguno.

Antes de llegar al lugar nos salieron á recibir algunos de sus moradores. Pregunté si había enfermos. Respondieron que no, que

sola una vieja había muerto el día antecedente y que trataban ya de enterrarla. Llegamos al pueblo, pregunté por la casa de la india difunta; dijéronme excusase el trabajo porque ya era muerta.

—Vamos, dije, y le diré un responso.

No fué esto acaso, sino con especial impulso del cielo. Entré en la casilla, tan lóbrega, que no se podía ver cosa alguna en ella.

—¿Dónde está la muerta? dije con voz alta.

Respondió ella misma:

—Padre, aquí estoy, y no muerta, á Dios gracias, sino viva, porque le estoy esperando para confesarme.

Confeséla con harto consuelo suyo y mío, y acabada la confesión perdió el habla y rindió el alma á su Criador, que tanto estima las que redimió con el costoso precio de su sangre.»

Dentro de breves días tuvo aviso que las banderas enemigas habían llegado á las riberas del río Tibiquari, poco distante de las reducciones, y que habiéndose fortificado

allí y formado su ladronera para recoger las presas, comenzaba á hacer cruel guerra.

Continuaban los avisos de las espías, cómo se venía acercando, y cómo el peligro era tan manifiesto y el temor fundado en lo que tenía profetizado el P. Antonio; como los pueblos estaban apartados unos de otros, y no se podían socorrer, ordenó se retirasen sobre los ríos del Paraná y Uruay. Creció su dolor sabiendo que habían acometido la reducción de Jesús María y llegado á la Candelaria. Entonces le pidió al Padre el billete que cinco años antes le había escrito, previniendo la presente calamidad como se dijo en el capítulo III de este libro.

Resolución muy prudente de los indios que se retiraban fué quemar sus casas y chozas en señal de que no habían de volver más á ellas; y para que el enemigo no hallase despojo alguno ni comodidad de alojamiento. Asimismo, perque el cariño de lo que dejaban no les solicitase la vuelta al peligro de que huían. Mandó el P. Antonio que fuese la quema general, sin perdonar ni á su casa ni aun á la de Dios, habiendo sacado las imá-

genes y cosas sagradas, pues menos mal era abrasarla con buena intención y reverencial sentimiento los amigos que dejarla para que sacrílegamente la profanasen los enemigos, como lo habían hecho con otras del Guayrá por venir en el ejército Mamaluco muchos inficcionados con varios herrores y heregías.

Algunos, ó maliciosos por émulos de la santa Compañía de Jesús, ó ignorantes de que este remedio era forzoso y preciso, y de los avisos del cielo que tenía el P. Antonio de lo que había de suceder, comenzaron á motejarlo de nuevo, burlando de sus revelaciones y poniendo dolo en su irreprensible vida; pero el tiempo, gran maestro de desengaños, descubrió la verdad y los aciertos del Padre, y que si no se hubiera ejecutado con tiempo la retirada de aquellos indios, todos hubieran perecido sin remedio, porque el enemigo fué caminando con sus batallones hasta la última reducción de San Nicolás de Piratini, que también se retiró, y no quedó pueblo alguno de la parte de allá del Uruay., como el P. Antonio tantos años antes lo había profetizado.

No fueron menores los trabajos de los Padres Misioneros en esta retirada que en la del Guayrá, padeciendo las mismas crueldades, robos y cautiverios de cuantos pudieron haber á las manos, particularmente en la reducción de Jesús María, donde por la defensa de sus ovejas mataron aquellos infernales lobos á su pastor, que era el P. Diego de Alfaro, varón de excelentes prendas, de quien hace honrosa conmemoración el P. Eusebio en el tomo IV de los *Varones ilustres*. Grande fué la insolencia é impiedad destos tiranos del Brasil, hasta que ayudados de Dios nuestros indios, y obligados del amor de la libertad á tomar las armas y arriesgar por defenderla las vidas, formaron ejército para hacerles oposición, y en varias escaramuzas que tuvieron con ellos los desbarataron y metieron en huída, con que cobraron nuevos bríos y vinieron á perderles el miedo; acometieron valerosos á sus mismos fuertes y palizadas donde tenían la presa, y se la quitaron, y por despojos de sus victorias trujeron gran cantidad de argollas, de collares, de grillos, esposas, cadenas y lazos que habían ellos pre-



venido para llevar seguros á su Argel los indios prisioneros y hoy los guardan por trofeos de su victoria.







CAPÍTULO XI

Viene á la Corte á querellarse á Su Majestad y su Real Consejo de Indias de las extorsiones que hacen á los indios los mismos vasallos de su real corona.

—

Concurrieron en este tiempo á capítulo provincial, que se celebró en Córdoba de Tucumán, los Padres más graves de aquella apostólica provincia, y considerando con justo y vivo sentimiento los irreparables daños que las fieras tropas Mamalucas, compuestas todas de hombres facinerosos, impíos y tolerados ladrones habían hecho en aquella florida cristiandad y lo que amenazaban ha-

cer en las demás reducciones que iban formando con inmensos trabajos los celosos misioneros de la Compañía de Jesús habiendo elegido por procurador para Roma al P. Francisco Díaz Taño que hoy está ejerciendo segunda vez el mismo oficio en la corte del rey católico, juzgaron por necesario viniese en su compañía el P. Antonio Ruiz, para que pudiese, como testigo de vista, representar al rey nuestro señor y á su real Consejo de Indias las hostilidades de los salteadores Mamalucos, suplicando á Su Majestad mandase proveer á un mal tan grande socorrido remedio, lo que los Padres Simón Maceta y Justo Mansilla no habían podido alcanzar de los gobernadores del Brasil, por ser cómplices interesados en aquellos latrocinios.

Y que para mayor abono de su informe los trujese auténticos de los ilustrísimos señores D. Fray Cristóbal de Aresti, obispo de Paraguay y D. Fray Melchor Maldonado Saavedra, obispo de Tucumán, de los gobernadores de aquellas provincias y de otros ministros desinteresados y otras

personas graves y celosas del servicio de ambas Majestades, divina y humana, pues las dos se hallaban gravamente ofendidas con las tiranías de los Brasiles. Hallóse en esta congregación provincial el P. Antonio Ruiz, y desde allí partió á Buenes Aires, donde había de hacerse á la vela.

Partió del colegio de Córdoba en compañía del Padre Provincial y del Padre Procurador General, y en los desiertos de aquel largo camino pudo tender las velas á su devoción, gastando en oración fervorosa la mayor parte del día, con que en éste le hizo Nuestro Señor las mismas visitas y favores que en otros viajes.

Llegó al colegio de Buenos Aires, donde una noche durmiendo vestido y cubierto con una pobre manta le acometió el demonio, echándosele á cuestas, como otras veces solía. Y así fué fácil conocer, aunque á oscuras, al enemigo, y particularmente por los efectos de feas y horribles representaciones á la casta fantasía, las cuales, como experto capitán en estas luchas, rebatió con facilidad, diciendo á voces:

—Déjame, traidor, que mi cuerpo y alma, mis potencias y sentidos, todo es de mi dueño soberano y de la reina mi señora, su madre Purísima, á quien me consagré para perpetuo esclavo, con que no puedo disponer de lo que ya no es mío.

A esto le respondió el demonio:

—¿Para qué te matas por esta mujer? ¿Qué razón tienes para quererla tanto?

Y como no lo pudiese sacudir de sí, pronunció la oración del *Sub tuum prœsidium*, é hizo esfuerzo para levantarse y acogerse á la fortaleza del Santísimo. Con qué corrido se retiró el contrario, arrojando de su sucia boca palabras torpes, asquerosas y horribles.

Embarcáronse en aquel puerto los dos Padres Antonio Ruiz y Francisco Díaz Taño, Procurador general, y con próspera navegación llegaron al río Genero. En el colegio que en aquella ciudad tiene la Compañía, fué de grande edificación su religiosa vida, su observancia regular, su modestia y recogimiento, y el ejercicio de todas las virtudes,

ó en su celda en oración ó en presencia del Santísimo Sacramento.

Con la opinión grande de su santidad, le pidieron predicase en la fiesta de la Asunción; previniendo el sermón dos días antes, oyó una voz que le decía:

—Predica algo contra los agravios que hacen á los pobres indios.

Cautelóse no fuesen estas voces del mal espíritu, y que éste no pretendiese irritar los ánimos de los ciudadanos que por la mayor parte estaban encartados en aquel crimen. Encomendó muy de veras el negocio á Dios en la oración, y Su Majestad le dió á entender había sido suya la voz, y que quedaría servido de que la obedeciese.

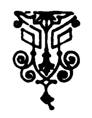
Con esto engastó en el discurso una modestia invectiva contra los que atropellando leyes humanas y divinas arrastrados de su interés, impedían la conversión de los gentiles, molestando y cautivando á los que se hacían cristianos, en lo que mostraban menos celo de su ley que los turcos de la suya, pues estos en Berbería á los que dejan la fe, de esclavos los hacen libres, para animar á

los demás cautivos con el honor y premio de su libertad, y ellos á los que siendo libres voluntariamente se habían hecho cristianos, los traían forzados á una miserable servidumbre. Ponderó mucho lo que Dios siente y castiga semejantes injusticias, pues muchas veces por ellas *transfertur Regnum de gente ingentem*, quita los reinos á unas naciones y pone á otras la corona.

Díjolo con tanto fervor, que muchos de los oyentes se compungieron, y hallándose con las conciencias cargadas confesaron aquel pecado, con resolución firme de no contribuir más á aquella infame granjería, dando luego libertad á muchos indios que tenían como esclavos en cautiverio triste.

En esta ciudad hallaron varias informaciones que habían hecho algunos del gobierno, más celosos en la honra de Dios y servicio del rey, con deseo se castigasen y atajasen tan atroces maldades y tan en descrédito de la cristiana piedad. Entre ellas, una que hizo D. Pedro Esteban de Avila, pasando por allí á su gobierno de Buenos Aires el cual vió por sus ojos con harto sentimiento ven-

derse en la plaza del río Genero los indios cristianos, como pudieran en la de Túnez ó Argel. Todas las recogió con mucho cuidado el P. Antonio, y juntas con las que traía del Paraguay, hicieron mucho al caso para solicitar el remedio de aquellas pobres naciones.





CAPÍTULO XII

Parte del río Geneiro, llega á Lisboa, pasa á Madrid, y algunos sucesos de mar y tierra.

Seis meses se detuvieron en el río Geneiro aguardando la flota de los navíos. El celo ardiente de la salvación de las almas, no le permitía al Padre Antonio estar ocioso. Ocupó buena parte deste tiempo en una misión que hizo en un pueblo de indios con tanto consuelo y fruto de los moradores, que sin saber los empeños de su viaje desearon tenerlo más de asiento consigo. Concluida la misión, díjole un dia á Nuestro Señor:

—Dios mío, y bien mío, si en esta misión

te hubiese dado gusto, esto estimaría yo más que cuanto tiene el mundo.

Aquí oyó una voz que le decía:

—Si ese deseo no tiene un religioso en todas las obras, ¿qué tiene de religioso?

Hízose á la vela, y para vivir también ocupado en el mar, como lo había estado en tierra, tomó muy á su cargo la enseñanza de la doctrina cristiana á los pasajeros, marineros y grumetes. Representábales con eficacia las grandes obligaciones que los cristianos tienen de amar á Dios con todo su corazón, de guardar sus santos mandamientos; las dichas de los que viven en gracia y el desatino de los que sola una noche se atreven á dormir en pecado mortal; los peligros que corren de eterna condenación los que en él viven, particularmente los navegantes que tan arriesgada llevan la suya, pues no distan de la muerte más que lo que tiene de recia la tablazón del navío.

No fué el empleo menos glorioso de su celo y caridad componer los pleitos y discordias, que son muy ordinarias entre los navegantes, que á cada paso, con cualquier

aire se alteran con más facilidad que las ondas del golfo que navegan. Y si para dos discordes es angosto el mundo, ¿qué hará la discordia desatada furia en los estrechos límites de una nave?

Fuerza es, para conservarse en paz, que cada uno de los que pendencian pierda parte de su derecho. Y para conseguir esto, es necesario gran caudal de prudencia y mucho peso de autoridad.

Nada le faltó al P. Antonio, con que pudo terciar angel de paz entre los mal avenidos. Amotináronse en el navio en que iba el P. Antonio algunos mal contentos contra el capitán, y de las palabras vinieron á las obras; echaron mano á las espadas contra él, y á estocadas lo retiraron al camarote de popa, donde fué harto librarse de sus puntas.

No podía ser socorrido de las otras naves, por ser tarde y los mares inquietos, los vientos furiosos y encontrados. Acudió, como solía, á la oración, suplicó á Nuestro Señor calmase en el mar el viento y la cólera en los enemistados, porque no pereciese el capitán en aquel motín. Todo lo alcanzó, porque de

repente bonanzó el alterado mar; pudo pasar gente de otros navíos á hacer las paces y á componer la contienda.

Otro lance se le ofreció de mayor peligro en que se conoció más lo que todos veneraban la persona del Padre Antonio y la opinión que tenian de su santidad; porque no fué ya la lid entre los navegantes de un bajel sino entre los mismos navíos de la armada.

Negaron los demás la sujeción al almirante; ya estaban á pique de un grande rompimiento, y á punto para jugar unas contra otras la artillería y cada una seguir el rumbo que se le antojase sin dependencia ni subordinación, que fuera dividirse para perderse, pues yendo unas en conserva de otras, todas navegaban más seguras de corsarios, y más dispuestas á favorecerse en cualquier accidente de mar. Supo el Padre el peligro en que se hallaban; arrojóse en un batel y con él abordó á la capitana, donde estaba el almirante D. Rodrigo de Aranda, y lo exhortó á la paz con tan eficaces razones, que quietó su ánimo y lo redujo á que uniese las naves divididas, con que prosiguieron

todas de conserva con mucha unión, hasta que salvas entraron por la barra de Lisboa, reconociendo todos al P. Antonio, después de Dios, por autor de aquella felicidad.

En esta gran ciudad estuvo algunos días continuando con increible constancia los ejercicios de su oración, mortificación, ayunos y penitencias con grande edificación de aquel numeroso y observantísimo colegio que admiró en su vida la de un apóstol del Nuevo Mundo. Aquí se apartaron los dos carisimos compañeros de tantas y tan largas peregrinaciones, que no fué para los dos materia de poco sentimiento.

El P. Francisco Díaz Taño partió para Sevilla, á donde le llamaban los negocios de su procura general. El P. Antonio tomó la vía de Madrid, y como era tiempo de calores excesivos, adoleció de unas ardientes calenturas.

Apretáronle en una venta y hallando ya todos los aposentos ocupados de otros pasajeros le fué fuerza acogerse á un rincón y le sirvió de grande consuelo el acordarse que su Divino Señor lo hizo en Belén á un esta-

blo. *Quia non erat ei locus in diversorio.* Hallándose aquella noche muy fatigado de la fiebre, y sin poder dormir, oyó unos suspiros tristes que parecían de algún agonizante, y que los asistentes le decían á voces:

—Amigo, mire que se muere, diga Jesús en su corazón.

Y como Antonio era todo de la caridad fraterna, y nada de su propio amor, olvidando sus males, corrió luego á ver si podría remediar el ageno. Halló á un moribundo que acababa, sin sacerdote que le absolviese y que un solo mozo de mulas le ayudaba á bien morir con aquellas voces.

Llegó el Padre, dióselas más á sazón, abrió con ellas el enfermo los ojos, y cuando vió á su cabecera un religioso de la Compañía juzgó que era un ángel que Dios le enviaba con especial providencia, para la salvación de su alma. Concedió el mal las treguas suficientes para confesarlo despacio, y dada la absolución, rindió el alma.

Volvió á su rincón muy consolado de haber despachado al cielo aquella alma, y para curar él su dolencia, no teniendo otro mé-

dico ni medicina en aquella venta desamparada, imploró el favor de su gran Patrona la Santísima Virgen y de su Padre San Ignacio, y luego los vió á los dos á su lado que le dieron á entender no estaba tan solo como pensaba. Con esta celestial visita se sintió libre de la calentura y pudo proseguir su viaje, aunque tan fatigado, que en llegando á Madrid hubo de hacer cama algunos días, edificando á todo aquel colegio imperial con su paciencia y santa conversación.

Habiendo reparado algo las fuerzas, luego salió al despacho de los negocios graves que traía á su cargo y pedían pronto el remedio.







CAPITULO XIII

Hace relación al rey católico y á su real Consejo de Indias de los agravios que se hacen á los indios, vasallos de Su Majestad.

La primera diligencia que hizo fué dar á la estampa un memorial muy bien sustanciado, en que se contenía lo que Dios obraba en la conversión á la fe de aquellas naciones bárbaras de las provincias del Paraguay y las muchas que se reducían á la obediencia de la Iglesia y de Su Majestad.

Los asaltos, invasiones y crueldades que ejecutaban en ellas los de la costa del Brasil y con su mal ejemplo otras ciudades comarcanas de la gobernación del mismo Para-

guay. Alcanzó audiencia, y púsolo en las manos del piadoso monarca, representando los medios más prontos y eficaces, con tal energía y santo celo, que hizo Su Majestad particular reparo en el sujeto, y más con las palabras que en una destas audiencias le dijo ó profeta ó sabidor del alzamiento de Portugal:

—Señor, suplico humildemente á Vuestra Majestad sea servido de abrir con tiempo los ojos, porque los portugueses intentan quitarle una de las piezas de su Real corona.

Ciñó los puntos más importantes en dicho memorial, que es en la forma que se sigue:

«Señor, los remedios más socorridos para acudir á atajar los males que el P. Antonio Ruiz de Montoya, de la Compañía de Jesús, propuso en su Memorial impreso, contra los vecinos de San Pablo, son los siguientes:

1. Que V. M. mande se guarde la ley que se hizo en Lisboa, á 10 de Septiembre de 1611, la cual manda que ningún indio pueda ser esclavo, agravando las penas.



2. Que se pida á Su Santidad confirme las Bulas de Paulo III y Clemente VIII, que dicen que ningún indio pueda ser esclavo, agravando también las penas y censuras.

3. Que V. M. mande que el cautivar indios sea caso de inquisición por las causas que decimos en el Memorial largo, y que se envie y nombre comisario.

4. Que el gobernader del río Geneiro tenga jurisdicción sobre las Villas del Sur; San Pablo, San Vicente, etc., al modo del gobernador general, porque hoy no la tiene, sino para remitir las causas á la Bahia, y así perece la justicia.

5. Que la administración espiritual que hoy es, sea obispado con poderes de nuncio apostólico, para que reprima á los religiosos que causan tan graves males.

6 Que el obispo, comisario y gobernador, por lo que á cada uno le toca, con graves penas prohiba las embarcaciones que van á cautivar indios.

7. Que de aquí adelante no destierren indios ni otros delincuentes al Brasil que comunmente los destierran allá y como es

tierra que confina con el Paraguay, y hay caminos muy trillados, han pasado muchos, de que somos testigos, de treinta años á esta parte los cuales con porfía tratan de entregar aquellas Indias á los rebeldes.

8. Que V. M. mande se dé plena libertad á los indios, hombres y mujeres que padecen horrible cautiverio. Y que se envíen á Buenos Aires, que es viaje de quince ó veinte días á costa de los que los tienen, que puestos allí ofrezco en nombre de mi provincia restituirlos á sus patrias, aunque se vendan los cálices y ornamentos.

9. Que el obispo y comisario, con descomuniones, obliguen á manifestar los indios, y que esta descomunión comprenda á los que no denunciaren á otros.

10. Que sean castigados los culpados y justicias que han consentido estas maldades para que con esto se desagravie el santo Evangelio, que ha sido infamado entre los gentiles y cristianos recién convertidos.

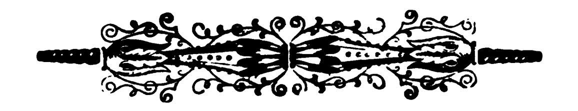
11. Que los indios que se hallaren no tener en sus tierras pueblos ni deudos, ni á quien llegarse, se pongan con libertad en las

aldeas de indios que están en el río Geneiro.

12. El último, del cual pende el buen asiento de todo, es que V. M. sea servido de enviar persona grave y celosa del servicio de Dios y del de V. M. con mano armada de gente que asista al obispo y comisario, porque en aquellas Villas parece que no reconocen á V. M. por señor, y reciben con mosquetes y cuerdas encendidas las cédulas reales y no las obedecen ni ejecutan.

De todo lo cual se conseguirán dos cosas. La una, la libertad de tantos hombres que en sus mismas tierras cautivan y los venden y compran. La otra, que V. M. asegurará los reinos del Perú que con tanto conato procuran entregar á los rebeldes, y ya el camino está abierto desde San Pablo hasta los confines del Potosí. Y protesto que mi intento no es muerte de alguno ni efusión de sangre.»

Hasta aquí el Memorial deste varón apostólico. En este tiempo compuso el libro de la *Conquista espiritual*, que tantas veces se cita en esta historia.



CAPÍTULO XIV

Por súplica del P. Antonio Ruiz manda Su Majestad despachar algunas Cédulas para remedio de los daños que los indios padecen.

Con gran cuidado atendió siempre el rey nuestro señor y su Supremo Real Consejo de Indias á la protección y defensa de los indios, aplicando los medios más eficaces para el desagravio de las estorsiones é injurias que padecen contra toda piedad, razón y justicia, encargando apretadamente á los virreyes, prelados y gobernadores el amparo de los nuevos vasallos, que por haber dado voluntariamente la obediencia, sin otras

armas que las de la predicación del Evangelio, tiene Su Majestad en las niñas de los ojos; y parece que está diciendo á sus ministros lo que el Rey de los reyes á sus apóstoles: ***Sinite parvulos venire ad me; talium est enim Regnum Cœlorum.*** Pues es cierto que en el vasallaje que prestan al católico monarca tienen librada la posesión del reino de los cielos.

Enterado, pues, por el informe del P. Antonio de las invasiones y tiranías que en sus reducciones habían hecho los Mamalucos del Brasil, mandó formar una junta de las personas más graves, más expertas y celosas de todos los Consejos.

Las cuales, atentas siempre á la mayor gloria divina, exaltación de la fe y descargo de la conciencia real, hicieron consulta, representando en ella fuese Su Majestad servido despachar la siguiente Cédula, digna de tan católico monarca.

FIN DEL TOMO TERCERO







